

LA MÚSICA EN LA ANTIGÜEDAD.

En las consideraciones preliminares con que M. Gevaert (1) da comienzo á la obra que vamos á examinar, manifiesta cómo la música de los antiguos, que había creído siempre asunto desprovisto de interés, se le presentó repentinamente en toda su radiante claridad tan pronto como llegó á sus manos el interesante trabajo de Westphal sobre la métrica griega. Con un ardimiento muy superior á la indiferencia que le había inspirado hasta entonces, dedicóse al estudio de las obras principales que tratan de la música entre los antiguos, renunciando, á consecuencia de este estudio, al plan primitivo que tenía formado de publicar un trabajo comparativo de la teoría de los antiguos griegos, porque comprendió desde luego que un ligero tratado no llenaría el objeto de destruir las prevenciones de que él mismo había participado. Así, pues, la obra que, según su primera intención, estaba destinada á ser exclusivamente una breve explicación de la doctrina artística de los antiguos, se convirtió en la exposición detenida del asunto en sus menores detalles, después de un estudio radical y profundo en las fuentes más puras que existen, y que será el trabajo más completo sobre la Música de la antigüedad.

En la introducción, ocúpase M. Gevaert de la prevención con que se juzgó en la Edad Media la teoría griega de la música, prevención que se ha transmitido hasta la época actual. La opinión del autor acerca de este punto es, sobre poco más ó menos, la siguiente: El principal fundamento del descrédito de la música griega consiste en las nuevas corrientes que ha seguido el arte musical desde hace tres siglos y, como consecuencia de esto, la dificultad por nuestra parte de abstraernos y de prescindir del gusto moderno, que da la preferencia á las combinaciones instrumentales y armónicas. En la literatura y en las artes plásticas el siglo XIX ha sabido utilizar las producciones de todos los pueblos y de todas las edades; pero en la música, en donde no cabe un eclecticismo semejante, no ha sucedido otro tanto, y sólo las personas accesibles

á las bellezas de los homofónos y á las melodías litúrgicas y populares son capaces de penetrar seriamente en el arte griego, pues en él la polifonía y la armonía ocupan un lugar secundario.

La segunda causa de la prevención indicada procede de la aridez y de las dificultades propias de un estudio de este género, en que los tratados especiales, compuestos, en lo general, por filólogos y para el uso de los helenistas, son como si no existiesen para la mayoría de los músicos. Y, por último, es la tercera causa, lo dudoso de los resultados positivos que se han conseguido hasta ahora.

Todas estas causas han dado origen á una opinión que se ha hecho proverbial, y que de ordinario suele formularse diciendo, que no se sabe nada determinado sobre la música de la antigüedad, y que todo lo que acerca de ella pudiera averiguarse carece de verdadero interés para el arte moderno.

M. Gevaert confía en que la lectura de su obra conseguirá demostrar lo infundado de aquellas dos aseveraciones, la primera de las cuales, dice, hubiera tenido algún fundamento hace cuarenta años, pero no lo tiene hoy en día. Merced á los trabajos de Vincent, Bellerman y Westphal, el estudio de la música griega ha entrado en una nueva faz, habiéndose esclarecido hasta los puntos más oscuros de la teoría armónica, mientras que la práctica musical ha ido saliendo gradualmente de las espesas tinieblas que la habían rodeado hasta aquí, de suerte que se ha logrado fijar los principales caracteres de los diferentes períodos del arte.

La cuestión de si hemos resucitado la música de los Helenos, del mismo modo que su arte plástico, la resuelve negativamente el autor. Según sus investigaciones, existe todavía en las noticias que poseemos un vacío extraordinario que sólo podrá llenar el descubrimiento de algunas composiciones del período clásico de la música griega, pues el único fragmento que ha llegado hasta nosotros y que se atribuye á aquella época remota, es de una autenticidad dudosa y demasiado pequeña para darnos la necesaria luz en la materia.

Pregunta el Sr. Gevaert con mucha oportunidad si, suponiendo que la invasión de los bárbaros no hubiese dejado en pie ninguno de los edificios anteriores á los tiempos de Augusto y que para el estudio de la arquitectura no nos hubiera quedado, por una parte, más que la teoría de Vitrubio, y por otra, algunas medianas construcciones de los si-

(1) *Histoire et théorie de la musique de l'antiquité*, par F. A. Gevaert. Gante, 1876.

glos II y III, no nos encontraríamos ante un difícilísimo problema. Pues uno igual ofrece para el historiador la música greco-romana. Indica al propio tiempo que no hay que hacerse ilusiones acerca de las probabilidades de alcanzar un resultado satisfactorio, pues todo lo que se logre averiguar será poco relativamente á lo que quede todavía por descubrir. Pero aún cuando no nos sea dado ver restablecida la antigua música en su totalidad, sin embargo han conseguido nuestros eruditos reconstruir algunas de sus partes, dar una idea de su forma externa y presentar una exposición bastante clara de sus medios de acción.

El conocimiento completo de la doctrina musical griega es, á juicio del autor, condicion indispensable para la inteligencia del pasado con relación al arte en la actualidad. Sin hablar del sistema griego, tomado seguramente de los árabes y de los persas, es indudable que la música primitiva de la Iglesia latina era la de la antigua Roma, que á su vez vino á ser también la nuestra, después de insignificantes alteraciones, enlazándose así por un fenómeno singular el arte moderno, y sobre todo el novísimo, sin interrupción sensible, con el mundo pagano. Si para esto se quiere conocer el origen, la forma, la teoría y las diferentes fases del desarrollo histórico del arte actual, es preciso retroceder hasta sus fuentes primitivas.

Ricardo Wagner, á quien nadie atribuirá excesivo entusiasmo por la música tradicional, dice en su obra titulada *La Ópera y el Drama*, que no es posible reflexionar detenidamente sobre el arte moderno, sin descubrir en seguida una conexión marcadísima entre este y el arte griego; á lo que añade Gevaert: «Téngase presente que el arte musical de Occidente, en ningún período de su historia ha podido emanciparse del influjo de la antigüedad, y que en la Edad Media, en el momento mismo en que pugnaba por sacudir el yugo de la Teoría griega, comenzó á someterse, más que nunca, á las doctrinas estéticas que volvían á dominar. Lo más grande del genio de la antigüedad es que en las crisis supremas que han renovado la forma del arte en diferentes siglos, en todas ellas ha hecho aquél sentir su acción fecunda. Desde el siglo XVII todas las revoluciones que se han verificado en el drama musical han tenido por objeto aproximarse al ideal de la tragedia griega, y en este sentido Gluck y el mismo Wagner no son más que discípulos de los griegos.»

De esta manera demuestra el autor que la estética, lo mismo que la historia y hasta la música, nos conducen de nuevo á la antigüedad, sólo que mientras no ensanchemos, en cuanto sea posible, el campo de nuestras investigaciones y descubrimientos, no será dable precisar en qué clase de compo-

siciones aventaja el sistema musical moderno al antiguo, ó éste al de nuestros tiempos.

Que algunos espíritus pesimistas se opongan á que los estudios históricos contribuyan á formar la educación artística, se explica por el punto de vista subjetivo en que plantean la cuestión. Ellos ven en esto una causa de decadencia, un síntoma de enflaquecimiento en las fuerzas y en la actividad creadoras, al mismo tiempo que una cortapisa al individualismo artístico. Pero el arte no puede divorciarse de la sociedad moderna. Vivimos en una época de descomposición y de análisis, y nadie puede devolvernos aquellos tiempos sencillos en que el artista, indiferente al pasado y sin presentir lo futuro, encontraba en sí mismo y en los sentimientos que dominaban en su época el principio exclusivo de sus creaciones. ¿Y está probado, por ventura, que la fuerza creadora del arte se enerve al contacto de las investigaciones históricas? ¿No nos ofrece el renacimiento italiano, esa época admirable en que la civilización griega se presenta por segunda vez en el estadio de la historia para medir sus fuerzas con la de los tiempos modernos, el brillante espectáculo de una generación que consideraba como su misión principal el investigar y escudriñar la ciencia antigua hasta en sus más pequeños detalles?

El autor cree firmemente que de renunciar espontáneamente al estudio del arte antiguo habría de resultar gravísimo daño á la música, por cuanto la despojaría de todo valor estético permanente, pues si fuese cierto que las composiciones Olímpicas, que por espacio de muchos siglos se consideraron como divinas, no fueran para nosotros más que un conjunto de sonidos más ó menos caprichoso, ¿con qué derecho, dice él, deberíamos confiar en la inmortalidad de los nombres de Bach, Handel y Beethoven? ¿No parecería, por la misma razón, á nuestros descendientes, la celebridad de las obras de esos grandes maestros como un mito ó como un enigma indescifrable? ¿No sería entonces la música un juego de sonidos fantásticos, sin objetivo serio, sin raíces en el pasado, por no llamarla, en fin, un arte destinado á perderse en el vacío? La sana razón y la experiencia nos prueban lo contrario. El tiempo, ese perturbador implacable de todas las formas y de todos los procedimientos técnicos, continúa impidiendo que se extinga la centella divina que produce toda creación verdadera del arte. Por eso nos exhorta el autor á que no desdeñemos hablar del arte antiguo bajo pretexto de que en él la armonía hace un papel secundario, pues, en último resultado, y esto lo declara terminantemente, los únicos monumentos musicales que, hasta ahora, han sobrevivido á los siglos, pertenecen á la melodía homofónica. Él, lo mismo que todos nosotros, estamos convencidos de que las obras de los grandes maestros

modernos sobrevivirán á las vicisitudes del tiempo; pero, sin embargo, nos falta el medio de probarlo. Las creaciones admirables de Palestrina, el último y el más distinguido representante de la polifonía vocal de la Edad Media, existen únicamente para los eruditos y los músicos, mientras que las sencillas cantilenas de San Ambrosio resuenan diariamente en los templos del Señor, elevan el corazón de la muchedumbre y constituyen el único pasto musical artístico de millares de cristianos.

El libro de M. Gevaert está escrito por un músico y para los músicos, y por lo mismo procura que su obra no afecte nunca los caracteres de una polémica musical; analiza tan brevemente como es posible los hechos con que desde hoy puede contestarse á todos los ataques de los adversarios; sobre las cuestiones que están todavía por resolver, indica la solución que considera más conveniente, exponiendo los fundamentos que tiene para ello, y por último, presenta sus propias hipótesis sólo con el carácter de tales. Al proporcionar al lector las noticias más curiosas, le señala las fuentes de donde han sido tomadas, acompañando, al propio tiempo, una traducción exacta de los pasajes en que se apoyan sus asertos cuando se citan autoridades griegas ó romanas.

En la manera distinguida que por lo regular es propia de la verdadera modestia, refiere el autor lo que debe á las investigaciones de Rudolfo Westphal, el primero que ha logrado desenmarañar la doctrina sobre los tonos, los modos y el mecanismo de la anotación. Y ciertamente habrá de agradecer de la misma manera al gran filólogo el eminente servicio de haber resucitado una ciencia que había dejado de cultivarse desde hace 2.200 años: la ciencia del ritmo musical (1). Pero estábale reser-

(1) El arte rítmico, como la métrica, ocupa un punto culminante en las ciencias y en las artes de la antigüedad. Gevaert se expresa acerca de esto de la siguiente manera:

«Las formas rítmicas creadas por el genio griego, la aplicación de estas formas á la expresión de los sentimientos musicales, quedarán siempre como testimonio imperecedero de las altas dotes musicales de aquella escogida raza. En esta parte del arte el compositor moderno encontrará en los antiguos el manantial más fecundo para su instrucción, y los originales más dignos de estudio.» Sobre las divisiones del compás que usamos hoy y que ha venido á ser un mal necesario, hay una ley rítmica superior, que á veces se encuentra en conflicto con el compás y que no hemos profundizado bastante. En la antigüedad las divisiones del compás eran desconocidas. El *ictus* rítmico se marcaba por medio de puntos sencillos ó dobles que se colocaban sobre las letras (notas). Nosotros, como músicos, hemos hecho todos estudios de armonía; pero la ciencia del ritmo nos es sin embargo desconocida.—Rudolfo Westphal dice: «El mundo moderno ha considerado un deber adoptar cuanto nos han dejado los griegos teóricos y retóricos, y en las demás artes y ciencias ha aceptado como bases los sistemas perfeccionados de los griegos; y ¿no debemos aceptar de la misma manera para el arte moderno los resultados de los descubrimientos sobre el ritmo? Pero todavía tenemos que reconocer que nos adelantaron los griegos en otro punto de que nos ocuparemos más adelante: en la escala.»

vado á Gevaert el tratar de la teoría armónica de una manera más metódica, encontrar soluciones más precisas, descubrir datos enteramente nuevos, y fijar sobre bases firmísimas, por medio del análisis comparado de las antiguas liturgias con los cantos nacionales del Occidente de Europa, las ideas de Westphal acerca del carácter armónico de los modos musicales que hasta ahora sólo estaban aceptadas como puras hipótesis.

Es, por lo demás, muy natural que las cuestiones exclusivamente técnicas ganen en ser tratadas por un músico de profesión que conoce las analogías y los puntos de contacto que presenta la práctica moderna, y que pasarían desapercibidos para un filólogo. Por esto mismo ha prestado Gevaert el indisputable servicio de haber dilucidado puntos especiales que estaban reducidos hasta hoy al estado de enigmas insolubles (como la división de los tonos, la modulación, la nomenclatura técnica), logrando por medio de un conjunto de descubrimientos un resultado importantísimo, y para el autor mismo el éxito más sorprendente, coronado por la evidencia de que la música griega, considerada hasta hace poco tiempo como refractaria para el organismo de la Europa moderna, no entraña cosa alguna especial que no tenga más ó menos analogía, bien con la música litúrgica, bien con el arte actual.

Al proponerme hacer un bosquejo digno de la obra de Gevaert, en que examine su estructura y ponga de relieve los datos más interesantes, debo declarar de antemano que sólo puedo hacerlo de una manera sucinta, porque para entrar en pormenores necesitaría dar grandes proporciones a este examen.

El primer capítulo del libro primero nos introduce en los tiempos místicos de Oriente, y de los cuales sólo queda la forma de algunos instrumentos de música conservados en los monumentos egipcios, asirios y hebreos, hasta que un arte literario, que comenzó en el mundo griego hácia el siglo VI, descubrió las huellas de la existencia musical.

El autor encuentra el origen del arte músico en la primitiva unión de la palabra lírica con la musical. La aparición de una escala pentafónica que, según las investigaciones de Gevaert, se encuentra en todos los pueblos primitivos, parece remontar á una ley fisiológica del oído.

El número de las obras teóricas que han llegado á nosotros es inmenso. Merced á esta antigua literatura musical, conocemos con exactitud toda la teoría de los griegos; pero, en cambio, sólo poseemos escasos restos de obras prácticas. Gevaert divide estas últimas en tres categorías. Comprende la primera las piezas y fragmentos cuya autenticidad no ofrece duda alguna y que se conservan en la notación original. Son estas principalmente tres melo-

días vocales, himnos á las musas, á Helios y á Némesis, compuestos, segun se cree, en el reinado de Adriano. La primera es obra de un desconocido á quien los manuscritos llaman Dionisio el Anciano; la tercera, y probablemente la segunda, de Mesomedes, poeta músico de Creta. Añádense á estos algunos fragmentos muy cortos de música instrumental, como ejercicios elementales, formas de acompañamientos, pequeñas melodías y varios ejercicios para un instrumento de cuerda muy parecido á nuestra guitarra.

La segunda categoría comprende dos melodías que algunos escritores consideran apócrifas. La primera es el principio de una pieza coral, obra de Píndaro, cuyo texto poético (la primera oda á Apolo Pitio) ha llegado completo hasta nosotros. El jesuita Kircher publicó el texto musical en notación griega, suponiendo haberlo copiado de un manuscrito que en su tiempo perteneció á la biblioteca de Mesina, pero que hasta el día de hoy nadie ha vuelto á encontrar. Subsisten, por consiguiente, las dudas acerca de la autenticidad de este fragmento, á pesar del juicio favorable que sobre él han emitido Boek y Westphal. La segunda melodía tiene aún ménos derecho á ser considerada como auténtica: es del gran compositor veneciano-Benedetto Marcello, que la emplea en una de sus mejores composiciones, el salmo 28, y la reprodujo más tarde en notación griega como un himno á Demetrio.

Las obras musicales comprendidas en la tercera categoría pueden considerarse, si no como monumentos auténticos del arte griego ó romano, como la continuación cristiana de la música antigua. Los cantos litúrgicos de los primeros tiempos del cristianismo son, relativamente á la música pagana, lo que el griego del Nuevo Testamento es á la lengua literaria de la época clásica. Estas melodías se reunieron durante los primeros siglos de la cristianidad, cuando todavía el arte antiguo no había desaparecido del todo, y la sencillez de los cantos, así como el elemento eminentemente conservador que domina en las formas de la Iglesia católica, son una garantía de que no han sufrido hasta hoy ninguna alteración esencial.

En la relación y brevísimo exámen que hace de los antiguos historiadores músicos, tanto teóricos, como prácticos, ocupan los primeros lugares Ptolomeo y Aristoxenes, como los representantes más eminentes de las dos grandes escuelas que existieron en la antigüedad, filosófica-especulativa la una, y empírica la otra. La autenticidad de sus obras es incuestionable, y á excepción de unos cuantos que, con motivo de algunas modificaciones introducidas en ambas escuelas, procuraron realizar su fusión, la gran serie de escritores hasta la caída del Imperio Romano de Occidente perteneció á estas dos escue-

las. Con la extinción de los ecléticos se perdieron los últimos rastros de la música antigua, y la saña de los sucesos que precedieron á la ruina de Roma destruyeron por completo todas las demás artes de la antigüedad. En los tiempos de Carlomagno comenzaron ya á hacerse algunos descubrimientos sobre la antigua música griega.

En el capítulo II hace el autor la historia del arte, que divide en artes de reposo y del espacio y en artes del tiempo y del movimiento, ó sean artes plásticas y de recreo. Cada una de estas dos clases está compuesta á su vez de otras tres artes unidas entre sí, las cuales comprenden dos triadas, subjetiva y objetiva y subjetiva-objetiva. La explicación somera de esta bella teoría de los antiguos griegos, y que admiten como válida los modernos escritores estéticos, constituye la parte más interesante de la obra y ha sido sacada de la métrica de Westphal. La generalización del arte entre los griegos era uno de los sentimientos más íntimos del pueblo, y lo confirma el autor citando las palabras de Gervinus, que dice:

«En aquellos felices tiempos en que el espíritu analítico no había penetrado todavía en la sociedad, ni la actividad intelectual se había desmenuzado entre millares de ciencias, la poesía representaba ya la sabiduría humana y no procuraba separar lo que en nuestros sentimientos es indivisible.»

Más adelante se ocupa en la importancia de la música en la sociedad griega. Westphal, de acuerdo en este punto con Curtius, asegura que la educación musical del pueblo y la inteligencia del público en la composición y ejecución eran más generales y estaban mucho más extendidas que lo están entre nosotros. Hoy día una persona ilustrada no tiene reparo en confesar que no conoce nada de música; el que entre los antiguos hubiera declarado lo mismo se habría dicho de él que pertenecía á la clase rústica más inculta, pues, como dice Aristófanes, «un monstruo que no conoce la música no debe ser admitido en el círculo de las personas instruidas.» En Grecia el Estado se curaba muy poco de los placeres intelectuales de la juventud, y lo único de que cuidaba en esta parte era de la educación musical de los que, andando el tiempo, habían de ser sus ciudadanos, obteniendo, en efecto, de este sistema pedagógico muy lisonjeros resultados.

Gevaert enumera los diferentes géneros de música que se conocían en la antigüedad, y dice que todas las clases de música moderna estaban representadas, si bien reconoce al propio tiempo su gran inferioridad en los recursos de que disponían. Las piezas de canto eran siempre monofónicas ó unísonas, el acompañamiento pobre y mezquino de armonía, y los instrumentos, como es sabido, muy incompletos relativamente á los modernos. Pero la

música en la antigüedad tenía que llenar un objeto más que la moderna. Aristóteles dice que la música no es sino un goce más concentrado de la poesía. Tiene por misión despertar en el alma del oyente las ideas y el sentimiento unidos para facilitar la inteligencia completa de la obra poética. Este es, pues, el punto céntrico en donde deben agruparse todos los elementos de ejecución, y por eso es que toda la fuerza de la música helénica se concentra en el coro trágico, y que se necesiten medios auxiliares tan escasos que parecen increíbles para producir la más profunda impresión.

El verdadero centro de gravedad del arte antiguo se halla también en otros elementos muy distintos de los del arte moderno. Ni el encanto del sonido, ni el influjo conmovedor de la armonía, ni la novedad de las modulaciones son los que determinan el mérito de la obra, sino más bien la pureza del tono, las bellezas armónicas y la perfecta compenetración de la forma rítmica con la expresión del sentimiento. No se trata aquí del canto declamado á la manera de Gluck, y mucho menos de las cantilenas melismáticas de los italianos. Una composición melódica, sobria y pura en sus contornos y en su expresión, que determina el sentimiento general por medio de rasgos escogidos con exquisita sencillez, acompañada de corto número de intervalos armónicos; así es como debemos figurarnos una obra musical de los antiguos.

Gevaert procede en seguida á examinar los dos grandes géneros de música, el Apolónico y el Dionisiaco. El primero es objetivo, enteramente individual, rechaza toda expresión apasionada y dirige el alma hácia la perfección. En opinión de Westphal es el que más íntimamente se acomoda al ideal de los antiguos, pues reúne el reposo y el contento, la fuerza y la majestad; por él se eleva el espíritu á las regiones superiores en que impera Apolo, el dios pitio, trasporta el alma á una esfera de contemplación ideal, en la que, olvidando sus luchas interiores, recobra fuerzas y se vigoriza para mayores pruebas. La ejecución de esta música se realizaba generalmente por medio de instrumentos de cuerda, los que, según creía Aristóteles, eran menos accesibles á la sensación individual que los de viento, por lo que los consideraba más propios y convenientes para el culto de la Divinidad. El género Dionisiaco, por el contrario, se presenta como privado del benéfico influjo de Apolo, del dios de la energía y de la luz. En él domina Dionisios ó Baco, y no imperan como principio regulador las leyes del orden moral, sino que, ora apasionado y vagabundo, ora débil y sin acción, precipita el alma humana desde la cúspide del placer sin freno en lo más profundo del dolor sin esperanzas. El carácter Dionisiaco de la música, extraño al espíritu griego, fué

tomado de los Bárbaros, y estuvo subordinado siempre al Apolónico. Observaremos, de paso, que la música moderna pertenece en toda su extensión al género Dionisiaco; la objetividad del principio Apolónico es completamente extraño al individualismo musical que reina en los tiempos presentes.

Al dar cuenta del contenido del capítulo III, en que el autor enumera los diferentes períodos históricos de la música antigua, y á fin de examinar con más exactitud esta nueva clasificación, hecha por primera vez en los tiempos modernos, tenemos que añadir algunas cosas ya de todos conocidas.

El primer período (750 á 665 ántes de J. C.) es el período místico.

El segundo (665 á 510 ántes de J. C.), unos veinte años ántes del principio de la guerra mesénica, hasta la caída de los tiranos de Atenas, se presenta como clásico-helénico; nacen en él gradualmente los diferentes géneros de música y se forman escuelas cuyas producciones en su mayor parte han llegado hasta nosotros. Mientras que el cultivo de la música elevada había tenido lugar hasta entonces en Esparta, en el tercer período (510 á 450 ántes de J. C.) se convierte Atenas en centro de las ciencias y de las artes, y toma un vuelo inaudito la vida intelectual que no ha vuelto á repetirse hasta nuestros días. Es el tiempo de las tragedias y de los dramas satíricos, de las comedias, de la lírica de Píndaro y de toda clase de composiciones poéticas.

En el cuarto período (450 á 338 ántes de J. C.) da principio la decadencia y se hace notable la modificación en las formas. Las *florituras* y los adornos sustituyen á la sencillez de la expresión musical, y se ven degenerar los coros de la tragedia clásica. Ya en los tiempos de Sófocles prevalecen los cantos solos, y en los de Eurípides las árias y duetos constituyen las situaciones más importantes de la acción dramática, en lugar del coro clásico antiguo, y el primitivo canto coral de los ditirambos degenera en un solo de bravura. A pesar de que la aparición de un gran número de autores trágicos y el interés que en el cultivo de la parte técnica tomaban los aficionados parecían revelar algún progreso en el sentido moderno del mecanismo musical, no podía ocultarse á nadie la decadencia en todos los adelantos del arte.

Después de la batalla de Queronea, al extenderse el Imperio macedónico (338 á 50 ántes de J. C.), representa la música un tristísimo papel. En este quinto período, su cultivo, en el sentido más elevado de la palabra, desaparece con la independencia de los griegos; la música y la palabra se divorcian, muere el arte, y pierde su carácter privilegiado la música religiosa, que viene á ser en su generalización patrimonio común de todos los profanos.

Operóse, sin embargo, una reaccion artística entre las clases más ilustradas, despertándose una curiosidad ardiente hácia la antigua época clásica. Fundáronse academias en Alejandria, en Atenas y en Tarento, que procuraron en vano resucitar lo pasado, si bien la critica, la investigacion y la historia musical llegaron á su apogeo. A principios de esta época vivía Aristoxenes, lamentando en sus escritos la ruina del arte músico y glorificando los tiempos de Esquilo y de Pindaro.

Al concluir la República romana, comienza el sexto periodo (50 ántes de J. C. hasta 180 despues de J. C.), en que las ciencias y las artes de los griegos habían sido ya trasportadas á Italia y apropiándose su música los romanos. En los tiempos de Neron, y áun en los de Marco Aurelio, estaba todavía en uso en todas las academias que dejamos indicadas consultar las antiguas obras maestras.

Despues de este sexto periodo, que cierra la serie de autores originales con la muerte de Ptolomeo, y que puede considerarse todavía como una época relativamente brillante, principia á acentuarse cada vez más la decadencia, hasta verificarse en el sétimo (180 á 500 despues de J. C.) la extincion completa de la música antigua. Gevaert no atribuye esta decadencia absoluta al advenimiento del Cristianismo, ántes bien cree que merced á la temprana organizacion de la Iglesia se debe, acaso, que mucho de lo perdido haya podido recobrase.

Pudiera también dividirse toda la historia de la música de los antiguos en dos grandes épocas: la primera, que *crea*, dura hasta Alejandro; la segunda, que *reproduce*, hasta la caída del Imperio romano de Occidente. De la última proceden todas las obras teóricas que han llegado á nosotros.

Gevaert caracteriza las diferentes ramas de la pedagogia musical segun existieron en la antigüedad, ya práctica, ya teóricamente. Por el siguiente cuadro puede formarse una idea:

I. Parte especulativa ó teórica..... <i>Theoreticon.</i>	A. Subdivision física ó científica..... <i>Physicon.</i>	a. Aritmética.
		b. Física.
		c. Armonía.
II. Parte práctica ó instructiva.....	B. Subdivision técnica ó especial..... <i>Technicon.</i>	d. Rítmica.
		e. Métrica.
	C. Subdivision de la composicion.....	f. Composicion melódica.
		g. Composicion rítmica.
		h. Poesía.
	D. Subdivision de la ejecucion.....	i. Ejecucion instrumental.
		k. Canto.
		l. Accion dramática.

De todos estos ramos de instruccion debemos fijarnos particularmente en la métrica, y más especialmente en la rítmica, para demostrar que los antiguos tuvieron que resolver cuestiones bastante más difíciles que los compositores modernos, pues

el estudio de estas dos materias era muchísimo más complicado que entre nosotros.

El compositor de música vocal de nuestros dias está obligado á asimilarse un arte que en la actualidad se denomina simplemente *Prosodia*, que sin embargo no tiene ni la significacion ni la extension de la métrica de los antiguos, y que parte además de un principio muy diferente, pues como la construccion del verso, en todas las naciones europeas actuales, consiste ó se apoya en el acento, esto es, en la mayor expresion sobre unas sílabas respecto de otras, resulta que el compositor, para hacer la conveniente aplicacion del ritmo musical en cualquiera poesia, sólo tiene que llenar la condicion de hacer que el asunto coincida forzosamente con el ritmo que libremente ha escogido. La antigua medida del verso procede, por otra parte, de un principio distinto, que no puede alterarse, esto es, de la cantidad ó duracion relativa que en virtud de la métrica haya de darse á las sílabas del lenguaje. La combinacion del verso contiene ya la forma rítmica. Las relaciones de duracion entre sílabas breves y largas y la eleccion de la medida, están determinadas por reglas precisas, y el compositor músico debe sujetarse estrictamente á ellas. En una palabra: la poesia moderna se pone en música, puesto que el compositor fija, no sólo la sucesion de los sonidos, sino también la duracion de las sílabas; la antigua poesia, era en cuanto al ritmo, ya en sí y por sí misma, música. Para hacer de ella una verdadera melodía, basta que el compositor encontrase una forma melódica y un acompañamiento instrumental. La division fisico-matemática indicada en el cuadro anterior procede de Pitágoras, el cual, como es sabido, fué el primero que fijó la relacion numérica de los sonidos entre sí, por la medida de las cuerdas.

Llegamos al final del libro I y me encuentro á las puertas del gran monumento levantado por el genio helénico, á la teoría musical de los antiguos griegos, que es el objeto de que se trata en el libro II. Pero no sería posible, en un simple artículo sobre la erudita obra de Gevaert, entrar en el exámen de aquella teoría, sin haber explanado previamente todo el complicadísimo aparato que es forzoso conocer de antemano; y siéntolo tanto más, porque justamente cuando el interes del lector ha llegado á mayor altura en la obra, no me es posible satisfacer su curiosidad, y tengo por el contrario que limitarme á dividir el asunto en una especie de catálogo ó índice, marcando aquí y allí algunos hechos especialmente interesantes.

H. WICHMANN.

(Concluirá.)
Berlin 28 Febrero 1876.

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

EFFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA, EN SU RELACION
CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFÍA Y
DE LA HISTORIA

II.

Confusion de razas y de pueblos es la ley predominante en la historia de la Edad Media: los descendientes de Sem y los hijos de Jafet, el Germano y el Griego, el Slavo y el Romano, el Árabe y el Judío, todos juegan importantísimo papel en aquellos siglos de carácter preferentemente religioso y militar. La religion santifica la guerra, y la guerra es el crisol donde van á fundirse tantos y tan diversos elementos. La guerra pone en contacto á las gentes del Septentrion con el culto griego y el romano político, y la guerra enlaza las tradiciones orientales con los destinos de Occidente. Hay un vencedor y hay un vencido, y aquel inclina su frente y pide al vencido el pensamiento y la idea. El mundo antiguo no ha muerto. Y uno de los elementos que mejor refleja la admiracion del hombre que nace á la vida culta por la cultura que fué, es el elemento semita-arábigo-musulman, digno de estudio, porque llega á formar reinos é imperios, y abrazando su poder los dos extremos de Europa, hay un natural estímulo que le lleva á ensanchar el mundo para extender sus dominios.

La situacion de la península Arábica, entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, entre el Egipto y la India, asegúrale grandes ventajas políticas y comerciales, y por esto, desde muy antiguo, habíase dado el árabe á la navegacion y al comercio. En la parte central moraban las tribus del Hedschaz, raza vigorosa y noble, caballeresca y de imaginacion fecunda. Nómadas, y aislados del resto de los pueblos asiáticos, salvo de aquellos que habitaban las costas del mar Rojo y el golfo Pérsico y tal vez del mar de las Indias, llega un dia en que á la voz de un profeta salieron bruscamente de su oscuridad y trasformaron el mundo moral y materialmente. Y esto lo hicieron con una actividad asombrosa; aún no habia terminado el siglo VII y ya extendían sus conquistas hasta el reino de Cabul, hasta las provincias de Kaschgar y el Pendjab, y tocaban la extremidad occidental de la costa africana. Su guerra era guerra santa, porque buscaban creyentes del único Dios, aspirando á fundirse con los pueblos vencidos, mas sin abjurar de sus costumbres y tradiciones, tal vez porque se movian siempre dentro de una misma faja de tierra, y por consiguiente en climas análogos; y así, cuando llegó el siglo IX man-

tuvieron ya relaciones comerciales con la Europa septentrional y el África oriental, con Madagascar, con la India y con la China, y se crearon los dos grandes focos de civilizacion que se llamaban Córdoba y Bagdad, donde no apareció una ciencia nueva, sino que los elementos dispersos del saber de los clásicos se buscan, se salvan del olvido y se atesoran con los elementos de la cultura oriental.

Todas estas circunstancias son parte á que podamos asignar como causas que dieron á los Arabes gran importancia en geografia, las siguientes:

- 1.ª La dilatada extension del Imperio musulímico.
- 2.ª El proselitismo y la peregrinacion á la Meca.
- 3.ª El impulso dado á la inteligencia por las escuelas de Bagdad y de Córdoba.
- 4.ª Su antigua aficion al comercio, aumentada á la par que fué creciendo su poder y su fe.

Así, la Geografia, la Etnologia y la Historia ensanchan sus horizontes, y unos hombres llevados por la audacia interesada del comerciante, y otros por amor á la religion ó por el deseo de ver y estudiar tierras y pueblos desconocidos, realizan grandes exploraciones y notables descubrimientos. Llegan los Arabes á las mesetas del Asia central, y allí se encuentran en las fronteras del Imperio chino; salúdanse con las armas, pero pronto esa region de Asia tan suspicaz con el extranjero, entra en relaciones con los comerciantes musulmanes, y recibe una embajada de Harum-al-Raschid; tribus enteras de las orillas del Niger abrazan el Islamismo, y las grandes caravanas que atraviesan el desierto abren nuevos caminos de vida á gentes semi-salvajes. Además, la Arabia es una península, constantemente las olas van á romperse en sus playas, y familiarizado con aquel espectáculo, no arredran al Árabe los peligros de la navegacion; hombres de la Arabia son los que hicieron aquellos remotos viajes á la India, de que nos habla el Antiguo Testamento. Sin embargo, para ser imparciales, preciso es reconocer que los viajes marítimos de los Arabes influyeron muy poco en lo relativo á un mejor conocimiento de la configuracion y forma de nuestro planeta; África continúa siendo una isla separada de otras tierras por el Nilo, el mar Caspio no tenía limites y el mundo terminaba en las Columnas de Hércules, perdiéndose por entónces el recuerdo de los viajes, históricos ó legendarios, de fenicios, griegos y cartagineses. A nuestro modo de ver, la causa de este fenómeno es el predominio del interes mercantil sobre todos los demas intereses humanos. Ciertamente que en la historia de los descubrimientos geográficos juega gran papel el mezquino interes de la riqueza y la inmoderada codicia que, lanzando á los hombres á locas aventuras, llévanlos á ignotos países donde habitan razas tambien desconocidas; pero no es ménos

* Véase el número anterior, pág. 580.

cierto que el afán de lucro y el egoísmo del comerciante desdeñan, por lo general, todo lo que no sirva á sus fines, y como al mercader le importa muy poco la forma ó límites de tierras y mares, y como el interés que le guía es un interés puramente privado, se comprende que las excursiones marítimas de los comerciantes Árabes no tengan la importancia que los viajes de fenicios y cartagineses, empresas que parecían nacionales y cuyo objeto era descubrir nuevas rutas y explorar apartadas regiones, con ulteriores designios de colonización.

El Árabe santifica el comercio, y sin embargo, no logra un poderío marítimo que pueda competir con su poderío terrestre. Al comenzar la predicación de Mahoma sus naves eran tan toscas que no señalaban ningún progreso sobre los bajeles usados siete siglos ántes de Jesucristo. Después que las conquistas le llevaron á establecer relaciones con otros hombres y pueblos, encontrando su actividad más amplia esfera para el comercio, aumentó su importancia marítima, é innumerables velas surcaron el golfo Pérsico. Pero, no obstante, el principal comercio quedó limitado á los mares del Sudeste; visitaron los Árabes la isla de Ceilan y las Maldivas, supónese que también las de la Sonda, y hay quien cree hallar en las fabulosas islas de Wakwak las Molucas: hácia el Oeste fundaron establecimientos en las costas orientales de Africa, en Zanguebar, Mozambique y Sofala, hasta los territorios cercanos á la Cafrería. Mas repetimos que el pueblo árabe no fué un pueblo marino; el afán de sus Califas era engrandecer el imperio de Mahoma con sus ejércitos de tierra firme, y los esfuerzos del navegante quedaron siempre aislados y sometidos al interés individual. El viajero será un *turista*, un curioso, si no es un comerciante, que al volver á sus hogares contará las maravillas que ha visto, exornadas con todo el aparato de una imaginación oriental, y áun estas excursiones legendarias se encerrarán dentro de un estrecho círculo de personas.

Se ha, con todo, afirmado que los Árabes conocieron las islas Canarias, que avanzaron hácia el Oeste por el mar Tenebroso ó Atlántico y que las quillas de sus barcos habían cortado las aguas del Báltico y de los mares del Norte. Cuéntase que ocho habitantes de Lisboa partieron de esta ciudad en 1147 con ánimo de llegar á los últimos límites del Océano, y después de larga ausencia regresaron hablando de grandes maravillas y portentos, haciendo cundir la idea de que aquellos mares estaban vedados al hombre, porque los cubrían eternas tinieblas: esta es la empresa de los *Magrurinos* ó desengañados, conceptuada hoy como fábula por la mayor parte de los historiadores, y que, áun caso de ser hecho real, ella misma prueba su importan-

cia escasa ó nula para la ciencia geográfica. A mediados de este siglo comenzó á ponerse en duda que las islas Canarias hubieran sido visitadas por bajeles árabes, y Joaquin José da Costa da Macedo publicó en 1844 una *Memoria em que se pretende provar que os Arabes nao conhecerao as Canarias antes dos Portugueses*. Respecto á las monedas árabes encontradas en las regiones septentrionales de Europa, como Suecia y Noruega, Humboldt opina, y con gran fundamento, que provienen, no de viajes marítimos, sino de las relaciones comerciales entre Árabes y Slavos, muy extendidas en el interior de las tierras.

Para conocer más en detalle el valor y representación del pueblo árabe en la historia de la Geografía, digamos algo, siquiera sean escasas palabras, acerca de sus principales viajeros, debiendo ántes advertir que algunos se distinguen más como geógrafos, y de aquí dificultades cuando se trata de averiguar las tierras que ellos mismos visitaron y aquellas de que sólo hablan por referencias. Y si á esto agregamos la acción del tiempo y la ignorancia del idioma, que han hecho desaparecer monumentos y relaciones de gran importancia, comprendemos que la influencia de la cultura arábica en los progresos de la Geografía no puede considerarse de modo que llene cumplidamente las aspiraciones de un espíritu investigador de la verdad.

Entre los cultivadores de la ciencia geográfica que pueden unir á este título el de viajeros; merecen el primer lugar *Massudi é Ibn Hankal*.

Hácia el año 915 residía *Massudi* en Istakan, la antigua Persépolis; desde este punto se dirigió á la India, visitó después la costa oriental de Africa y regresó por el Mediodía de la península Arábica. Los originales de su más importante obra se han perdido, aunque no há mucho tiempo corrió la voz de haberse descubierto un ejemplar en Constantinopla. Por fortuna, consérvase un extracto de dicha obra con el título de *Praderas de oro y minas de piedras preciosas*, donde se describen varios países de India y Oriente de Africa con cierta tendencia muy marcada al reino mineral, sin prescindir por eso de los demás elementos naturales, indispensables para una descripción completa y acabada. En este extracto se hallan las relaciones de *Wahad* sobre la India y China, publicadas en frances por el padre Renaudot.

Ibn Hankal, nacido en Bagdad, es un infatigable viajero que durante treinta años recorre y estudia todas las comarcas que obedecen la voz de los Califas. Su libro *Rutas y Reinos*, escrito en 976, entra más de lleno que el de *Massudi* en los dominios de la Geografía; es una descripción geográfica, política y estadística de las provincias que constituyen el imperio del Islam, basada en los viajes del autor

y tal vez en obras de geógrafos anteriores, como las de *El-Istakiri* y *Abu-Seid* (870).

Enviados del sultan Muktadir-Billah cerca del rey de los Búlgaros, lograron su conversion en 921, y en una segunda embajada fué á la Bulgaria *Ibn-Fozlan*, que escribió la relacion del viaje: de ella se conservan numerosos fragmentos que dan á conocer las comarcas del Volga y suministran preciosos datos sobre los primeros tiempos históricos de la nacion rusa. Ya en el siglo anterior *Sallan el Intérprete* había explorado los alrededores del mar Caspio, por orden del califa Vatek, en busca de las comarcas hiperbóreas de Og y Magog, citadas en el Coram, casi en la misma época que el noruego *Other* visitaba la Rusia septentrional.

Pero entre todos los viajeros musulmanes, el más notable es, sin duda alguna, *Ibn-Batutah* ó *Abdallah El Lamati*. Vivía en Tánger y dedicó sus primeros años al estudio de las leyes; mas la ciencia del derecho no logró enseñorearse del alma de *Batutah* hasta el punto de que olvidara otras esferas del saber humano, sino que junto á las leyes penales y civiles formaban amigable consorcio las descripciones del mundo y los libros de Geografía, ya escritos y conocidos en su tiempo. Había nacido en tierras que lindaban con el mar Tenebroso, los últimos confines del mundo, y allí nada veía ni nada vieron los que ántes de él cultivaron la geografía descriptiva; por el contrario, en el Oriente, los mares y golfos que al Sur bañan las playas asiáticas no agitaban sus aguas en una noche sin fin, brillaba el sol y había estrellas para guiar al viajero ansioso de descubrir las islas que encerraban en sus entrañas el diamante, que mezclaban con sus arenas las arenas de oro, y que en medio de una frondosa vegetacion ofrecían al audaz comerciante los tan codiciados árboles de las especias. No hay en el Oriente montaña, mar ó lago que, cual otras columnas de Hércules, señale por aquel extremo limites al mundo, y el Oriente es el teatro donde *Batutah* va á representar su papel de viajero: quiere ser testigo de aquellas maravillas que lee, se ahoga dentro de los muros de Tánger, y en 1325 sale de su ciudad natal, y como buen creyente se encamina á la Meca. Antes de llegar á la ciudad Santa se detiene en Egipto é intenta remontar el Nilo, y cumplido su deber religioso, penetra en Siria, y despues de recorrer Persia, Irak y Mesopotamia, se dirige á Aden, atraviesa el mar Rojo y hace alto en Abisinia. Desde aquí, y costeano la península Arábica, se encamina á las islas del golfo Pérsico, famosas por sus perlas y sus inmensos aromáticos bosques, para volver pasos atrás, llegando á la Meca en 1332.

Segunda expedicion en Egipto hasta El Cairo y vuelta á Siria, de donde resuelto á aventurarse en territorios ménos conocidos, marcha al Asia menor,

se embarca para Crimea y el Kaptshak y avanza hasta Bolghar, capital de la Bulgaria, ya descrita por *Ibn-Fozlan*.

Hasta aquí habían llegado los Arabes; lo que hoy es la Rusia Central estaba poblado de seres quiméricos y extrahumanos; hácia Asia, el país de Gog y Magog era el más septentrional del mundo, defendido y separado del resto de los hombres por una inmensa muralla, espesa nieve, lúgubres desfiladeros y fragosas montañas, que encerraban espantables y fieros moradores, porque allí donde los sentidos ó la razon no alcanzan, súplelos la fantasía, y entónces aparecen la leyenda y la fábula, que se forman siempre en torno de algo real é histórico, porque la imaginacion no crea, en el propio sentido de esta palabra, sino que sobre un hecho cierto, por más que sólo contenga un átomo de verdad, se levantan todas las grandes concepciones de la fantasía, y por esto es posible descarnar el mito, el cuento, la fábula ó la leyenda, y ver en su fondo la historia de un pueblo que empieza á vivir y los caracteres morales y artísticos de la raza á que pertenece.

Las gentes de la Bulgaria dijeron á *Batutah* que más allá de los confines de su reino se extendía un vasto desierto que era preciso atravesar en cuarenta dias de camino, por lo ménos, para llegar al país de las Tinieblas, poblado de seres que más parecían genios que hombres. Gran aliciente para el atrevido viajero; aquellas tierras desconocidas le atraen, acomete la empresa de explorarlas, pero al encontrarse solo en el desierto, bajo un cielo triste y brumoso, que no cobija ni un árbol ni una choza, decae su entusiasmo; aquellas soledades sin fin arredran á *Batutah*, que desiste de su proyecto y baja á Constantinopla, desde donde toma el camino del Kiptchak, y dejando el mar Caspio al Sur, penetra en Asia, atraviesa el Kharizim ó país de Khiva, la Bukaria, el Korasan y el Kandahar, hasta el valle del Indo, y avanzando más allá de este rio, llega á Delhi, bellísima ciudad, donde parece que abandona su pasion por los viajes para volver á sus antiguas costumbres y ser el representante de la ley y del derecho. El emperador Mohamed le nombra cadí de la ciudad y permanece dos años en Delhi ejerciendo tan elevadas funciones; comprometido en una supuesta conspiracion, ve en peligro su vida; pero el Sultan, rindiendo homenaje á sus vastos conocimientos geográficos y al trato frecuente que en anteriores viajes había tenido con tribus mongolas, le encomendó una mision para el emperador de China. Los pueblos rebeldes al yugo de Mohamed atacaron su escolta, y *Batutah* cayó prisionero; logró fugarse, y despues de mil penalidades regresó á Delhi, donde se organiza nueva expedicion que atravesó con más fortuna el país rebelde.

Batutah, tomando la ruta del Mediodía, visitó primero los puertos occidentales del Indostan, desde Cambaya hasta Calicut, y escoltado por juncos chinos, verdaderos jardines y casas flotantes, que conducían los magníficos presentes del soberano de Delhi al Hijo del Cielo, se dirigió á la ciudad de Khambaluk ó Pekin. Pero durante la noche una violenta tempestad echa á pique sus barcos, y las furiosas olas se apoderan de riquezas sin cuento. *Batutah* ya no se atreve á presentarse á Mohamed, abandona su servicio y se embarca para las islas Maldivas, donde permanece año y medio y casa con tres mujeres. El encono de un visir, que envidiaba su reputacion, le obliga á emprender de nuevo su agitada vida, se embarca para Ceilan y visita á Sumatra, Java y las principales ciudades del Celeste Imperio.

Hasta aquí llega *Batutah*; los montes In-Chan le cierran el paso, la Mandchuria y la Siberia escapan todavía á los esfuerzos de los viajeros de su siglo; pero hombres del Mediodía, hombres que pertenecen á un pueblo culto y que se halla en incesante contacto con los pueblos que limitan la cuenca del Mediterráneo, exploran, como éstos, las regiones más elevadas del Asia central, primera vivienda del hombre, que olvidó al pasar á tierras de Occidente. *Ibn Batutah* es el Marco Polo de la civilizacion musulmana.

Se aproximaba el año 1350 cuando *Batutah* vuelve á pisar el suelo de la patria. Pero aún no habían terminado sus viajes: en 1352 el sultan de Marruecos le confió una mision para los negros habitantes del otro lado del Sahara, y, trasponiendo el Atlas, visitó á Timboctu y los bárbaros pueblos del Sudan, regresando á Marruecos para establecerse en Fez y morir en 1377.

Estos son los viajes del famoso musulman *Ibn Batutah*: la narracion original se perdió; sólo quedaron algunos extractos á que han acudido los modernos historiadores de la geografía y que han sido traducidos al frances por M. Defremery.

Veamos ahora qué merecimientos alcanzaron los Arabes en sus excursiones marítimas.

A principios del siglo IX un mercader de Bassora llamado *Suleiman* surcó el golfo Pérsico y mar de Oman, atravesó el Océano Indico, hizo escala en multitud de islas, Ceilan, Nicobar, Andaman y Sumatra, cuyas minas de oro pondera, y dejando atrás á Malaca y el golfo de Siam, penetró en los mares de la China cinco siglos ántes de *Batutah*. Hé aquí la superioridad, cuando se trata de descubrimientos y de relaciones entre pueblos, de los viajes marítimos sobre los terrestres; no en balde se ha dicho que la civilizacion se halla en razon directa de las millas de costa que un país tiene, porque el mar no separa sino que une á los hombres y

á los pueblos, porque las tempestades y las borrascas son siempre peligros que pasan, son á veces la mano de la Providencia que impulsa al hombre hácia el hombre para aumentar la gran familia humana; porque los desiertos de cálidas arenas ó de blanca nieve y las montañas y los hondos valles son obstáculos permanentes que enervan la actividad y abaten la audacia del viajero.

Ya en el siglo IX el comercio se había extendido por Oriente hasta el punto de que juncos chinos abordaban á puertos musulmanes, y así se comprende que *Suleiman* no marchara al acaso, sino en busca de aquellos lugares de donde venian el té y la porcelana. Pero *Suleiman* era un mercader, y si aquella atrevida expedicion pudo proporcionarle los productos que deseaba, quedó satisfecho y no aspiró á más: otro árabe, *Abu-Zeid*, fué quien escribió ó completó las relaciones del viaje de *Suleiman*, adicionándolas con las de algunos otros marinos, principalmente con las de *Ibn Vahab*, que hácia el año 875 navegó por los mares de la China y desembarcó en este oscuro país. Ofrecenos la obra de *Abu-Zeid* la primera relacion de las comarcas chinas, relacion conocida ya há tiempo en Europa, gracias al abate Renaudot (1).

Batutah, *Massudi*, *Hankal*, *Suleiman* y *Vahab* son los musulmanes que deben figurar en primera linea como viajeros que contribuyén á extender los dominios de la Geografía, recorriendo lugares poco ó nada conocidos: tras ellos pueden citarse algunos nombres de menor importancia, como *Albiruni*, que de 1000 á 1011 acompaña á la India al sultan Mahmud de Ghazni, y recoge datos de algun interes sobre las provincias del Norte del Indo, y el español *Ibn-Said*, que hácia la mitad del siglo XIII viaja por la Mauritania y Egipto, desciende por las orillas del Nilo y visita las comarcas orientales de Africa y las occidentales de Asia.

De esta breve reseña histórica dedúcese que los países mejor conocidos de los geógrafos y viajeros árabes, son, como es natural, aquellos que han abrazado la religion de Mahoma, mas sin desconocer remotísimas comarcas de Asia, Africa y Europa. Nombres que equivalen á los modernos de Irlanda, Inglaterra, Schleswig, etc., léense en sus geografías, refiriendo pormenores de estas tierras y ciudades del Norte, adquiridos indudablemente por los comerciantes que frecuentaban las vías mercantiles entre el centro de Asia y la Rusia meridional. Señores del Africa, penetraron hasta más allá del Niger en el interior, hasta Sofala en Oriente, y hasta Cabo-Blanco en Occidente; y ahora cabe preguntar

(1) *Anciennes relations des Indes et de la China*, 1718.—*Journal Asiatique*, sept., 1846.

si efectivamente los Arabes descubrieron las islas Afortunadas. Nos hablan de Chaledat, de Lako, Saali, Chasaran; de los *Magrurinos*, errantes ó desengañados, que despues de navegar once dias hácia el Oeste y veinticuatro hácia el Sur, vieron aparecer entre las olas una tierra desconocida que hallaron poblada de ovejas, de carne tan amarga, que no la pudieron comer; y en otra isla, á que abordaron despues, dijéronles sus habitantes que si navegaban más hácia Occidente se verian envueltos en densas tinieblas. Ahora bien ¿qué islas eran estas? ¿Eran las Canarias? Malte-Brun hace de Lako, Lanzarote; de Saali, Fuerteventura; de Chasarán, Tenerife, y supone que las islas de los *Magrurinos* son las Canarias, fundándose en que regresaron al puerto de Asfi, en la costa occidental de Africa. Pero, aún admitiendo que estas hipótesis dejen de serlo para ser verdades, y que, regresando los *Magrurinos* por Asfi, las islas que vieron hubieran de ser necesariamente las Canarias, ¿qué importancia tiene para la Geografía ver una isla, darla un nombre y volver á Africa ó á España sin saber la distancia que la separa de las tierras más próximas, sin traer ningun recuerdo de ella y sin dejar allí ningun vestigio que atestigüe en su día el descubrimiento y modifique en un sentido de progreso la vida de sus moradores, si los tiene? ¿Es esto un descubrimiento? No; esto es, á lo más, la base necesaria para que luego se haga el descubrimiento: se dice y se repite que al Oeste de Africa hay islas y archipiélagos esparcidos aquí y allá sobre las aguas del mar Tenebroso; los geógrafos se hacen eco de estas hablillas de los pueblos de la costa; la tradicion las va transmitiendo de padres á hijos, hasta que llega el dia en que uno ó varios navegantes se lanzan al mar con ánimo de conquistarlas, si sus pueblos son salvajes, ó con intencion de entablar relaciones mercantiles si son cultos ó semi-cultos; entónces se realizará el descubrimiento. Y de esto hay mucho entre los árabes: tenían el defecto de no marcar las distancias, y de aquí conjeturas y más conjeturas cuando se trata de saber, por ejemplo, qué isla era Sahabia, la del ámbar amarillo, cuál Lake, la de olorosas maderas, y tantas otras que se hallan en el mismo caso.

Respecto al Asia, hemos visto á unos viajeros recorrer las estepas septentrionales del mar Caspio, subir á Kirghiz y descender por lo que hoy se llama Turquestan, y á estos mismos y otros avanzar hasta los mares de la China y visitar la capital del Celeste Imperio. Ya en los primeros dias del poder musulmico, gentes enviadas por el califa Valid—704 á 715—atraviesan el Kachgar y se internan en China, y desde entónces comienzan á ser frecuentes las tentativas para entrar en relaciones con el citado Imperio. En el año 850 los árabes tenían cónsul en

Canfú—Canton,—prueba de que sus propósitos comenzaban á realizarse, ingiriéndose entre los chinos, cuyos conocimientos geográficos sirvieron para ilustrar no poco á los viajeros musulmanes; pues *Fa-hian* en el año 400 y *Hiuén-Shang* hácia 635 habían recorrido gran parte de Asia, dando noticia á los suyos de lejanas comarcas y extraños pueblos. Sabemos además que en el siglo IX *Vahab* y tal vez el mismo *Abu-Zeid* toman el camino del mar y llegan á Canfú, término del comercio marítimo de los árabes que, no satisfechos, suben más al Norte hasta Pekin y allí se convencen de que la costa oriental de Asia aún no es conocida en su totalidad. Y todas esas tierras que se suponen en la costa y multitud de islas que hay en los últimos confines del mar Amarillo, ofrecen gran arsenal á la imaginacion y son las comarcas de los genios, de los enanos y gigantes, de animales monstruosos, de reyes poderosísimos y ciudades encantadas. Así lo comprueban las *Mil y una noches*, y principalmente los viajes de Simbad el Marino, donde algun autor moderno ha tratado de buscar datos de cierto interes para la historia de la Geografía (1). Este aspecto maravilloso que se da á los países no conocidos es general á todos los tiempos y lugares, y revela el espíritu geográfico de los pueblos; si en alguno escasean estas fábulas—que no son muchas veces más que exageraciones de cualidades, vicios y virtudes de los hombres ó restos muy desfigurados de antiquísimas tradiciones,—poco interes ofrecerá en la historia de la Geografía. ¿Qué importa que en tal ó cual region vivan hombres con cabeza de monstruos marinos, ó las serpientes hagan inhabitables sus feraces campos? La idea nace y se da el primer paso, trascurrirán años ó siglos, irá aumentando la curiosidad, y el hombre, guiado por esa fuerza misteriosa que le lleva hácia lo desconocido, ensanchará el mundo y entregará nuevas razas á la historia.

Resumiendo, podemos decir ahora que los conocimientos geográficos de los Árabes, más allá de los límites del mundo romano, se refieren principalmente á los extremos Sudoeste y Este; los Romanos conocieron la Libia y costa septentrional de Africa, y los Árabes hollaron las arenas del Gran Desierto; recorrieron la Nigrizia y vieron deslizarse las aguas del Nilo occidental ó Niger; los Romanos supusieron la existencia de un dilatado territorio más allá del Ganges, y los Árabes trasponen el Ganges y la peninsula de Malaca, golpean con sus remos las olas del grande Océano, visitan el Imperio chino, descubren islas al Sur y predicen tierras al Oriente. Al Sur las que con seguridad puede afirmarse conocieron son las Maldivas: en cuanto á las islas

(1) Walckenaer; *Analyse géographique des voyages de Sindbad*.

de la Sonda, enclavadas en la parte de la Oceanía que se llama Malasia, ya no es tan fácil determinar si todas ó alguna llegaron á ser descubiertas por los Árabes. Citan á Kala, Djaba, Suborno, y se quiere hacer de estos nombres Sumatra, Java y Borneo, fundándose en que muchos de los productos que sus barcos traían de Oriente, alcanfor, campeche, marfil, parecen propios de estas islas. También se ha preguntado si las islas de Wakwak son las Molucas, y si era posible que, penetrando por el estrecho de Malaca y aventurándose en el mar de Java, hubieran llegado á la extremidad oriental de la Malasia, observando que en Mindanao y otras islas oceánicas se conservan vestigios de lengua y religion árabe y persa. No hay, que sepamos, ningún dato para afirmar explícitamente tales hechos y suposiciones, pero de aquí no deducimos la contraria, la negacion rotunda, máxime que, no siendo imposible, es probable que tal sucediera, dada la intrepidez y osadía del comerciante árabe, sólo que conforme á nuestro principio ántes asentado, como es el mercader quien visita las tierras oceánicas, el conocimiento que de ellas se adquiere es vago y se generaliza muy poco; no es aún el descubrimiento, tal y como nosotros lo entendemos.

Los países septentrionales presentan muy poca novedad en la geografía de los Árabes; salvo escasa diferencia lo mismo supieron los Romanos de todo el litoral del Ponto-Euximo. Las embajadas á la Bulgaria sirven, sí, admirablemente á la historia, pues proporcionan detalles de gran utilidad para el conocimiento de los orígenes del pueblo ruso, y los viajes de *Batutah* nos enseñan que las comarcas situadas entre el mar de Azof y el mar Caspio ofrecían, como hoy sucede, escaso áliciente á pueblos activos y emprendedores, y nos muestran que aún no se tenía la más ligera nocion de la Siberia ni de la China septentrional.

En suma, el mundo de los Árabes era un mundo todavía muy incompleto, pero contenía como en germen los grandes descubrimientos que inmortalizaron al siglo XV y dieron importancia capital en Geografía á los siglos de la Edad moderna. *Batutah* continúa á *Marco Polo*, los *Magrurinos* presagian á *Colon*, y *Suleiman*, *Vahab* y otros oscuros navegantes comienzan la exploracion de los mares del Este y Sur que, andando los tiempos, há de crear en lo que se pensaba inmensas soledades de agua un vasto archipiélago que se denominará Oceanía.

Además, preciso es no olvidar que los Árabes causaron un notable desarrollo en la ciencia geográfico-descriptiva. Sabemos que algunos de los viajeros citados escribieron libros, donde á sus propias observaciones añadían los conocimientos adquiridos en el estudio de la Antigüedad clásica, é inclinándose hácia esta pendiente, universal en los

tiempos medios, á la vez que se recogen las enseñanzas de ilustres varones griegos y romanos, la ciencia de los Árabes se enriquece con las obras de Istakiri, autor de una Geografía con caracteres histórico-descriptivos; con las *Recreaciones geográficas* de Edrisi de Ceuta (1); ó *Geographia nubiensis*, segun la traduccion latina que se hizo en los últimos años del siglo XVII; con los escritos de Yakut y Kazvini, publicados en Alemania en 1866 y 1869 respectivamente, y con la célebre *Verdadera situacion de los países* (2), de Ismael Abul Fedá, príncipe de Hamah, en Siria, que murió en 1334, pudiendo añadir á estos nombres los de Albiruni, El Bekrí y otros de menor importancia.

Los progresos de la Geografía trascienden inmediatamente á la Historia, porque la Geografía describe y estudia la tierra, y la tierra es el plano donde nacen, viven y mueren hombres y pueblos. Si consideramos la Historia como simple narracion de hechos acaecidos en edades que fueron, como estos hechos se refieren al hombre, su agente, y como el hombre es sér de espacio y el espacio que ocupa es la Tierra, se comprende la imposibilidad de historiar el hecho y transmitirlo íntegro en todos sus pormenores y detalles sin el prévio conocimiento de los lugares que fueron teatro de tal ó cual empresa ó memorable suceso. Si damos á la Historia el alto sentido filosófico que ha alcanzado, y con justicia, en los tiempos modernos, obvio será también entender cómo del exácto conocimiento de las regiones ó comarcas donde habita una raza ó mora un pueblo, dependa muchas veces el de las leyes á que han obedecido y obedecerán ese pueblo y esa raza en su desarrollo histórico. La inteligencia del hombre es tan poderosa, que suele alterar profundamente las condiciones privativas de los lugares en que vive, pero esto acontece despues que las influencias de la naturaleza exterior han impreso en la raza caracteres indelebles.

Los geógrafos árabes nos describen el mundo que conocían; aquellas tierras que los últimos romanos pintaron con líneas vagas y confusas adquieren ahora firmeza y colorido; se habla de sus ciudades, de sus rios, valles y montañas; se determinan á veces sus límites; se reseñan los usos y costumbres de sus moradores; en una palabra, se va haciendo posible la Geografía histórica, la ciencia que estudia la Tierra como el campo de la Historia. El libro de Yakut, *Indicador de los países por orden alfabético*, es una coleccion á manera de Diccionario de interesantes noticias de todos los países

(1) Vivía en la corte de Rogerio II, rey de las Dos Sicilias, y escribió dicha obra para explicar el monumental planisferio que este príncipe se había mandado construir. Representaba el mundo conocido de los Árabes y los Griegos.

(2) Muy extensa en la descripción de Siria, Arabia y Egipto.

que constituían el Califato; y al describir la Siria, la Arabia, el Egipto, hace por la historia de Sirios, Árabes y Egipcios tanto como el que narra los hechos que allí pasaron; ambos se completan, el uno recoge lo que vió ú oyó, el otro pone el sello de verdad haciendo patentes las relaciones del lugar con los caracteres y condiciones del hecho. Sin conocer la historia de los árabes, con la sola lectura del libro de Yakuf se pueden trazar los rasgos generales de la civilización oriental musulmana.

La Historia universal es la historia del género humano, y cuando la Historia se desenvuelve sometida á un pueblo ó á una idea, Roma, Cristo, Mahoma, no hay historia universal; para que la haya es preciso abarcar todos los pueblos y razas, y para ello es necesario conocerlos, y conocerlos en sus mismos hogares, y hé aquí cómo *Massudi, Hankal, Batutah, Suleiman, Vahab, Istakiri, El Edrisi, Yakut* contribuyen con sus viajes y sus libros á aportar nuevos elementos á la Historia. Pertenecían á una de las razas más grandes de la Edad Media que, extendiéndose prodigiosamente por Asia, Africa y Europa, obligó á pueblos que vivían separados de las ciencias y de las letras, y que, rudos y agrestes, desconocían las ventajas de la civilización, á levantarse de su oscuridad para venir á figurar en la Historia; mostrando que las leyes que rigen el desenvolvimiento y progreso de la sociedad humana son siempre las mismas para todos los tiempos y para todas las razas; la guerra, la conquista, el comercio y el viaje que, acercando unos á otros hombres, preparan el día en que la única ley y lazo sea la fraternidad universal.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

(Continuará.)

CRISTÓBAL COLON.

EL LUGAR DE SU NACIMIENTO.

Tantos autores han escrito acerca de Cristóbal Colon, que parece mal hablar, despues de ellos, del gran navegante; sin embargo, vamos á tratar de llamar la atención pública sobre una reivindicación ya hecha por algunos escritores corsos, como Hortensio Savelli y A. Arighi, y por el abate Casanova en notables artículos que ha publicado en la *Revista de Nápoles*.

Hasta hoy no se conocía con certeza la fecha ni el lugar del nacimiento de Cristóbal Colon; todos sus historiadores estaban de acuerdo en que había visto la luz primera en los Estados de la república de Génova. El mismo D. Fernando Colon, hijo del navegante, había guardado el silencio más misterioso.

..... «La casualidad quiso que su patria y su origen fuesen ménos conocidos con exactitud; y por esto algunos que quieren oscurecer de cierta manera su gloria pretenden que nació en Nervi, otros en Cugureo y otros en Buggiaseo, pequeñas aldeas cerca de la ciudad de Génova, y situadas en su misma costa. Otros que quieren ensalzarlo dicen que era de Savona, y otros del mismo Génova. Algunos llegan hasta atribuir su nacimiento en Plasencia, pueblo en que viven algunas personas muy consideradas de su familia, y en cuyo cementerio se ven bastantes tumbas con las armas y el nombre de Colon.» (*Historie, o sia la vera relatione della vita é dei fatti dell' Ammiraglio C. Colombo*, por D. Fernando Colombo, Venecia, 1571; traducción de Ulloa, página 2.)

¿Ignoraba D. Fernando Colon el lugar del nacimiento de su padre? Esto no es presumible. Y si lo sabía, ¿por qué no lo dijo? Si Cristóbal Colon había nacido en Génova, como parece indicarlo su testamento, testamento cuya autenticidad ha sido puesta en duda varias veces, ¿por qué D. Fernando no dió su testimonio? Por el contrario, se indigna contra el genovés Agustín Guistiniani, obispo de Nebbio, que, en su *Salterio*, hacía nacer á Colon en la plebe genovesa.

Siendo yo nacido en Génova... dice el almirante en el acta de constitución del mayorazgo. En la página en blanco de un breviario que le había dado el papa Alejandro VI, y que se encontró en Roma en 1785 en la biblioteca Corsini, se lee de puño y letra de Cristóbal Colon: *Legó este libro á mi patria la república de Génova*. Estas palabras fueron escritas por Colon en el momento de morir, en Valladolid, el 4 de Mayo de 1506, y son el comentario de *Siendo yo nacido en Génova*. Cristóbal Colon nació, pues, no en la ciudad de Génova, sino en la *república de Génova*. Documentos descubiertos hace algunos años nos permiten asegurar que el almirante vió la luz en un pueblo, genovés es verdad, pero situado en Córcega, el pueblo de Calvi.

Estos documentos son, ni más ni ménos, que la partida de bautismo de Cristóbal Colon, y otras partidas en las cuales figura como padrino. En la de su nacimiento se dice que «Cristóforo, hijo de Domenico Colombo y de Susana Rosa Fortuna, es del pueblo de Calvi.»

Una copia de esta partida fué enviada al director de la *Enciclopedia del siglo XIX*; en efecto, consultando esta obra vemos que «Colon nació hácia el año 1440, de un simple obrero tejedor, en los Estados de la república de Génova, segun la mayor parte de los autores, y en la isla de Córcega, si se ha de dar fe á algunos manuscritos descubiertos recientemente.»

En aquella época, en efecto, el pueblo de Calvi

formaba parte integrante de la república de Génova, pero en realidad era un pueblo corso; y los corsos, comprometidos en una lucha secular con la república de Génova, eran considerados como rebeldes por todos los Estados de Europa: esto explica la indiferencia del padre y el silencio misterioso del hijo. Colon, que conocía su época, dudó quizá de proclamarse, ante los reyes de Europa, compatriota de aquellos altivos insulares que rechazaban enérgicamente toda dominación extranjera y que, cuatro siglos antes, habían organizado entre ellos cierto comunismo municipal.

En suma: Génova, en su reconocimiento tardío, puede elevar estatuas al gran navegante á quien sus pilotos y sus capitanes instruyeron en las ciencias marítimas; eso está muy bien y lo aprobamos; pero no puede, de hoy más, seguir en su empeño de quitar al *siempre fiel* Calvi el honor de haber sido la cuna del gran Cristóbal Colon.

T. MALASPINA.

(Revue littéraire.)

EL PORTUGAL CONTEMPORÁNEO.

(Continuación.) *

II.

Miembro de la gran familia ibera, el portugués lleva en sus venas la sangre que un gran orador de la República anglo-americana ha calificado de la más orgullosa de Europa. Sobre sus progenitores pasaron, como sobre los nuestros, la dominación romana, la invasión gótica y la algarada árabe. Quizá ellos fueron también, con nuestros padres, á la legendaria tierra de Asturias á escribir la primera página de la epopeya de la Reconquista; pero de hecho sus nombres no figuran en la historia hasta que en el siglo XII, constituido el Condado de Portugal por nuestro Alfonso VI para su yerno Enrique de Borgoña, que de Francia había venido á tomar parte en la cruzada de Occidente, rivalizando en renombre con el mismo Cid, y obteniendo como primera y más valiosa recompensa la mano de la infanta Teresa y el gobierno del país, comprendido entre el Miño y el Mondego, un hijo del de Borgoña (Alfonso Enriquez) alzó bandera por inspiración celeste, fundando la independencia de su reino sobre los cadáveres de cinco emires, las rotas lanzas de los castellanos, y la voluntad del país, formulada en las Cortes de Lamego, casi al mismo tiempo que se escribía en Castilla el Ordenamiento

de Nájera, algo antes de los fueros de Sepúlveda y de Cuenca, medio siglo después de los Usajes de Cataluña, y á cien años de distancia de los Fueros coleccionados de Aragón.

Dados estos antecedentes, puede comprenderse que las bases de la vida portuguesa en aquella época fueron las mismas que las de la vida castellana, si bien dos particularidades influyeron en ella de un modo suficiente á constituir una seria diferencia. La primera, el reconocimiento que hizo Alfonso Enriquez del Señorío de Roma, á la que se obligó á pagar tributo, al mismo tiempo que tomaba por armas las cinco llagas de Cristo y los treinta dineros porque éste fué vendido: detalle importantísimo, que pesa como mano de hierro sobre la historia del vecino reino, obligado, durante todo el siglo XIII, á vivir ajeno al movimiento de la Reconquista española, olvidado de toda Europa, desvanecido y sofocado entre las excomuniones de Roma y la cólera del Océano, y que después, aún triunfante la realeza á fines del siglo XIV con Juan de Avis, y ya mediado el siglo XVI que había visto las glorias de Manuel el afortunado, la expedición de Vasco de Gama y el esplendor de Lisboa, abre las puertas á los jesuitas y hace que se afirme el imperio de éstos en aquella tierra como en ninguna otra parte del antiguo continente.

La otra circunstancia es la fuerza extraña que las clases privilegiadas toman en Portugal casi desde los primeros días de la monarquía; hecho debido á la manera de haber sido repartidas las tierras, á la misma excepcional importancia del clero, y á la falta de aquellas guerras con el moro, que hicieron posible en Castilla y Aragón el ensanche de la propiedad individual y el enaltecimiento de las clases inferiores. Y esta circunstancia tiene gran valor, porque toda vez que al pechero le faltaba tierra donde esperar, y el castellano le cerraba con sus armas el paso para el interior de la Península y el corazón del mundo civilizado, se explica muy bien que, así el ribeño del Duero como el montañés de Marao, el llanero de Extremadura como el pescador de los Algarves, rendidos y desorientados, se volvieran al inmenso piélago, á preguntar si tras aquella línea de plata, donde el cielo, preñado de azul, tachonado de púrpura, y vencido por la riqueza de su luz y la palpitación de sus estrellas, se inclina dulce y blandamente á descansar, existía el *mas allá* que siempre forja la fantasía y acaricia el deseo, con tanto mayor vigor, cuanto más dura es la realidad; si tras aquel velo misterioso y seductor se ocultaban nuevas comarcas, nuevos jardines, nuevas ciudades, nuevas tierras donde vivir sin la marca de los señores, las cadenas de la miseria y la conciencia vaga, pero alentadora del destino, ator-

* Véase el número 114, pág. 539.

mentada por la horrible é implacable certeza de la impotencia.

Naturalmente estos pormenores no son extraños al carácter general de la historia en aquella época; la influencia de la Iglesia y el poder de los Señoríos también en España se daban, pero no con la viveza y de la manera que en Portugal.

Y esto así, relacionéense por un momento estas condiciones morales de aquel pueblo y las circunstancias físicas de aquella comarca. Portugal era una estrecha faja de tierra, casi podríamos decir el borde occidental de la Península ibérica. Distaba materialmente extraordinarias jornadas del corazón de Europa; y los cabos de la Roca y de San Vicente eran y son las extremidades del mundo antiguo, que ora parecen estribos de un puente fantástico que hubiera de salvar los abismos y juntar los hemisferios, ora semejan un reto de la madre tierra, á las iras de ese mar de la epopeya, que se llama el Atlántico. El portugués vivía materialmente en el extremo del mundo, mientras, por otro lado, apartándose, desde fines del siglo XII de guerrear con los moros y no peleando con el castellano más que por acaso, podía decirse que estaba entregado á sí propio, á los impulsos de su sangre soberbia, al espectáculo incomparable de las dos inmensidades, del mar y el cielo, y á la influencia absoluta de aquel catolicismo intolerante de los últimos días de la Edad media, que si bien mataba el pensamiento para impedir sus relámpagos, comunicaba al devoto el convencimiento íntimo de su superioridad infinita, como poseedor de la única verdad y de la dicha eterna, sobre el infiel ó el hereje, anacrónico trasunto del bárbaro y del extranjero de los tiempos griegos.

Así, yo me explico cómo Portugal, apenas se constituye de un modo estable en el siglo XIV, acomete sus empresas marítimas, porque para lanzarle á estos empeños había una complicidad manifiesta de la historia, de la sangre y de los grandes elementos de la naturaleza; y así, sin extrañeza, pero con admiración, veo á aquel puñado de hombres ir al Africa, conquistar á Ceuta, correr al Cabo Non, anclar en Guinea, desafiar al diablo en las aguas de las Tormentas, preceder á Colon con el gran Vasco de Gama, poner su planta en el Brasil con Pedro Alvarez de Cabral, reducir á Mozambique, apoderarse de Goa, entrar en el golfo Pérsico, visitar la Oceanía, emular las increíbles hazañas de Cortés y de Pizarro, con aquellas dos grandes figuras de Almeida y Alburquerque, y despues, agigantados con la contemplación de sus gigantescas empresas, al lado de la poquedad de sus recursos y de su pequeñez con relacion á Europa, soñar con el dominio del Universo, al par que la pluma de oro del inmortal Camoens condensaba en la epopeya lo que era

demasiado grande para caber en las páginas de la Historia.

Cuando yo escucho las críticas que se hacen de Portugal; cuando yo oigo cómo se pondera su petulancia, nunca puedo prescindir de que, si hay algun pueblo en el mundo capaz de tener ciertas pretensiones á la inmortalidad, ese pueblo es el pueblo lusitano. Otros han hecho iguales hazañas; nosotros mismos las hemos sobrepujado; pero, ¡qué diferencia de condiciones! ¡qué diferencia de recursos! No es posible olvidarlo; Portugal era un puñado de hombres, casi una familia, y sin embargo, realizó aquella fantasía, aquel sueño de los siglos XV y XVI; y he dicho bien aquel sueño, porque á poco se disipó volviendo el gigante de las *Mil y una noches* á su triste condicion de hombre, atacado y comprometido por las miserias de la realidad. El encantamento cesó; desaparecieron los brillantes, y la púrpura, y la resplandeciente corona, y el mundo de servidores y de esclavos, y quedó el pobre labriego, sobre la tierra yerma, al pié de los conventos, bajo el látigo de los señores.

¿Quién produjo estos resultados? Tres grandes despotismos porque Portugal atravesó desde el siglo XVI. El despotismo religioso de los jesuitas; el despotismo monárquico de nuestros Felipes; el despotismo mercantil de los ingleses. Y con ellos, la misma exageración de sus conquistas y el carácter de su colonización.

Para el primero de aquellos despotismos estaba el terreno grandemente preparado. Alfonso Enriquez, al ceñir la corona y crear la independencia portuguesa, se había reconocido vasallo de Roma, y de aquí un predominio de las fuerzas sacerdotales, y aún del mismo Papado, antes de que éste se hubiese hecho fuerte en el Código de Graciano. Aquel clero se presenta en los siglos XII y XIII, como quizá ningun otro de Europa; pretendiendo, aparte de sus inmunidades personales y de la cobranza del diezmo, el tercio de todas las sucesiones, y con estas ventajas materiales la jurisdicción sobre matrimonios, testamentos, juramentos y contratos entre personas ó sobre cosas eclesiásticas. Y si bien, al terminar el siglo XIV, Dionisio y Pedro el Justiciero, despues de grandes luchas con el Papado, que por boca de Honorio III se había atrevido en 1221 á amenazar á Alfonso II con «desatar al pueblo del juramento de fidelidad y mandar á otros príncipes que le despojasen de sus Estados» con motivo de las discordias entre el Rey y el arzobispo de Braga, y que á poco, por boca de Inocencio IV, en 1245, depuso al rey Sancho, dando la corona á Alfonso III, si bien, repito, logran para la monarquía el regio plácito, y promulgan las leyes de 1324 y 1329, que prohibían al clero la adquisición de bienes raíces, prohibición ampliada en 1371 por las Cortes

de Lisboa, muy luego, en el inmediato siglo y en la Edad de oro del reino lusitano, Manuel declara inmunes para el impuesto los bienes de los conventos y del clero, y Juan III renuncia el privilegio regalista, da al clero jurisdicción temporal sobre sus vastos dominios y abre las puertas á los jesuitas y á la Inquisición española. Así la casa de Aviz retrocedió en el camino emprendido por los últimos monarcas de la de Borgoña, que al fin habían logrado, en cierto modo, emancipar á Portugal de Roma, favoreciendo al clero lusitano y apoyándose en él por medio de las *concordatas* contra el Papado, y además habían conseguido poner cierto límite á la importancia del orden eclesiástico con las leyes de desamortización. Así bajo la casa de Aviz, á la cual van unidas casi todas las glorias lusitanas, pudo el clero oponerse en 1483 á la entrega de la plaza de Ceuta si no se obtenía permiso del Papa; y éste pudo conceder á la orden de Cristo los países descubiertos en Ultramar; y el Concilio de Trento fué admitido en 1569 en el reino portugués, no sólo sin reparo, si que con la fórmula *ainda que fosse con prejuizio da jurisdicao real*. Y de esta suerte la Compañía de Jesus entró en la sociedad portuguesa para secar con sus mansas influencias el pensamiento lusitano, y tan decidida á echar raíces en el nuevo país y á conquistarle para sus vastos planes, que no titubeó en hacer la causa del vecino reino y en afrontar las iras de los reyes de España cuando Portugal dió el grito de independencia en los dias de Felipe IV. Y de este modo tambien el Santo Oficio logra ocupar un sitio en el cuadro de las instituciones de aquel naciente pueblo, con el propósito de extremar los horrores que había producido en España, llevando en Portugal á la hoguera, en ménos de un siglo (hasta 1732), sobre mil trescientos hombres, condenando á más de veintres mil, cayendo como insaciable buitres sobre los mejores bienes que en aquella explotada tierra habían escapado á la avaricia de los conventos y á las usurpaciones de los señoríos; y aventando, en fin, de aquel país ya excitado y descompuesto por el incesante flamear de una imaginación insana en un cuerpo enfermo, todo lo que prometía resistencia, todo lo que auguraba energía, todo lo que podía ser iniciativa, todo lo que por algun concepto semejaba palpitation, contraste, lucha, movimiento, vida.

Es difícil, muy difícil abarcar en un momento toda la gravedad y la trascendencia toda del influjo de los jesuitas, mejor dicho, de la tiranía religiosa en Portugal; pues que el jesuitismo, instalándose sobre la base de la intolerancia religiosa y de los privilegios del clero, sólo vino á ser el remate de aquella deplorable organización. Nuestros vecinos no tienen en su historia—¡ellos, que daban calor en su seno á la familia que había de producir á Spinoza!—

no tienen, digo, ni aquella tentativa de iglesia nacional que acusa entre nosotros el rito mozárabe, ni aquel conato de herejía del herético reino de Aragón hasta que vienen á España los enviados de Cunya. En Portugal jamás hubo respiradero para la opresión religiosa, y sólo si se tiene en cuenta que la espina que llevamos en nuestra vida social, data de la falta de movimiento religioso, ahogado en España al mediar el siglo XVI, se podrá imaginar toda la gravedad de la situación de nuestros hermanos de las desembocaduras del Miño y del Tajo, que han sufrido la Inquisición nada ménos que hasta 1820.

Es sin duda una dicha para nosotros que hoy apenas haya en España, entre las gentes de cierta cultura y que de propia voluntad no se pongan fuera de las exigencias morales é intelectuales de la época, quien tenga por discutible el principio de la libertad religiosa que, á partir de la paz de Westfalia, viene constituyendo una de las bases del derecho público moderno. Esto es una consecuencia del profundo movimiento político y social de 1868, y una razón más en apoyo de la bondad de aquel principio, que sólo en fuerza de su excelencia ha podido en tan brevisimo tiempo apoderarse de todos los espíritus, disipando las sombras y las preocupaciones que sobre este particular padecían la víspera de Setiembre, áun hombres ilustres y leaders eminentes de nuestros partidos políticos avanzados. Pero esta misma circunstancia produce cierta dificultad para que en estos tiempos de libertad y expansion el espíritu vuelva sobre los pasados tiempos de recelos y desconfianzas, así como para que sea comprendida en toda su amplitud y dominada con toda seguridad la intolerancia de dias un tanto lejanos, y el exclusivismo religioso, que junto con la esclavitud de nuestras colonias, nos hacía aparecer como una deplorable excepcion en el cuadro de la civilización contemporánea; ¡infame atentado contra la conciencia individual, abierta á todas las aspiraciones y á todas las ideas; pero santificado en nombre de otra conciencia que no puede gozar de la serenidad y el encanto que proporciona la posesión de la verdad eterna, sino entre vapores de sangre, oleadas de lágrimas y gritos de horror, que impiamente son ofrecidos como incienso y hosanna al Dios del sacrificio y de la misericordia, trocando el altar de Cristo en el ara humeante y monstruosa de Moloch!

Porque la intolerancia religiosa es la madre de las religiones oficiales, en que los rezos son de oficio, y bajo las cuales, mientras los directores murmuran: «Paris bien vale una misa», ó intentan ahorcar á un Papa, haciendo rogativas en tanto para que el cielo le saque de tan duro trance, las multitudes corren las cuentas del rosario entre un bostezo y un mal pensamiento; y si todos vuelven

la vista á Dios, es en los dias de angustia, en los trances críticos, en el momento de la muerte, buscando ávidos, ántes á la fecunda Providencia, que á la Suprema Justicia.

De este modo, bajo estas influencias, en estas condiciones, Portugal perdió á los mozárabes y á los judios, que allí se habían refugiado huyendo de España; que habían merecido grandes atenciones de parte de Sancho II y de Dionisio, hasta el punto de estarles abiertas las puertas de los primeros destinos de la nacion, gozando del derecho de gobernarse por sus leyes y administrarse justicia, á condicion de formar grupos separados y de llevar ciertas señales exteriores; y que muy luégo fueron acometidos por el populacho de Lisboa y robados por el gobierno y perseguidos por todas partes y expulsados del reino en 1496, y castigados en el potro de los inquisidores, miéntras la locura de las expediciones lejanas, el deseo de allegar pronto soñadas riquezas, la agotadora intranquilidad que en la existencia produce la falta de un ideal de vida perfectamente comprendido y determinado, mermaban de un modo imponente aquella poblacion excasa y delirante. Y de este modo, en fin, á la rojiza lumbre de la Inquisicion, entre los berridos de los familiares y los exorcismos de un clero borracho de sangre y de concupiscencias, palidieron, como en un cuento fantástico, las estrellas que poblaban el resplendente firmamento lusitano, y huyó la actividad de los puertos, y callaron los populares narradores de las hazañas gigantescas de los siglos XV y XVI, y enmudecieron los poetas; los campos se cuajaron de abrojos, desmoronáronse silenciosamente las aldeas, y el país todo, por huir de los irregulares y violentos fulgores del pensamiento como de las tempestades de la Reforma, se hundió, cual ciudad maldita, entre las aguas serenas, pero corrompidas, de un mar muerto, sin dejar tras sí otro indicio de su pasada grandeza y de su espléndida existencia que la horrible bandada de negruzcas aves que sobre el abismo esperan impacientes la subida de los cadáveres á la superficie, y cuyo pavoroso graznido y cuyo revolotear siniestro á grandes voces están denunciando la realidad de una espantosa catástrofe.

Pero esto no lo hicieron sólo los jesuitas, el clero y Roma. La vieja monarquía tambien contribuyó á ello. La realeza en Portugal significó lo mismo que en el resto de Europa, y si bien allí no se realizó el empeño monárquico con el rigor y la energía que en el resto del mundo del siglo XV, debióse esto, más que todo, al poder de que el clero excepcionalmente gozó en Portugal, y contra el que pudo muy poco aquella casa de Avis, tan celosa indudablemente de la autoridad real; pero tan débil ante Roma y tan propicia á los escandalosos privilegios del clero. La monarquía lusitana tenía la misma tradicion que la

independencia de Portugal: sólo que había nacido con cierto carácter de modestia y limitacion, debido al importante papel que desempeñaron los *Estados do Reino*, ante los cuales el Rey prestaba juramento de observar y mantener los fueros de la nacion, y cuya trasformacion en Córtes (dentro de las cuales figuran desde los primeros dias—esto es, desde los primeros años del siglo XIII, por lo ménos, los procuradores de las ciudades y villas al lado de los nobles y los prelados) les permite llegar con un gran carácter hasta el advenimiento de Juan I de Avis, en 1385.

En aquellos dos largos siglos la reunion de Córtes fué frecuentísima, y de ellas salieron las primeras leyes de carácter general que se registran en la historia portuguesa: las *Leis geraes* de Alfonso II, promulgadas en las Córtes de Coimbra de 1211; Córtes, dicho sea de paso, con que se inauguran de un modo positivo los anales parlamentarios del vecino reino, una vez puesta en duda la existencia de las famosas Córtes de Lamego.

En las Córtes lusitanas, como en las españolas, lo que priva, á poco de vivir aquellas, es un sentido profundamente unificador y nacional, y un espíritu decididamente opuesto á las clases privilegiadas, al clero y, sobre todo, á la nobleza, que, divorciados y envidiosos, no reparan en aliarse parcialmente con el enemigo comun. Y como que la monarquía representa una cosa análoga á lo que aspiran las Córtes, si bien su interes es más actual, de aquí la admirable armonía que por espacio de más de doscientos años existe entre los reyes y los Parlamentos, que á pesar de tener en su seno á clérigos y nobles, son al fin lo que por la naturaleza misma de la institucion tienen que ser.

Por esta via la realeza llevó sus jueces y sus códigos á todas partes. Dinisio promulgó las célebres *leis da amortisação* contra el clero é hizo aquellas *terribles inquiriçoes* que dieron por resultado la anulacion de todas las *Honras ó Coutos* (exenciones de la autoridad real) concedidos á los nobles y los eclesiásticos, ó por éstos usurpados desde los tiempos del anticlerical Alfonso II, es decir, en treinta y nueve ó cuarenta años de turbulencia enérgicamente favorecida por Roma. Fernando en 1372, de acuerdo con las Córtes de Atouguia, limitó la jurisdiccion de los señorios, ampliando la medida de Dionisio, en cuya virtud había lugar á la apelacion al rey de los fallos pronunciados por los jueces de los *Coutos dos Donatarios*: y de las Córtes de Santarem de 1375 y por mano del mismo rey Fernando salió la *lei das sesmarias*, que no sólo prohibió el abandono de las tierras, sino que dispuso la reparticion de las no cultivadas entre los labradores, y amparó á éstos contra las vejaciones de los caballeros y castellanos.

Con el advenimiento de la casa de Avis da un paso de gigante la obra de la unidad portuguesa. Juan I, proclamado rey por las Córtes de Coimbra de 1385, en agravio de doña Beatriz, hija del rey Fernando y esposa del monarca Juan II de Castilla, y á despecho de toda la antigua nobleza lusitana que favorecía á la casa española, y que fué, á la postre, privada de casi todos sus bienes y honores; Juan I, digo, fué el creador de una nueva nobleza, aristocracia revolucionaria, adicta y dependiente del nuevo rey. A él le pertenece, aunque la promulgara su sucesor D. Duarte, la *Ley mental* ó de reversion á la corona de todos aquellos bienes por esta donados, cuando los herederos á cuyas manos vinieren no fueran varones ó hijos primogénitos y legítimos de los donatarios. Y es él el iniciador de las *Ordenações Alfonsinas*, Código análogo á nuestras *Partidas*, publicado en 1446 por el regente D. Pedro en nombre de Alfonso V, base de la unidad legal lusitana y fundamento del absolutismo monárquico de Portugal, que entónces se armó con el supremo poder de la administracion de justicia.—Juan II publicó en las Córtes de Evora de 1481 una ley por la que se exigía á los señores nueva forma de homenaje, se rectificaban muchas donaciones y se limitaba la jurisdiccion criminal de aquellos, ampliando el derecho de apelacion ante las justicias reales; siendo todo esto causa de la irritacion de los antiguos nobles, entre los cuales el duque de Braganza llegó á ser condenado á muerte, y el de Visco vino á morir á poco á manos del mismo monarca, sellando con su sangre la ruina de la soberbia clase, anulada por el órden eclesiástico y destruida por la realeza.—Por último, Juan III remató la obra, obteniendo del Papa Julio III en 1551 la incorporacion *ad perpetuum* á la corona de la dignidad de gran maestro de las Ordenes militares.

Pero con la declinacion de la nobleza, reducida al fin punto ménos que á un mero honor y sometida de un modo incondicional á los monarcas, y con el enaltecimiento de la Corona, al modo que por aquella época (desde el siglo XV al XVII exclusive) fué corriente en Europa, terminaron las contemplaciones de que habia sido objeto el elemento popular por parte de los reyes. Así se ve que las Córtes, cuya importancia se afirma con la eleccion del primer monarca de la casa de Avis, el cual durante su reinado de cuarenta y dos años las convoca veintidos veces y les reconoce sin reserva el derecho de votar los impuestos, entender en todos los negocios que importaren á los pueblos, y autorizar ó negar su consentimiento para hacer la guerra ó la paz; así se ve que, á partir de 1438, declinan, principiando por protestar la reina tutora de Alfonso V, durante la minoría de éste, contra la pretension de las de Torres Novas de ser convocadas anual-

mente, para fijar el valor de la moneda y designar los titulares y personas que habían de desempeñar los cargos públicos. Y tras esto vienen los disgustos con Alfonso V, que prescinde de las Córtes para algunas medidas graves, contra cuya conducta alzan aquellas la voz en Vras de Santarem y Lisboa en 1451 y 55; y la indiferencia con que las miran Juan II y Manuel I, en cuyo reinado de cuarenta y seis años,—los más ricos y esplendosos quizá de toda la historia lusitana, pues que en ellos tiene efecto el primer viaje por el Cabo de Buena Esperanza, la instauracion del imperio portugues en Oriente, el descubrimiento del Brasil, la reforma del Código Alfonsino y el apoyo prestado por las naves de Lisboa, donde la neutralidad era la base de toda la política, á Venecia amenazada por el turco, y el matrimonio del rey con la infanta doña Isabel, princesa de Astúrias, y que á no morir hubiera heredado la corona de Castilla,—sólo se reúnen los Estados cuatro veces, acordándose su convocacion para de diez en diez años é imponiéndose al país contribuciones sin el voto de sus representantes, hasta llegar á los tiempos de Juan II, la edad de oro del absolutismo lusitano, en que las Córtes se reducen á un mero nombre y su reunion cae en desuso. Y en este camino trabaja tambien en pro de la humillacion del elemento verdaderamente nacional el rey Manuel, reformando y reduciendo los fueros locales y enalteciendo á la nobleza militar y letrada; y Juan III, haciendo entrar en sus consejos á los jesuitas y tornando á someter los destinos de Portugal á la influencia de Roma, omnipotente en los dias de D. Sebastian, últimos de la dinastía Avis, cuyo postrero representante lució el birrete cardenalicio.

Mas, á pesar de todo, fué menester la aparicion de nuestros Felipes para consolidar el absolutismo á las orillas del Tajo, y de un modo tal, que ni el hecho de la independencia lusitana logró desarraigarlo, pasando buenamente con él la familia de Braganza, despues de los momentos criticos y supremos en que se hizo necesario contar con el asentimiento del país, y más aún, con el entusiasmo del pueblo, siempre halagado en estos instantes supremos, para ser luégo olvidado, oprimido y explotado siempre.

Porque si bien es cierto que con motivo de la insurreccion portuguesa contra la tiranía de España y de la proclamacion de D. Juan IV de Braganza en 1640, volvieron á adquirir valor las antiguas Córtes, proclamándose en ellas doctrinas como la de que «el poder de los reyes proviene originariamente de la nacion, á la cual compete decidir las cuestiones sobre sucesion, velar por el cumplimiento de las leyes y hasta negarse á la obediencia cuando el rey, por su modo de gobernar, se hace indigno y

tirano;» y si es verdad que en 1668 hicieron ostentación de su fuerza moral para ratificar la deposición del alocado Alfonso VI y la subida al trono de D. Pedro, desde este reinado vuelven á la impotencia, prescindiendo los reyes de su voto para los impuestos, y dispensándose de convocarlas sino de tarde en tarde y puramente para dar esplendor á tal ó cual ceremonia. En cuanto á la nobleza continuó en su insignificancia, apénas aumentada por el desarrollo dado por Juan IV á las casas de la Reina y del Infantado, formadas por miembros de la misma casa real, y en cuyo obsequio se utilizaron los restos de las antiguas Órdenes y la reversion de no pocas donaciones.

Por otra parte, si es exacto que la oposicion hecha por Roma á la exaltacion del de Braganza puso á éste en el caso de resistir su influencia, muy luego volvieron á entenderse las dos cortes, y obteniendo el rey de Portugal el título de Fidelísimo (que llevó el primer individuo de la nueva dinastía) se afianza nuevamente la intimidad de los dos elementos que caracterizan á la monarquía portuguesa.

De suerte que el absolutismo, el pleno imperio del poder real sin la sombra de la clerecía, ni las cortapisas del Estado llano, ni las rivalidades de la nobleza, donde verdaderamente se exhibe y florece—antes del rey José, de excepcional carácter y singular significacion—es en la época del dominio de España, en el periodo de nuestros Felipes, autores del Código de 1603, conocido con el nombre de *Ordenações Phillipinas*, y que ha durado hasta despues de la primera mitad del siglo XIX.

Esta afirmacion del absolutismo, hecha por los reyes de España, comunicó á la situacion general política del país lusitano un sello tan original como deplorable. Porque desde la exaltacion de Felipe II al trono de los Enriquez y los Aviz, aparece Portugal, no sólo sometido á un rey, si que tambien sometido á otro pueblo, y de esta suerte quedaron garantizadas, de un lado la política de la intolerancia y la explotacion por parte de los gobiernos, y de otro el imperio de las bajas pasiones, los odios y celos de pueblo á pueblo, así como las preocupaciones estrechas y exclusivas del terruño.

De todo esto brotó un mundo de influencias corruptoras. Porque las instituciones políticas tienen un doble carácter y una doble importancia. Por una parte, como instituciones de derecho, destinadas á resolver con sus recursos propios y de un modo directo los problemas sociales, bajo la inmediata inspiracion de la justicia, que, cual nuestras Partidas decían, como el sol sobre todos se levanta y reluce para todos; y por otra parte, como instituciones moralizadoras, consagradas á mantener viva la corriente de las grandes ideas y los sentimientos ge-

nerosos, á inspirar con el ejemplo y engrandecer con la simpatía los afectos puros y desinteresados, el respeto, la modestia, la equidad, las virtudes todas del ciudadano en esas muchedumbres, que por el peso mismo de su ignorancia y de su tradicional miseria, gravitan hácia la inmoralidad y aparecen necesitadas de una direccion inteligente, de una columna de fuego que las guie por el atractivo irresistible que acompaña á todo lo que es luz y esplendor y grandeza entre las asperezas de la realidad sensible, y por medio de las tentaciones desordenadas de la ambicion y la miseria, á las tierras soñadas de la paz y bienandanza.

Y el absolutismo tiene importancia, ya no sólo por la intrusion del gobierno personal con todas sus contingencias y sus vicios en la vida de las sociedades, no por la sombra de muerte que arroja sobre todas las esferas de la actividad humana, que tienen que vivir del privilegio si han de gozar hasta cierto punto de una existencia regular y extraña á las veleidades del favoritismo y á los caprichos de antesala, sino por el rebajamiento que produce en los caracteres, y el triste desalentador espectáculo que ofrece á las masas manteniendo la irregularidad de la vida y la perturbacion de todo orden moral, con las súbitas exaltaciones, con las caídas injustificadas, con las larguezas inexplicables, con las venganzas inextinguibles, con las ingratitudes eternas y las pasiones mezquinas: cuadro repugnante que en todos los círculos se da, pero que es tanto más fecundo en desastrosas influencias, cuanto más alto aparece y mayores son sus títulos, por las condiciones de sus personajes ó la gravedad de las circunstancias, al respeto del comun de las gentes.

Pero todavía hubo en Portugal algo más que el despotismo monárquico y la tiranía religiosa, y este algo fué la tiranía mercantil de los ingleses, merced al tratado de Methuen de 1703. Antes de este tratado, el comercio lusitano vivia entre las mallas del régimen prohibitivo, grandemente atenuado hasta admitir en los puertos portugueses á todos los buques extranjeros en cuanto hacia al tráfico con la metrópoli; pero riguroso é implacable en lo que afectaba á las relaciones con sus posesiones ultramarinas, adonde iban tambien, como en España, bajo la intervencion de la casa de Lisboa, los galeones y los convoyes, mediante pago al Estado del 30 por 100 del valor de los productos, á excepcion de la pimienta y otras especies, cuyo monopolio se reservaba el gobierno, del mismo modo que la mayor parte del tráfico entre las diversas factorías de Asia.

Inglaterra fué la primera en barrenar este orden de cosas, logrando una rebaja para sus lanas, á cambio de una rebaja no tan considerable de su arancel para los vinos portugueses. No es cierto

que esto fuera un verdadero paso dado en el sentido del libre cambio, como pretenden los que ignoran que la libertad del comercio no se detiene siquiera en el puerto franco; pero es preciso también convenir que los males subsiguientes al tratado de Methuen no vinieron sólo de la explotación implacable de Portugal por los ingleses.

En efecto, el tratado de Methuen tenía el grave inconveniente de ser un privilegio, y privilegio monstruoso, en cuanto que privando al reino lusitano de la posibilidad de abaratar su vida y de modificar sus condiciones de producción acudiendo á otro mercado extranjero, obligaba á la lucha y á una competencia evidentemente desigual á los tejidos portugueses y británicos.

Demás de esto, importa notar que el tratado de Methuen vino á ser como una compensación de los servicios prestados por Inglaterra á Portugal desde 1660. Entonces la casa de Braganza, que luchaba con España por la independencia portuguesa, se halló abandonada por su protectora Francia, que ajustó con el Rey Católico la paz de los Pirineos. Entonces los lusitanos volvieron los ojos á Inglaterra, la cual prestó desde luego su concurso, mediante una indemnización de dos millones de cruzados y la cesión de las plazas de Tánger y Bombay, en 1661, fecha también de la paz de Portugal con Holanda, que devolvió el Brasil. Poco después, en 1668, por mediación de la Gran Bretaña, la corte de Madrid reconoce la independencia lusitana, y desde entonces comienza á echar raíces la influencia, diré mejor, el protectorado británico en Portugal.

De modo que las tres principales causas de la debilitación y ruina portuguesas, fueron causas que pudiéramos llamar exteriores, siendo de reparar, como extensamente he demostrado en otra parte (1), la poderosa, la inexcusable, la decisiva influencia que en la historia lusitana han ejercido los demás pueblos. ¡Admirable contradicción! ¡Terrible ironía de la suerte!

Todo el empeño, toda la pasión de Portugal, demostrada enérgicamente en el curso de su laboriosa y espléndida historia, y sostenida sin tregua ni descanso desde el primer día de su aparición como reino independiente hasta los momentos actuales, en que unas ligerísimas indicaciones hechas en nuestro Congreso por un diputado, que en verdad no peca de atrevido (tal vez por arrepentimiento), producen en Lisboa violentas protestas contra el iberismo, y amenazas hasta de arrancar á España parte de sus provincias del Norte y Occidente; todo el pujo y la preocupación toda del vecino reino

consisten en vivir por sí, y rechazar toda influencia extraña, y demostrar que *es*, y que *representa* y que *vale*; y sin embargo, esa maravillosa historia se reduce á un homérico esfuerzo, que sólo momentáneamente y á intervalos parece obtener éxito contra la acción, casi siempre triunfadora del extranjero sobre aquella noble tierra, que por ley de la naturaleza, cuando no por exigencia del desenvolvimiento histórico de la humanidad, está llamada á unirse, á identificarse con el resto de la Península ibérica, para afirmar verdaderamente la independencia de su familia y el carácter de su raza.

Pero no está sólo en las causas que ántes he apuntado la razón del desmedro y la humillación de Portugal. Sobre esto había el abanono, la holganza, la indiferencia que por momentos se apoderaba del vecino reino, gracias á la índole y condiciones de su colonización; abandono que puso en manos del extranjero de un modo absoluto la provisión, no sólo del mercado de la metrópoli, sino también de las colonias, de la misma manera que sucedió entre nosotros, gracias al modo y condiciones de nuestra explotación colonial, sin haber tenido que sufrir las inconveniencias de un tratado de Methuen.

La colonización portuguesa, que en realidad comienza en el último tercio del siglo XIV, y logra su mayor esplendor en todo el siglo XV y parte del XVI, tuvo por objetivos sucesivamente las costas de África, el mar de las Indias y el Brasil.

Las primeras fueron, como claramente se comprende, las de más fácil acceso á los navegantes portugueses, que recelosos en medio de su atrevimiento, habían ido á tientas hácia el cabo Non, y anclado con Nuño Tristan y el caballero Cadamosto en los puertos de Guinea. De allí los portugueses sacaron polvos de oro y algunas especias; pero lo que desde aquel fatal día allí se implantó para manchar la esplendorosa historia del pueblo lusitano, fué el infame tráfico de negros.

En lo sucesivo nadie como nuestros vecinos y los genoveses se distinguieron en este vil comercio, que después, y poco á poco, fueron sancionando los reyes de todo el mundo civilizado, como la Reina virgen, Carlos V y Luis XI; y nadie tampoco, es necesario decirlo, como los portugueses sufrieron más pronto y de un modo más evidente, dadas sus particulares circunstancias, las consecuencias de este crimen, que tan injustamente se ha atribuido al Padre las Casas. La esclavitud no es sólo una violencia injustificable sobre el esclavo, sino un foco de perturbación en el orden social, y muy singularmente un veneno infiltrado en la vida de los amos; triple punto de vista que es necesario tener muy presente para estudiar el problema, y sobre todo para resolverlo, á despecho de esos proyectos de

(1) *La Colonización en la Historia* (Lecciones pronunciadas en el Ateneo Científico y Literario de Madrid), tomo II, *Las colonias portuguesas*.

abolición gradual que prescindan por entero de todas estas consideraciones ante la suprema de que el plantador actual no pierda un solo peso, aunque pierda su vida el esclavo y quebrante su porvenir la sociedad. Pues bien, ese triple aspecto del problema puede perfectamente estudiarse en el reino lusitano, donde una gran parte de los capitales se hicieron con la trata durante los tres últimos siglos, y donde la esclavitud penetró, no como en España, para detenerse en Sevilla ó en Barcelona, sino para internarse en Lagos y los Algarbes, en tales condiciones de número y de duración, que puede asegurarse que, aún en el siglo XVI, eran los negros un elemento hasta cierto punto considerable de la vida de aquellas provincias. Y de aquí la corrupción en las costumbres, el desprecio del trabajo, el relajamiento de la vida íntima, la doble gangrena del corazón y de la conciencia, y el mundo todo de apetitos desordenados, de crímenes brutales y de sentimientos vergonzosos que caracterizan donde quiera á las comarcas esclavistas.

La colonización en Asia fué resultado: primero, de las atrevidas expediciones de Bartolomé Díaz y Vasco de Gama, que doblando el cabo de las Tormentas se corrieron por la costa de Mozambique hasta llegar á Calicut, en el Indostan; y después, del esfuerzo gigantesco de aquellos dos soldados que se llamaron Almeida y Alburquerque; el uno guerrero de la raza de Pizarro, que encomendó á las armas la sujeción de los reyes de Quiloa y de Mombaza, y la conquista de Ceilan (verdadero centro del comercio oriental), declarando buena presa todo barco que corriese aquellos mares sin su licencia; el otro, hombre de privilegiadas dotes, que á las terribles del soldado unia las más raras del político, y que, si con valor sin tacha había derrotado al rey de Calicut, entrando en Goa, y con audacia peregrina, al llegar á Ormuz, en el golfo pérsico, había contestado al Shah, que le pedía el reconocimiento de su señorío, mostrándole una bala y una espada, «hé aquí la moneda con que Portugal paga sus tributos»; en cambio, hábil y discretamente, supo aliarse con los emperadores de Siam y de Pegou, resistir y desbaratar las intrigas de los venecianos, y atraerse, más que el respeto, el cariño de aquellos pueblos, hasta el punto de que luego que la ingratitud de los reyes de Lisboa paga á Alburquerque tantos trabajos con el olvido, y después que la melancolía mata al afianzador del imperio portugués en Oriente, los indios van en piadoso peregrinaje á invocar «el genio del bueno y del justo» sobre la tumba del virey lusitano.

Es de advertir que la empresa de Portugal en Oriente no se contrajo á apoderarse de extensas comarcas de Africa ó de Asia, fundando un Imperio como el de los españoles en el continente america-

no, los ingleses en el Indostan, los holandeses en Java, y aún los portugueses mismos en el Brasil. Nada de eso. Su pensamiento era el monopolio del comercio oriental, y en esta idea el rey Manuel, alma de aquella empresa, tomó el título de *Señor de la navegación y del comercio de Africa, Arabia, Persia y la India*. Ciertamente que los portugueses se hicieron por tratados ó por las armas con extensos territorios en Africa y en el Indostan, conforme al deseo de Alburquerque y en oposición al pensamiento de Almeida, preocupado punto ménos que exclusivamente del dominio de los mares, que hasta entonces habían monopolizado los musulmanes, descendientes de aquellos árabes que, habiendo venido á la India, en la época floreciente de los grandes Califas se habían establecido en las costas, permaneciendo allí, después de la declinación de su imperio, sometidos á los nuevos poderes, y explotando aquellos países con un ardor y un éxito que explican perfectamente la prevención con que desde el primer día recibieron á los portugueses dirigidos por Vasco de Gama, y sus manejos para lanzar, como lanzaron contra los europeos, primero al Zamorin de Calicut, después al Egipto, y, por último, á los mismos árabes de las orillas del Mar Rojo. Sin embargo, las adquisiciones territoriales, limitadas generalmente á la costa, tenían por fin capital el asegurar el monopolio del comercio, y en este, que no en la explotación directa de las riquezas naturales de aquellos países y en la percepción de contribuciones de los súbditos, se fijó el gobierno lusitano al instituir la *Casa de Indias* de Lisboa, análoga, cuando no idéntica, á nuestra *Casa de contratación* de Sevilla.

Su tarea y su negocio se reducían á lo siguiente: el comercio con las Indias orientales estaba reservado de un modo exclusivo á los portugueses; y el tráfico marítimo entre los pueblos de Oriente, al gobierno lusitano. Mediante tratados con los príncipes indígenas, estos prohibían la venta de ciertos productos á otros que al gobierno portugués, el cual se comprometía á pagarlos á un precio convenido y á proveer á aquellos príncipes de lo que necesitaran de Europa. Además, los portugueses quedaban encargados de la policía de los mares, y por eso, sin su licencia, no navegaba por ellos buque alguno. De otra parte, en aquellos países dominados directamente por el virey de la India, como Quiloa, Sofala y Mozambique en el Sudeste de Africa, y el Malabar y Malaca en el Asia, el gobierno por sí mismo explotaba algunas riquezas y adquiría de los indígenas ciertos productos, prohibiéndoles su venta al extranjero ó reservándose la preferencia para la adquisición. De esta suerte, el gobierno lusitano explotó las minas de oro inmediatas á la costa de Mozambique, y se hizo con todo el oro que traían los

indígenas del interior de Africa por el rio Senna ó Zambeze, al punto de hacer de aquel metal el casi único instrumento de cambio en la India. Acaparadas en Goa las especies adquiridas, se verificaba su transporte á Lisboa en aquellos galeones, carabelas y carracas que en Marzo salían de Europa y en Diciembre de la India, tardando diez y ocho meses en el viaje redondo. Los particulares podían cargar las carracas con géneros europeos y orientales, pagando—como ántes de ahora he dicho—un 30 por 100 de su valor al gobierno de Lisboa, el cual se reservaba el monopolio de la pimienta y cuidaba de la custodia de las expediciones con sus barcos de guerra.

De esta suerte Lisboa eclipsó á Alejandria, y fué durante el siglo XVI quizá el primer mercado del mundo, el primero desde luego del comercio oriental, hasta que tras la funesta dominacion española se levantó sobre sus ruinas Amsterdam. Entónces ya no quedó del Imperio portugués en la India más que el nombre. De aquella inmensa cadena de fuertes y factorías que se extendía desde el cabo de Buena Esperanza, mejor dicho, desde Sofala, en el Sudeste africano, por el cabo Cuardafui y el golfo Pérsico, Cambaye y el Malabar, Ceilan, la costa de Coromandel, Malaca, China y las Molucas... sólo quedaron en pié Macao, Diu y Goá, por pura benevolencia del holandés, invasor de Oriente; mientras los Árabes, aprovechando la espantosa decadencia de los descendientes de Juan de Castro y Luis de Ataíde, los expulsan de la costa meridional de África. De este modo terminó la dominacion de los mares orientales por Portugal, señor de ellos durante cerca de siglo y medio (de 1510 á 1640) de un modo que jamás se había visto, ni de entónces acá se ha reproducido.

Pero no se culpe sólo á la dominacion española de los Felipes de esta espantosa ruina. Contribuyó á ella directamente por la fatal política de la corte de Madrid en Portugal; por la indiferencia con que miró las colonias del reino anexado; por su torpe conducta en los Países Bajos que provocó la insurreccion de éstos y los llevó á atacar las colonias y factorías lusitanas, que á la sazón formaban parte del gran imperio español. Todo es cierto; pero no lo es ménos que la decadencia del poderío portugués había ya comenzado en vida de los últimos Aviz, porque la corrupcion y la inmoralidad se enseñorearon de los dominadores en Asia, y la Inquisicion, llevada en mal hora á Goá, extremando brutalmente sus horrores, persiguiendo á los judíos que se habían refugiado en Ultramar, viendo en los mejores portugueses sospechosos y heréticos, y añadiendo el odio de religion á los rencores de los indígenas vencidos y explotados, fomentó en todas partes la inquietud, sirviendo á maravilla, para que

se concertasen los indios hasta entónces sojuzgados ó contenidos, contra el imperio extranjero, desde 1555 á 1557, mientras los gobernadores, los representantes de la Metrópoli, se alzaban en armas y movían guerra unos contra otros, como en 1554. En tiempo de Juan III ya no bastaban los productos de la India para subvenir los gastos que su gobierno y administracion causaban. La empresa de don Luis de Ataíde, virey de las Indias en el reinado de D. Sebastian, no fué otra que contener el inminente derrumbamiento del poder portugués, contra el que se habían movido el rey de Cambaye, el de Achem, el de Ternate, y hasta el antiguo Zamorin. Esta misma había sido la mision de Castro veinticinco años ántes, y si bien tanto el uno como el otro dieron feliz cima á su empeño, su éxito fué momentáneo: con su vida terminó la obra por ellos acometida y realizada.

La empresa de Oriente, la colonizacion de Asia—si se puede llamar así—entrañó grandes males para Portugal, siquiera al principio todo palidiese ante el esplendor de Lisboa y el renombre de la corona lusitana. De una parte la forzada direccion de los capitales y de los brazos, poco numerosos en la Metrópoli, hacía aquellas tierras y aquella explotacion artificial y efímera; y con esto vienen sobre Portugal la despoblacion, el frenesi que proporcionan las fortunas rápidas, el abandono del verdadero trabajo y la muerte de las grandes virtudes de la prudencia y el ahorro. Por otra parte, las naves portuguesas abandonaron todos los mares para reducirse á la ruta de las Indias, dejando que los puertos de la metrópoli se llenasen exclusivamente de buques extranjeros, que en realidad monopolizaron el tráfico, no sólo de Portugal con Europa, sino de las mismas Indias orientales, si bien por el intermedio de Lisboa, que en aquella época vino á sustituir á Venecia, como en un plazo no remoto quizá sustituya á Liverpool y á los grandes centros del comercio inter-oceánico. Así que, cuando despues de la union de Portugal con España, Felipe II mandó cerrar los puertos portugueses á los buques de la rebelde Holanda, el vecino reino recibió un golpe de muerte, tanto porque le faltaron los grandes transportadores de sus preciosas mercancías, como porque los holandeses se vieron en la necesidad de lanzarse á los mismos mares de la India y, á despecho de todo género de persecuciones, á hacer el comercio directo y echar allí los cimientos de su futuro imperio.

La última comarca á que Portugal llegó fué el Brasil. En 1499 había entrevisto esta privilegiada tierra nuestro Ojeda; al año siguiente tocó en sus costas Yañez Pinzon; pero hasta 1500 ningun navegante ni conquistador pretendió abrigar aquel inmenso territorio con la bandera de un pueblo europeo. Alvarez Cabral hizo esto, clavando en aquellas

azotadas playas una cruz y una horca, y dando el grito de «tierra por Portugal.»

El Brasil apenas si mereció por espacio de un siglo la atención de la metrópoli. Hallábase esta harto preocupada con sus conquistas y sus explotaciones de Asia, por manera que en todo aquel tiempo la población de la nueva Colonia fué encomendada, ora á los judíos y cristianos nuevos que huían de la intransigencia religiosa, y quizá echaron hácia el Norte del Brasil las simientes de ese espíritu de libertad que hoy tan reciamente palpita en Fernambuco; ora á los condenados y perseguidos de la justicia que, con no pocos aventureros, se corrieron más al Sur, formando quizá el núcleo de los revoltosos Paulistas; - ora, en fin, á los jesuitas, que penetraron por el Amazonas, y siguiendo luégo hácia los límites del Paraguay, enseñaron á los indios la lengua general ó lengua franca, monopolizaron el comercio y constituyeron las *misiones*.

Pero no quiere decir esto que Portugal abandonase por entero el gobierno de aquellos países; así que, pasado algo ménos de medio siglo, el Brasil fué dividido en nueve capitanías generales (troca-das luégo en diez y ocho), de cincuenta leguas de costa cada una, siendo encomendada á sus gobernadores la gestión general de las cosas de aquellos países, y reservándose la metrópoli, con el quinto de los metales preciosos, el monopolio de las drogas y del pan del país, el diezmo, los derechos de aduanas y el nombramiento de los empleados para el cobro de sus rentas. Pocos años despues esta forma de gobernacion se cambiaba, y en Bahía, en el siglo XVI, se levantaba el vireinato del Brasil.

Cupo á este país desde el principio el triste lote de que allí echase raiz la esclavitud. Primero fueron los esclavos indios; y tan dura debió ser su suerte, que de entónces data esa soledad de las alturas del Amazonas y esa concentracion de tribus sobre Nueva Granada, y aún sobre el alto Perú, que todavía hoy son una de las grandes dificultades de la colonizacion de aquel país. Verdad que los Jesuitas quisieron contener este desangramiento y dulcificar la suerte de aquellas desgraciados; pero su política fué la del Paraguay, y todo su empeño se redujo á obligar á los indios á vivir en poblaciones, forzándolos al trabajo, pero matando su inteligencia y haciendo un rebaño de lo que debía ser un pueblo. Y si es cierto que hubo un momento en que á las orillas del río Madera florecía cierta industria, y la agricultura era objeto de solícitos cuidados, aquello puede decirse que era flor de estufa, que se secó apenas variaron las circunstancias y las condiciones puramente artificiales en que vivía, pero sin dejar tras sí rastro de género alguno, como lo han dejado todas las industrias que han vivido por la fuerza de la necesidad, y soste-

nídose de las energías espontáneas y naturales de los individuos.

Despues de la servidumbre de los indios, abolida definitivamente en 1831, despues de numerosas y estériles tentativas, vino la esclavitud de los negros, cuya deplorable situacion se ha prolongado hasta los dias mismos en que vivimos y contra la que se ha dictado la ley de 1871.

De 1511 data la primera introduccion de treinta indios esclavos en Lisboa, por la nave *Bretoa*, que figuraba en el número de los barcos que por aquel entónces se dedicaron al tráfico de ciertos géneros ultramarinos, y sobre todo del palo *brasil* (de donde tomó el nombre la vasta comarca comprendida entre el Atlántico, el Amazonas y las fuentes del Plata); y si bien el monarca portugués prohibió severamente que los indios fuesen conducidos á Europa contra su voluntad, la ley dada por España en 1504 legalizando la esclavitud de los caribes y de los indios vencidos en el campo de batalla, prestó motivo y ocasion á que en la parte septentrional del Brasil se presentasen barcos á cargar esclavos, asegurándose de esta suerte la trata de indios, como poco despues se consolidó la servidumbre mediante las numerosísimas concesiones que los reyes lusitanos hicieron (sobre todo á partir de 1521) á los aventureros que les pidieron gracias de tierras, atribuciones judiciales, nombramiento de autoridades y poderes bastantes para «cautivar gentiles para su servicio ó el de los barcos, así como para mandarlos á vender á Lisboa, hasta cierto número cada año, libres de siza.»

Mucho ántes habían sido desembarcados en la Península esclavos negros. En 1444 el capitán Lanzarote había descargado en los Algarbes sobre 235 africanos; y aún ántes, en 1442 se supone (aunque esto es negado por escritores de autoridad) que un Antonio Gonçalve había traído á Portugal 10 hombres *prietos, oriundos del Africa occidental*; siendo muy discutido si en este fatal camino Portugal precedió á España, como cree Barros, ó viceversa, como opina Navarrete. Antes de finalizar el siglo XV, Madera y Canarias eran el foco del comercio de negros. En 1500 fueron admitidos estos en Santo Domingo, y Sevilla figuraba como uno de los primeros mercados del mundo, al modo que hoy lo es Cuba.

En 1521 penetran en la grande Antilla: en 1620, en Virginia: en 1630, en las Antillas francesas, y si bien no hay dato preciso para determinar la fecha de la introduccion de africanos en el Brasil, consta que en 1531 ya existían en este país, toda vez que una carabela aprehendida por Martín Alfonso de Souza en el puerto de Bahía acababa de desembarcarlos; y en la reparticion de las capitanías en que fué dividido el Brasil por Juan III en 1532, aparecen

los donatarios con poderes absolutos, aun de muerte, «sobre los esclavos». En cambio el Brasil, cuya poblacion indígena fué más desgraciada que la de nuestros reinos de América, sin ser en estos envidiable, tuvo la fortuna de que tardase un poco el descubrimiento de sus minas, y mucho más el de los criaderos de diamantes. Así que hasta el siglo XVII los colonos no dedicaron su atencion más que á los productos naturales de la tierra, á la caña que se había llevado de Madera, á la goma, á las tinturas, al caobo; escapando por admirable dicha de lo que pasó en el Perú, y que en el Brasil hubiera sido de muchas mayores y más terribles consecuencias.

Tal era el estado de la colonizacion portuguesa hasta los momentos en que la union de la Península, bajo Felipe II, hizo sufrir al vecino reino los efectos de nuestras guerras con Holanda. Los flamencos cayeron sobre sus posesiones de Asia y se apoderaron de casi todo el Brasil, y cuando en 1640 volvió Portugal á recobrar su independencia, apenas si pudo obtener como ya he dicho, una mínima parte de sus posesiones orientales y la devolución de la colonia americana. Entónces fué cuando esta comenzó á tener importancia; pero sin que en su administracion y su gobierno sufriera cambio alguno; hasta que en la segunda mitad del siglo XVIII apareció el rey José I ó, mejor dicho, el famoso Pombal, en la época de los reyes filósofos.

Pombal llevó su espíritu reformista á donde quiera. Puede criticársele quizás de precipitado, seguramente puede condenársele por déspota y por injusto; pero nadie le podrá negar la altura de un hombre de Estado, superior sin duda alguna á nuestro mismo conde de Aranda.

Pombal fué quien dió el golpe de muerte al despolismo religioso en el vecino reino, expulsando á los jesuitas, interviniendo la jurisdiccion del Santo Oficio, prohibiendo las quemas de hombres vivos, y limitando por medio de gracias las persecuciones religiosas.

Pombal procuró herir en el rostro á la antigua nobleza, levantando de la nada á otra que había de ser su enemiga, reduciendo los mayorazgos, y disponiendo las cosas para que muy luégo, en tiempo de María I, se arrancara á la aristocracia la pequeña jurisdiccion que había respetado hasta el absolutismo de nuestros Felipes.

Pombal atacó el privilegio de Methuen, concediendo iguales franquicias que á los ingleses á los demas pueblos de Europa; y, en fin, puede asegurarse que fué un precursor de los nuevos tiempos, y que en su mente habían caido los primeros rayos de aquel espíritu que muy pronto había de encender el tremendo Sinai de la revolucion francesa.

Pombal pretendió acudir en auxilio de la agricultura del país, que había de ser la base de su

existencia económica, creando la Compañía de las viñas de Alto Duero, establecida en Oporto, la cual gozaba el monopolio de la compra y exportacion de los vinos portugueses á cambio del deber de adelantar capitales á los labradores necesitados; y no contento con esto, mandó arrancar las viñas de los campos de Tejo, Mondego y Vouga, así como de las riberas de Extremadura y Bairrada, é hizo que se cultivasen en ellos cereales, con lo que se le antojaba que se disminuiría la concurrencia vinícola y se arraigaría el nuevo y desatendido cultivo.

Pombal creó fábricas de sedas, algodón y otros objetos, trayendo del extranjero, de Italia en particular, maestros para todo; mientras que por otra parte ponía preferente atencion en el ramo de la instrucción pública, creando un impuesto sobre los vinos que, con el nombre de *subsidió literario*, había de dedicarse íntegro al desarrollo de la enseñanza, y formando los nuevos estatutos de aquella Universidad de Coimbra establecida en Lisboa por el rey Dionisio, á fines del siglo XIII, y que los jesuitas y la Inquisicion habían bastardeado y reducido á la insignificancia.

Pombal naturalmente había de llevar los destellos de su genio allende los mares, y así lo hizo. Conocía él bien todo el error que supone el hecho de mantener en Ultramar el régimen político y social que se intenta destruir ó se destruye en la metrópoli, máxime dentro de un sistema de unidad ó de asimilacion de las colonias á la Madre Patria. Por esto, él proclamó la libertad de los indios despues de haber abolido en absoluto la esclavitud en la metrópoli; él expulsó á los jesuitas de sus misiones despues de haberlos perseguido implacablemente en Europa; él destruyó la práctica de las flotas y quebrantó los privilegios de la antigua casa que hacía el comercio del Brasil, sustituyéndola con dos compañías, y dejando libres los puertos de Rio y de Bahía; él revertió á la Corona mucha parte de los inmensos bienes que, á la sombra de concesiones más ó menos legales ó legítimas, poseían en el Brasil muchos señores, y él, en fin, destruyó el antiguo vireinato de Bahía para crear nueve provincias, cuyos gobernadores dependieran directamente de Lisboa.

Fácilmente se comprende el sentido y alcance de la obra del gran ministro de José I. Su fin era la reforma fundamental de la sociedad portuguesa, y pensando en él, puso su mirada y su mano en todas las esferas de la vida lusitana. El medio de que pretendió valerse fué el absolutismo monárquico; la centralizacion política y administrativa llevada al extremo; y fiel á esta idea, no sólo ataca á aquella pobre y vieja aristocracia portuguesa, que tan mal parada había salido de las manos de los Aviz, sino que acometió de frente al orden eclesiástico, tan

respetado en los dos últimos siglos, y anuló el poder de Roma, amenazada por el atrevido ministro con un cisma, que de seguro se hubiera realizado á consentir en ello las Córtes de España y Francia.

El reinado, pues, de José I, puede decirse que es el apogeo del poder monárquico lusitano; y á la par, la época de mayor y más completa independencia de la nación vecina. Y por otro lado, aquella es la época de la resurrección del abatido reino y quizá del mayor esfuerzo hecho para desquitarse del tiempo perdido y ponerse en regla con las nuevas exigencias de la Edad moderna.

Desgraciadamente, Pombal se equivocó creyendo que el tiempo es un factor de poca importancia en toda reforma; se equivocó á sí mismo, creyendo que la vida económica depende de la acción del Estado; se equivocó pensando que el Estado lo puede todo y que la violencia todo lo allana.

Por esto, su obra parece como que se hundió con la muerte del rey José y el infortunio del célebre cuanto odiado ministro. Pero es preciso no dejarse llevar de las apariencias. Con Pombal cayó lo que debía caer; pero el espíritu de su empresa subsistió; subsistieron algunas de sus reformas y quedó en pie aquel fecundísimo precedente. La reacción de doña María tuvo su límite. El nombre del ministro revolucionario es relegado á la execración de las clases directoras de la sociedad portuguesa: el mismo don Sebastian José de Carballo y Mello fué declarado criminal, y desterrado á los ochenta y tres años de edad! Prohibióse que sobre su tumba se grabara epitafio alguno. Se gritó y alardeó lo indecible,—pero el golpe estaba dado.—Aquello que se alzaba contra Pombal, y parecía vencerlo y aplastarlo, llevaba el puñal en la herida. A poco sería un cadáver. Sólo que por aquel entonces se presentaba con todo el furor del último esfuerzo. La reacción triunfaba aunque momentáneamente, y con ella las sombras, la corrupción y la miseria, un instante contenidas, y por lo mismo de haber sido rechazadas, se precipitan al fin con infernal violencia sobre la sociedad portuguesa, pretendiendo convertirla en víctima eterna.

Con estos antecedentes, ya fácil es comprender la postración espantosa en que Portugal se nos presenta al terminar el siglo XVIII. Dadas las influencias de que he hablado, ¿qué fibra podría resistirlas, qué pasado compensarlas, qué esperanzas reducirlas ni qué ilusiones desvanecerlas? Aquel cuerpo fué poco á poco inmovilizándose, estenuándose, corrompiéndose; los brazos se entumecieron entre las ligaduras de la mano muerta, bajo los privilegios de las clases monopolizadoras, y con la pesadumbre de una monarquía, que ni tenía por compensación para levantar el espíritu la grandeza personal de los monarcas. La sangre recibió ese vi-

rus ponzoñoso que aún hoy día despiden los hediondos barcos en que se hace el tráfico de bozales africanos, y si después salió un poco de su corrompido estancamiento, fué sólo á impulso de la cólera, de la avaricia y de todas las malas pasiones y las torpes concupiscencias. El estómago se estragó con los espectáculos asquerosos, las escenas infames y los viles excitantes, mientras el espíritu, desvanecido, se perdía en ambiciones sin término y en recuerdos fantásticos, alumbrados siniestramente por el tétrico flameo del Santo Oficio, y los oídos zumbaban como en los momentos más críticos de la fiebre, y la conciencia se cubría con el espantoso velo de la catarata.

RAFAEL M. DE LABRA

(Continuará.)

MARIANA.

I.

«Cuando pasas por entre los matorrales, sobre ese caballo escuálido que parece una cabra montés, ¿en qué piensas, bella niña? Digo bella, y no digo la verdad: eres pequeña y demasiado pálida; te falta brillo, y tus ojos, que son grandes y negros, no tienen la menor expresión. Cuando pasas por entre los matorrales, sin sospechar que alguien puede estar allí viéndote aparecer y desaparecer, ¿cuál es el objeto de tu paseo y el asunto de tus ensueños? Tus ojos miran siempre hacia adelante, y parece que miran lejos. Quizá tu pensamiento va tan lejos como tus ojos; quizá tu pensamiento duerme concentrado en tí misma.»

Tal era el monólogo interior de Pedro Andrés, mientras Mariana Chevreuse, después de haber pasado el bosquecillo de los nogales, recorría la orilla del riachuelo, alejándose para desaparecer á la vuelta de las rocas.

Mariana era lo que podemos llamar una señorita del campo, propietaria de una alquería ó granja que producía unos cinco mil francos, lo cual representaba en el país un capital de doscientos mil. Era relativamente un buen partido, y sin embargo la joven tenía ya veinticinco años, sin haber tratado de casarse. Decíase que en este punto era muy difícil de contentar, é inclinada á la originalidad, defecto más alarmante que un vicio, en concepto de las personas que la conocían. Se le censuraba ser aficionada á la soledad, y nadie se explicaba que, huérfana á los veintidos años, hubiese rehusado el ofrecimiento de los parientes que tenía en la ciudad, un tío, dos tías y dos ó tres primas, para ir á vivir con ellos y entrar en el trato de la sociedad, en la cual

hubiera encontrado pronto ocasion de contraer un buen matrimonio.

Faille-sur-Gouvre no era un pueblo sin importancia. Tenía cuatro mil habitantes; unas treinta familias de la clase media, que disfrutaban de cien á trescientos mil francos de renta cada una; funcionarios bien acomodados y conocidos; en suma, un personal muy conveniente, en el cual hubiese podido hacer su eleccion una heredera por exigente que fuese.

Mariana había preferido permanecer sola en la casa de campo, que sus padres le habían dejado en buen estado, suficientemente amueblada, y un sitio delicioso de colinas y de bosquecillos á cuatro kilómetros de Faille-sur-Gouvre.

La comarca, situada hácia el centro de la Francia, era de las más tranquilas y sosegadas, especialmente hace cincuenta años, época en que debo colocar esta historia. No había memoria de que hubiese ocurrido jamás ningun crimen ni drama lúgubre alguno de los que en otras comarcas son tan frecuentes. El aldeano del pais, de costumbres tranquilas y dulces, es propietario, y respeta á sus vecinos para ser respetado á su vez. Las construcciones eran muy escasas en la parte que habitaban Mariana y Pedro Andrés, á causa de las grandes extensiones de landas que ofrecen pocos recursos á la pequeña propiedad y que pertenecen en grandes lotes á los primeros propietarios de la provincia.

Pedro Andrés tenía cerca de cuarenta años, y hacía uno solamente que vivía tambien retirado en el campo, no léjos de Mariana Chevreuse, en una modesta casita que él trataba de arreglar lo mejor posible con objeto de acabar en ella el resto de sus dias.

Mientras la señorita del campo se entregaba naturalmente á la vida de aislamiento y de ensueños, buscando quizá en el porvenir una solucion que no había encontrado todavía, Pedro Andrés, de edad ya madura, y padrino, vecino y amigo de la infancia de la jóven, pretendía romper con el pasado echándose en brazos del reposo y del olvido en un retiro á su gusto.

Pedro Andrés había tenido, sin embargo, ambicion como otro cualquiera. Inteligente y estudioso, se había creído capaz de todo en su juventud. Su madre había estado orgullosa de sus primeros estudios, y no vacilaba en creer que su hijo llegaría á ser un grande hombre. El padre de Andrés, pobre y avaro, había consentido á duras penas que su hijo cursara el Derecho en Paris, y le escatimaba de tal modo la pension, que el pobre chico sufría mil privaciones, sin ver un término á existencia tan cruel. Hablaba admirablemente, escribía mejor, pero se sentía dominado por una timidez tan exagerada que no le permitía darse á conocer en público y manifestar sus condiciones y conocimientos fuera de la

intimidad. No podía, pues, pensar en ser abogado, y en cuanto á hacerse procurador ó notario, sabía demasiado que su padre no consentiría en enajenar su pequeña propiedad territorial para comprarle un estudio. Verdad es que, aunque su padre se hubiera resignado á tomar este partido heróico, Pedro no habría aceptado tal sacrificio. Su desconfianza de sí mismo llegaba hasta el punto de no reconocerse la aptitud suficiente para asegurar el porvenir de sus padres. Estudió, pues, el Derecho como un deber de conciencia, y despues se entregó á otros estudios, pero sin profundizar ninguno bajo el punto de vista de que le sirvieran de profesion ó de recursos para la vida. Era muy aficionado á las ciencias naturales, y estudió en poco tiempo sus principales elementos, sin otro proyecto que el de abrir su espíritu á las facultades de la comprension y del exámen, que eran innatas en él. Hubiera podido escribir, decimos mal, escribía mucho, pero no publicaba nada; no se atrevía á hacerlo, temiendo un fracaso ó, por lo ménos, un éxito mediano. Por último, encontró un empleo, el de preceptor de dos jóvenes de buena familia, á quienes tuvo que acompañar en sus viajes.

II.

Viajar era su bello ideal. Viajó con gran utilidad para sus discípulos, porque supo darles buenas nociones de historia y de historia natural en forma agradable. Recorrió con ellos la Europa y una parte del Asia, é iba á partir para América, cuando una grave enfermedad del padre de los jóvenes llamó á estos á su lado. Por consecuencia de esta enfermedad, el padre quedó inválido y achacoso, y los hijos tuvieron que ponerse al frente de su casa de banca. Entónces cesaron las funciones de Pedro Andrés.

Tenía entónces treinta y cinco años y se veía poseedor de unos diez mil francos de sus economías: sus padres le aconsejaban que comprara tierras y se estableciera al lado de ellos. Pasó algun tiempo en su casita, pero se cansó de una vida tan pacífica, á la cual no estaba acostumbrado. Había tomado gusto á los viajes, y partió en breve para España, que no había estudiado á su gusto; de aquí pasó á Africa, y cuando consumió su pequeña fortuna volvió á Paris, donde empezó á buscar un nuevo empleo. La casualidad no le sirvió y sólo encontró pequeñas ocupaciones en diversas oficinas; pero se resignó á trabajar para vivir, no sin preguntarse alguna vez por qué el hombre había de sufrir la carga de la vida cuando sólo se puede llevar una existencia incolora, triste y fatigada.

La muerte repentina de su padre, á consecuencia de una enfermedad de larga fecha, pero sin síntomas aparentes, llamó á Pedro al lado de su anciana madre.

La pobre mujer, que había continuado alimentando ilusiones acerca de su hijo, se encontró consternada cuando supo que no llevaba capital alguno después de tantos años de destierro y de trabajo, y que se consideraba feliz por haber resuelto el problema de vivir con salarios insuficientes sin contraer deudas. Era madre, y acusó á Paris, al Gobierno y á la sociedad entera de injusticia y de ceguera por haber desconocido el mérito de su hijo. Este no pudo nunca hacerle comprender que, para abrirse paso á través de la multitud, se necesitan grandes protecciones ó verdadera audacia, y que él había carecido siempre de esta última cualidad. Bajo la apariencia de una alegría comunicativa y burlona, tenía Pedro un fondo invencible de desconfianza de sí mismo. Tenía miedo al ridículo que cae sobre las ambiciones exageradas, y no sabía quejarse ni solicitar la ayuda de los demás. Había tenido amigos que nunca le habían visto sufrir, tanto ocultaba con altivez su miseria, y que, por lo tanto, nunca le habían asistido ni consolado, creyendo que, gracias á su sobriedad natural y á su carácter estóicamente animado, era más dichoso que ellos mismos.

Pedro había, pues, sufrido amargamente, no privaciones materiales de que su espíritu no quería ocuparse, sino esa soledad triste é implacable que se forma alrededor del hombre oscuro y sin recursos. Era entusiasta y artista en todos los sentidos, pero sin saber pasar del sentimiento á la práctica y de la inspiración al oficio. Hubiera querido asistir á los teatros... el teatro constituía en su estado un gasto supérfluo que tenía que suprimir. Era aficionado á la pintura y juzgaba bien en este arte; pero para hacer estudios más serios hubiese necesitado tener pan, y sólo lo tenía á condición de ganarlo diariamente. Tenía pasión política, pero al mismo tiempo demasiado escepticismo para hacerse corifeo de un hombre ó de un partido. Había amado con una intensidad dolorosa, pero sin esperanza, porque siempre se había enamorado de tipos superiores que no estaban á su alcance. Durante meses enteros se había exaltado por la Pasta, á quien había visto dos ó tres veces en la escena y á quien iba á ver todas las noches de representación, situándose en la puerta de entrada de los artistas para contemplarla un momento al bajar del coche y desaparecer entre las sombras. Había amado también á la Mars, y había soñado con su voz y con su mirada, hasta el punto de estar algún tiempo enfermo y desesperado.

En su pasión por las estrellas del arte, había olvidado mirar lo que tenía más cerca, y cuando se le había presentado la ocasión de amar razonablemente se había dicho que la razón es lo contrario del amor. Entonces volvió á dirigir su entusiasmo á los

hermosos espectáculos de la Naturaleza, en otro tiempo tan saboreados por él, y tuvo ardientes deseos de volver á ver, por lo ménos, los Alpes y los Pirineos. Preguntóse por qué no había de tener el cinismo de los gitanos; qué razón había para esa tonta vanidad de tener ropa blanca, trajes limpios, cuando le hubiera sido tan fácil recorrer el mundo lleno de girones y presentando la mano á los transeúntes. Envidiaba la suerte del vagabundo que va hasta el fondo de los desiertos, contento si encuentra la hospitalidad del salvaje, resignado si tiene que dormir bajo la boveda del cielo, feliz siempre, puesto que anda y anda... y cambia de horizonte cada día.

En estos momentos de desfallecimiento Pedro Andrés se había dicho que era un hombre mediano en todos conceptos, sin voluntad, sin actividad, sin convicción, incapaz de esas grandes resoluciones que transforman el medio en que está uno encerrado; un provinciano cursi, susceptible de enervarse en la contemplación de los grandes espectáculos y esplendores de la civilización y de la Naturaleza; pero demasiado orgulloso, encogido, corto de genio para arrojarse en el mundo á todo evento. Generalmente tenía miedo hasta á los gruñidos del portero de la casa en que vivía.

III.

Humillado por no haber sabido sacar de sí mismo los elementos necesarios para conquistar, por lo ménos, una honrosa independencia en el seno de la civilización, volvió Pedro Andrés á su casa, aceptando con satisfacción el primer deber serio que se le presentaba, el de consolar y sostener la ancianidad de su madre. Ante todo había querido ponerla al abrigo de las privaciones que él había experimentado. Bien poco necesitaba la buena mujer para alimentarse y vestirse; pero la habitación que ocupaba hacía cincuenta años amenazaba á su salud. Pedro hizo reparar y ensanchar la casa, y en esto gastó un pequeño saquito de viejos escudos que encontró en el secreter de su padre.

Dolmor (que este era el nombre, quizá de origen druídico, de la propiedad) podía valer unos cincuenta mil francos. Con la renta de tan pequeño capital podía vivir en aquella época una modesta familia del campo con cierta holgura, comer carne uno ó dos días en cada semana y tener legumbres, huevos y leche. Bastaba un criado, y eso habiendo un caballo que cuidar; la dueña cuidaba por sí misma de la cocina con ayuda de la mujer del colono ó encargado del cultivo. Generalmente el caballo era un lujo en aquella época, y bastaba el pollino del colono para hacer los transportes y pequeños viajes á las cercanías. Hoy todo aldeano acomodado tiene su carricoche y su caballo. En 1825 causaba admi-

racion encontrar una aldeana con paraguas, y las personas acomodadas iban á la ciudad en el borrico de las faenas ó en una carreta del país.

La señorita de Chevreuse, mucho más rica que Andrés, llamaba la atención por su audacia en montar sola á caballo, y su silla inglesa era una curiosidad para los transeuntes. Su montura, sin embargo, no podía ser más modesta; era un caballejo del país, enseñado y acostumbrado por ella á seguirla por todas partes como un perro. Su colono se había escandalizado al principio, cuando la joven declaró que lo quería para servirse de él; pero concluyó por acostumbrarse, aunque profetizando siempre grandes peligros para Mariana.

El caballo era feo y estaba escuálido, á pesar de los cuidados de su ama; era uno de esos caballos de las landas, ardiente, sobrio, de andar dulce y tranquilo, seguro en los malos caminos, sin miedo á nada, y dócil á su ama, pero que no se dejaba montar fácilmente por cualquiera otra persona.

Mariana, que vivía sola, tenía necesidad de ciertas relaciones, aunque sólo fuese una hora al día, con personas un poco civilizadas. Sus padres la habían relacionado con los de Pedro, y ella había conservado siempre gran amistad por la madre de Andrés. Todas las tardes iba á jugar una partida de damas con la anciana ó á hablar un rato con ella, hasta la hora de recogerse, que nunca pasaba de las nueve. A esta hora Mariana regresaba sola á su casa en pocos minutos, gracias al galope sostenido de *Suzon*, que conocía admirablemente el camino y ni siquiera tropezaba en un guijarro por oscura que estuviese la noche.

Pedro había visto, puede decirse, nacer á Mariana. Cuando era estudiante y venía en las vacaciones á casa de sus padres, Mariana apenas andaba. De año en año la veía crecer, sin pensar en ser menos familiar con ella; después sólo había vuelto al país de tarde en tarde, y observando que la belleza de la pequeña vecina no realizaba las promesas de su infancia, la creyó atacada de alguna enfermedad crónica y le demostró una amistad mezclada de tierna solicitud. Cinco años estuvo sin verla, y cuando Pedro Andrés fué á establecerse definitivamente á Dolmor, encontró á su ahijada al lado de su anciana madre, consolándola como mejor podía, y esperando el regreso del hijo deseado.

Entonces Mariana alteró sus costumbres, y no fué todas las noches á distraer y cuidar á la anciana vecina; elegía con cuidado los días en que Pedro se ausentaba, ó los que, ocupado éste en algún trabajo, le suplicaba que acompañase á su madre.

Así pasó un año, durante el cual Pedro no pensó siquiera en estudiar á Mariana. Había llegado cansado y aburrido por el recuerdo de un pasado estéril y el miedo de un porvenir sin ilusión. No se le

ocultaba que su vida, empleada en esfuerzos para abstenerse de la dicha, iba á ser más insoportable todavía si no llegaba á extinguir en sí mismo, de un modo absoluto, hasta el más ligero sueño de una felicidad cualquiera. Estaba resuelto á someterse á su destino, á no luchar con lo imposible, á tener aspiraciones tan modestas como su carácter, á hacerse egoísta si podía conseguirlo, ó, al menos, positivo, amigo de su bienestar, celoso de su seguridad, puesto que todo lo que podía esperar era la certeza de no morir de hambre y de frío en una buhardilla ó en el lecho de un hospital.

Sin embargo, después de algunos días, Pedro Andrés se vió atacado de una especie de fiebre. Las reformas de su casita y de su jardín, que le habían absorbido é interesado hasta entonces, estaban casi concluidas. Además, había recibido una carta que, no se sabe por qué, le había trastornado profundamente.

IV.

Esta carta era de M. Juan Gaucher, ex-comerciante de La Faille-sur-Gouvre, establecido hacía diez años en París, donde realizaba buenos negocios.

«Mi querido Andrés: Voy á pedirte un favor que sólo te costará pronunciar algunas palabras. Tu sabes que mi hijo Felipe, más ligero y menos estudioso que su hermano mayor, se ha dedicado á las artes y pretende ser pintor. Tiene gusto, talento, buen corazón, poco juicio y menos prevision. Ya le conoces, y tal como es, siempre he visto con placer que le tenías amistad. Es preciso casarle. Me ha gastado ya bastante dinero y no gana nada todavía. ¿Ganará más tarde? No lo espero. Yo puedo darle cien mil francos para establecerse, y como es amable y buen muchacho, nuestra familia honrada y mi nombre sin mancha, puede aspirar á encontrar una joven de doscientos mil francos. En esta posición podrá vivir sin trabajar, que es su sueño dorado, y divertirse en pintar, que es su gusto; pero sería bueno que la joven tuviese costumbres modestas, y en París no se encuentran con estas circunstancias. En nuestro hermoso y honrado país se puede encontrar lo que deseo, y me he fijado en la pequeña Chevreuse que se halla en buena posición de fortuna y que ha sido educada en el campo. He conocido á sus padres, que eran excelentes personas, y á ella misma la ví el año último en La Faille. No es hermosa, pero tampoco es fea. En tu última carta me hacías grandes elogios de su conducta con tu madre, y puesto que esa joven está todavía soltera, pienso que le conviene á mi hijo. Así, pues, querido amigo, te envío á Felipe por ocho días; llegará á tu casa el 7 de este mes. No tiene repugnancia al matrimonio, pero no quiere una mujer fea y mal educada. En tu casa verá á Mariana Chevreuse, y si no

le disgusta, tú podrás arreglar el asunto durante la estancia de mi hijo ó despues de su partida. Sabes que siempre cuenta con tu amistad y te ofrece en todas ocasiones la recíproca, tu afectísimo.»

¿Por qué causó á Pedro tan viva irritación una carta tan sencilla? Desde luégo opinó que M. Juan Gaucher obraba con él con demasiada franqueza. Gaucher era rico, y sin embargo, en los dias de sus mayores apuros, Pedro no se había considerado con derecho á pedirle nada. Quizá el ex-comerciante hubiera podido averiguar sin grandes esfuerzos que Pedro carecía de todo, y ofrecerle, por lo ménos, un empleo conveniente en su casa; pero como hombre práctico, Gaucher se había guardado bien de pensar en ello, bajo pretexto de que Pedro era un hombre instruido y demasiado distinguido para no encontrar otra cosa mejor.

Pedro, pues, no le debía reconocimiento alguno, y creía indiscreto que le enviase un huésped que probablemente encontraría mezquina su hospitalidad y no le indemnizaría intelectualmente de la pérdida de su tiempo. Conocía muy poco al jóven, y aunque le tuteaba por haberle visto muy pequeño, no tenía hácia él ninguna simpatía. Siempre le había encontrado demasiado descarado para su edad. Además no le había visto hácia tres ó cuatro años, y no tenía de sus costumbres y carácter noticias bastantes para adquirir la responsabilidad de casarle con una jóven, y especialmente con Mariana, á quien Pedro respetaba como á una persona de intachable conducta, y por quien sentía la simpatía, el reconocimiento y la especie de adopción que crea el título de padrino.

Su primera idea fué contestar:

«Mi querido Gaucher: Me investís de unas funciones para las cuales no soy á propósito. No habiendo sabido nunca manejar en estos casos respecto de mi persona, ¿cómo quereis que sirva á los demas en una empresa tan delicada como el matrimonio? Por otra parte, vuestro proyecto me parece quimérico. Habeis olvidado que la señorita Chevreuse tiene veinticinco años y vuestro hijo Felipe le parecerá muy jóven; además, no sé si ella ha renunciado á la idea de conservar su libertad. Preguntarle lo que ella piensa en este asunto, me parecería, por mi parte, una indiscreción que ya no estoy en edad de cometer...»

—¡Viejo loco!—exclamó para sí Andrés, interrumpiendo su carta;—¿qué es lo que escribes? Gaucher se burlará de tí. Tiene sesenta años y cree que todo el mundo tiene su edad... Además, no dices la verdad. ¿Por qué no has de hablar de amor y de matrimonio á tu ahijada? Ella no tomaría á mal que trabajaras por su felicidad, y te contestaría, sin avergonzarse y sin temblar, que desea ver al pretendiente en cuestión. Si ella supiese más tarde que

has hecho lo posible por quitarle ese pretendiente... ¿qué pensaría de tí? No, no; rompo esta carta y escribo otra diciendo que, obligado á ausentarme, suplico á Gaucher que busque otro intermediario...

V.

Pedro Andrés rompió la carta; pero en el momento de escribir otra calculó que no podía salir de La Faille hasta el dia siguiente, que tardaría dos dias en llegar á Paris y que no la repartirían á domicilio hasta el dia, y quizá despues de la hora, de la partida de Felipe para La Faille. Era, pues, demasiado tarde para enviar sus excusas. Juan Gaucher había contado de antemano con su consentimiento.

Resignóse, pues, y fué á pasearse á lo largo del Gouvre para disipar su disgusto en medio de las encantadoras praderas en que corre ese límpido riachuelo. Desde allí, y oculto entre los sauces festoneados de alboholes y de balsaminas silvestres, vió pasar á Mariana, como la veía frecuentemente sin experimentar ninguna emocion particular; pero esta vez su aparición le turbó, y en vez de saludarla con un cariñoso *buenos dias*, se ocultó entre las ramas y empezó á interrogarse á si mismo con cierta amarga ironía.

Lo que entónces se dijo es la continuación del monólogo colocado á la cabeza de nuestro relato; pero fué un monólogo escrito. Pedro era muy aficionado á escribir; había sentido siempre esta afición fermentar dentro de sí bajo la forma de arranques que tenían necesidad de expresion para completarse. Estos arranques interiores habían tiranizado su vida sin fecundarla, porque ordinariamente los rechazaba sin querer traducirlos. Imagínese aquel dia que sería dueño de su agitación si se tomaba el trabajo de discutirla.

Tenía siempre en el bolsillo un cuaderno de papel bastante grande, y escribía en él con frecuencia durante sus paseos matinales. Observaciones sobre historia natural, pintura ó arqueología, y á veces el croquis de una ruina ó algun paisaje, todo lo consignaba en el cuaderno; y como no se prohibía amar la naturaleza y el arte, casi siempre sus observaciones tenían una forma descriptiva bastante literaria.

—Mi enfermedad,—decía,—es soñar. Me estoy evaporando como la bruma al sol. Cuando determino mis goces por medio de la expresion, me encuentro bien. ¿Por qué no he de intentar determinar hoy del mismo modo mis sufrimientos? Porque yo sufro, el diablo sabe por qué, y podría sufrir mucho tiempo del mismo modo sin saber la causa. Salgamos, pues, de esta vaguedad; desprendámonos de la inconsciencia, y veamos qué es lo que tengo. Si puedo formularlo, es que existe; si no puedo determinarlo, no será nada y pasará solo.

Razonando así consigo mismo, Pedro afiló el lápiz y abrió su álbum; sentado sobre la yerba y á la sombra de los sauces, escribió lo siguiente:

«Me fastidio absolutamente hace una semana. Mi retiro no realiza mi bello ideal. Yo lo quisiera espléndido de flores y de frutos. Antes que pueda servir de tapicería todo lo que he plantado, sólo he de ver muros y piedras. Por fortuna, mi madre admira todo eso, y se promete vivir cien años en ese palacio. ¡Pobre madre mia! ¡Que viva y que esté contenta, y yo soportaré lo mejor que pueda el inconmensurable fastidio que quizá ha de atormentar mi vida!

»Digo quizá... ¿quién sabe? Siempre he creído que teniendo tantas facultades para la aspiración y el sentimiento, las tendría también para la renuncia de todo y para la calma; pero el equilibrio se ha destruido ó no ha llegado á establecerse todavía. ¿Soy demasiado joven, ó demasiado viejo? Soy un hombre gastado, ó herido? ¿Qué importa si el resultado es el mismo?

»Soy más bien un hombre devorado. Las fieras me han comido la mayor parte, y lo que me queda de corazón no me sirve más que para sentir la ausencia de lo que me falta.

»¿A qué conducen estas quejas? ¿á dónde van estas vanas lamentaciones? ¿quién se interesará por ellas nunca? Mi madre debe ignorarlas: ¿qué otro corazón podría sentir mis heridas?

»Mariana... Y bien... ¡qué!... Mariana... pienso en ella porque es la única persona que, además de mi madre, constituye mi vida íntima; pero hay gran distancia entre nosotros para que yo la asocie á mis sueños; diferencia de edad, de experiencia, de reflexión.

»Ella tiene, sin embargo, aire reflexivo... ¡pero habla tan poco!... Sus maneras y su fisonomía no han expresado nunca la menor necesidad de expansión.

»La creo feliz. Su carácter es de una igualdad sorprendente. Su salud, en apariencia tan débil, y por la cual me he alarmado tantas veces, es una salud á toda prueba. El frío, el calor, la lluvia, la nieve, los grandes paseos, las veladas, nada la altera. Ha pasado muchas noches á la cabecera de enfermos, de mi padre especialmente, y cuando mi madre caía rendida de cansancio, Mariana permanecía de pie é impasible. No tiene mucha sensibilidad: no lloraba por ver llorar á mi madre; pero ella estaba siempre allí y conseguía distraerla. ¡Oh! sí, es generosa y buena, animosa y fiel.

VI.

»Si yo tuviera diez años menos y cien mil francos más, habría aspirado á hacer de Mariana la compañera de mi vida. Ella no me hubiera inspirado amor,

así lo creo al ménos; me habría inspirado alta estimación, confianza sin límites... y esto hubiese sido bastante para ser feliz... Pero no, yo no seré nunca dichoso en esas condiciones. Yo he amado, he amado apasionadamente sin esperanza y sin expansión. El amor es un delirio, un entusiasmo, un sueño que sólo puede nacer de un estado de cosas imposible y violento. Cuando se ha aspirado á la dicha y se ha tenido la desesperación por no haberla alcanzado, las uniones tranquilas no tienen encanto ni virtud para curar esas profundas quemaduras. Y entonces, ¿con qué derecho se hace la desgracia de una honrada y digna criatura que no tiene la culpa de nada?

»¡La desgracia!... ¿Sería capaz Mariana de sufrir con más ó ménos afección?... Sí, sería capaz de sufrir si fuera capaz de amar, pero no es probable que así sea. De los quince á los veinticinco años, la vida de una mujer sufre la tempestad de los sentidos ó de la imaginación, y Mariana ha atravesado esta terrible crisis sin decir una palabra, ni dar un paso hácia adelante ó hácia atrás. Es un alma fría ó fuerte; en la actualidad está ya libre; ha doblado el cabo de las tempestades, se ha petrificado, ha tomado el gusto y el hábito de la inmovilidad, beneficio negativo de la vida del campo, tal como la comprendemos y la practicamos aquí, felicidad estúpida y fría que ambiciono para mí sin esperanza de encontrarla.

»¿Tendré que sufrir todavía de este modo diez años más ántes de adquirir por completo esa frialdad? ¿Debo preguntar á Mariana el secreto de su victoria? No me comprendería ó no querría contestarme: me encontraría absurdo por no haberlo adivinado... y soy absurdo, en efecto, porque no adivino nada acerca de ella.

»El hecho es que pocos hombres son capaces de comprender y conocer las mujeres. Generalmente las que nos fascinan y se niegan á todo son siempre enigmas para nosotros. Las que se entregan pierden todo prestigio, y no se toma uno el trabajo de seguir los movimientos de sus almas cuando se ha agotado la enervación de los sentidos. Bajo este punto de vista, el matrimonio es una tumba. Yo me felicito de ser demasiado viejo y demasiado marrullero para dejarme coger.

»Hace un cuarto de hora que escribo y nada he pensado que valga la pena. Leo de nuevo todo lo que he trasladado al papel, y no logro comprenderme. Por otra parte, no puedo concebir que el aguijón de una necia curiosidad sea lo que me alarma acerca de Mariana. ¿Con qué derecho pasa ella cerca de mí como una censura y una ironía, sin dignarse adivinar que yo estoy allí, sin presentir que yo pueda ser desgraciado? Ciertamente ella no está armada, como yo debo estarlo, de filosofía y de experiencia; ella

es una niña al lado mio; ninguna lucha ha agotado sus fuerzas; ninguna decepcion ha herido su espíritu.

»Pues bien: justamente por esto es ella más fuerte. No ha perdido nada de sí misma; no ha sido devorada por los lobos y los buitres; está intacta y vive con toda su vida; por poco intensa que sea su llama interior, le basta, y lo que á mi me queda no sirve más que para consumirme.»

Pedro cerró su cuaderno y lo guardó en el bolsillo. Permaneció algunos instantes contemplando las libelulas que se perseguían sobre la superficie de las aguas del riachuelo. Observó la afinidad que existe entre las alas de estos bellos insectos y el color de las aguas corrientes. Encontró también bastante relacion entre el movimiento de las pequeñas olas de la corriente y las graciosas sacudidas del vuelo del insecto. Abrió de nuevo el cuaderno, escribió algunos versos bastante lindos, en los cuales llamaba á las libelulas *hijas del arroyo y alma de las flores*; y despues, encogiéndose de hombros rompió su poesía y se dirigió hácia Dolmor, diciéndose que había dado un paseo sin provecho y sin placer, pero, al ménos, sin cansancio y sin contrariedad, lo cual valia más que las largas carreras á traves de las calles de Paris con objeto de dedicarse á un trabajo insípido y necesario. Cuando esto último le sucedía, no dejaba de recordar su casita, y más de una vez, al entrar en una empolvada oficina, se había dicho:

—¡Dios mio! un árbol á la orilla del Gouvre y libertad para mirar correr su límpida corriente; esto es todo lo que pido; no me lo negueis.

Al regresar á Dolmor, decía:

—Soy un ingrato; ahora tengo lo que pedía, y no me contento.

Distraido y soñador, iba con los ojos fijos en el suelo, atento á una mosca, á una hojita de yerba, diciéndose que, por cualquier parte, en aquellos floridos senderos podía contemplar un poema ó sorprender un drama, mientras que en las calles de las grandes ciudades no había visto más que fango é inmundicias. Despues su pensamiento hizo una excursion á las altas montañas; vió las nieves adiamantadas por el sol, los picos de hielo azulado... y de repente, creyendo haber llegado á la puerta de su casita, se encontró sorprendido á la puerta de Validat, el dominio habitado por Mariana.



IMPRESIONES DE UN ARTISTA EN ITALIA.

(Continuacion.) *

V.

Al dedicar algunas líneas al Real Conservatorio de Milan y al Real Colegio de Música de Nápoles, únicos establecimientos de este género que visité, duéleme en el alma carecer en estos momentos de los datos necesarios para hacer sobre ambos un detenido estudio, segun hubiera deseado y cual requiere la gran importancia de que gozan en el arte. Pero habiendo llegado á Milan al finalizar el curso escolar, como en otro lugar dejo dicho, lo cual me impidió frecuentar sus diversas cátedras, observar el sistema de enseñanza que en ellas se sigue, y analizar en todos sus detalles su organizacion artística, daré cuenta tan sólo á mis lectores del *saggio* que en el primero de dichos establecimientos presencié, y que, como es costumbre, estuvo encomendado exclusivamente á sus alumnos, así como también de mi rápida visita al de Nápoles y de la afectuosísima entrevista que en él tuve con el maestro Florimo (1).

La índole especial de los institutos de enseñanza música requiere por lo general, como los teatros, edificios á propósito, aislados si ser pudiera de todos los demas, á fin de que funcionen con el suficiente desahogo y con la debida independencia que tantó necesitan. La multitud de cátedras, lo ruidoso de ellas, y la afluencia de alumnos que las frecuentan, traen consigo mil exigencias de localidad y de distribucion, que rara vez se ven realizadas ni aún en los instalados en las capitales más grandes é importantes de Europa (2).

* Véase el número 115, página 351.

(1) Al entrar en los Conservatorios de Milan y Nápoles, que ocupan dos antiguos y espaciosos conventos, y cuyo número de alumnos es mucho menor que el que diariamente acude á las aulas de nuestra Escuela Nacional de Música, natural era que recordase con sentimiento la necesidad de que esta Escuela, ya que no se instale en un edificio construido *ad hoc*, lo cual es imposible dada la penuria actual de nuestro Tesoro, al ménos obtenga otro más espacioso que el que hoy tiene. Mas ya que esto no pueda ser, y aunque nuestros profesores y alumnos se vean un tanto estrechados en un local que carece del desahogo que tan necesario es para la enseñanza, me consuela la halagüeña idea de que quizás muy en breve se halle terminada la reedificacion del magnífico salon-teatro, destruido por las llamas en 1867, y que por sus grandes proporciones y sus condiciones acústicas será, á no dudarlo, uno de los más bellos, si no el mejor, que en esta clase de establecimientos se conocen. A la poderosa iniciativa y constantes desvelos de su actual director el Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta y á la decidida proteccion del gobierno, deberá el arte ver satisfecha una de sus más apremiantes necesidades. Ingrato me conceptuara como español y como artista si no les tributase aquí el debido homenaje de gratitud que tan justamente les pertenece.

(2) Si he de cumplir como agradecido, obligado y no poco me siento con el director del Conservatorio de Milan, el caballero Mazzucato, distinguido compositor, literato erudito y digno sucesor de Assioli,

El Conservatorio de Música de Milan, á pesar de ser de creacion moderna, tiene una brillante historia, por los muchos artistas, tanto compositores como instrumentistas y cantantes, que de su seno han salido, y, sin embargo, como todos los que hoy existen en Europa, no deja de ser objeto de tan continuos como injustificados ataques. Como es natural, estos no logran nunca amenguar en lo más mínimo la reputacion de su digno director y profesores, ni ménos aún entibiar el decidido entusiasmo con que prosiguen su tan difícil como honroso sacerdocio. A ellos responden con el elocuente silencio del que, cumpliendo con su noble mision, nada tiene que temer, y probando con sus anuales resultados en la enseñanza que dichos establecimientos, aún á despecho de sus detractores, han sido y serán siempre la principal fuente de propagacion y adelanto del arte músico en todas las naciones cultas.

Pero volviendo al *saggio* ó ensayo que presencié en el Conservatorio de Música de Milan, el cual me recordó los que en nuestra Escuela se celebran también periódicamente, y procurando traer á la memoria cuanto en él ví digno de mencionarse, debo poner en primer término el *Gran Concierto* para piano, de Listz, que ejecutó, no como alumna, sino más bien como verdadera artista, la señorita *Giulietta Gallone*, discipula del profesor Fumagalli, la cual no tardará ciertamente en figurar como una notabilidad en dicho instrumento. También llamó bastante mi atención el calor y precision con que la numerosa orquesta, compuesta en su mayor parte de alumnos del mismo establecimiento, tocó la sinfonia del *Assedio di Corinto*, de Rossini. Las señoritas *Marietta Trucco* y *Cesira Vivanti*, ambas discipulas del ya referido Fumagalli, demostraron asimismo un perfecto mecanismo y excelente dición en una *Chacona* de Raff, á dos pianos. Otra de las piezas del programa, tan corto como interesante, era una fantasia para clarinete titulada *L'Attente* de Reissgar, de cuyo difícilísimo desempeño logró salir algo más que airoso el alumno Emilio Porrini, discípulo del profesor Orsi. Por último, terminó dicho ensayo con una *égloga oriental* titulada *La Falce*, compuesta para dos voces y con acompañamiento de orquesta por el alumno *Alfredo Catalani*, discípulo del profesor de composicion Sr. Bazzini, y ejecutada por la señorita *Italia Giorgio* y por *Pietro Reslieri*, ambos discípulos del maestro de canto Alberto Leoni.

La referida *égloga oriental*, especie de ensayo dramático que por sus dimensiones é importancia

podía considerarse como un completo aunque pequeño cuadro musical, me pareció muy digna de aplauso, bajo el punto de vista de la entonacion general, de su desarrollo y de la brillante y original instrumentacion con que se hallaba revestida; mas respecto á la parte melódica, á la armonizacion y al género á que dicha obra pertenecía, debo manifestar ingénuamente que no me hizo la mejor impresion, pues descubriase en toda ella la predileccion de su autor por el estilo de Wagner y la ausencia total de todo elemento italiano, por cuya razon dejé sentado en las anteriores páginas, al hablar de Gobatti y de los que siguen las huellas del innovador aleman, que el *virus* de su pretendida escuela llamada *del porvenir* había logrado invadir también las aulas del Conservatorio de Milan y hacer en ellas alguno que otro prosélito; como lo es, y no poco decidido, el jóven maestro Catalani, del que me ocupo en este momento. Poco tiempo despues, y durante mi excursion á Florencia, Nápoles y Roma, celebráronse otros dos ensayos del mismo género, en los cuales se dieron á conocer los jóvenes compositores Maggi y Smareglia, el primero, discípulo del mismo Bazzini, en una *scena dramática* titulada *Il Perdono*, y el segundo, discípulo del maestro *Faccio*, en otra cuyo nombre era *La Caccia Lontana*. Segun lei en el juicio crítico que de ambas obras publicó la *Gazeta Musical de Milan*, el trabajo de este último adolecía de cierto énfasis, de una importancia dramática superior á su índole, y en él se revelaba también una exagerada predileccion por el estilo de Wagner.

De lo dicho, naturalmente, se desprende que, á pesar de mis vivos deseos de formular una opinion respecto de las facultades, talento y escuela de canto de los intérpretes de la susodicha *égloga*, me vea precisado á renunciar á ello, pues no era posible juzgarlos en una obra escasa por lo general de melodía, recargada de difíciles entonaciones, de recitados eternos envueltos casi siempre en extraños y rebuscados acordes, y teniendo que luchar á cada paso con otros mil procedimientos quizás ingeniosos y hasta dramáticos, pero entre los cuales la voz, léjos de destacarse como la primera figura del cuadro, se hallaba materialmente postergada, viniendo á ser en él una cosa accesoria. Cuéntase de un músico célebre, que si mal no recuerdo fué Gretry, que al comunicar á un amigo suyo sus impresiones respecto de una obra religiosa que acababa de oír en Roma y cuya instrumentacion, segun fué costumbre en algun tiempo, se componía exclusivamente de violas, violonchelos y contrabajos, exclamó: *¡Ay, amigo mio, hubiera dado cualquier cosa por oír los brillantes sonidos de una prima de violin!...* Yo también, como el ilustre compositor, al escuchar la *égloga* del jóven Catalani, hubiera dado cualquier

Coccia y Vacaj en el puesto que hoy ocupa. Séame permitido dedicarle en este sitio un pequeño recuerdo de gratitud y de afecto por su exquisita afabilidad y por la galante deferencia que le merecí durante el tiempo, demasiado corto para mí, en que tanto me honré con su buena amistad.

cosa por oír, no ya una prima de violin, como él tanto deseaba, pero sí una de esas frases de canto claras, límpidas y llenas de sentimiento que salen de la pluma de su autor para resonar inmediatamente en las más recónditas fibras de nuestro corazón.

VI.

Al examinar con alguna detención las modernas obras que continuamente se exhiben en los principales teatros de Italia, y al observar en ellas la señalada predilección que tanto sus autores como también algunos discípulos del Conservatorio de Milan, en sus primeros ensayos dramáticos, demuestran por las nuevas teorías que tanto les preocupan, y de las cuales la antigua y bella melodía italiana sale tan mal parada (pues no parece sino que, considerándola como cosa ya pasada de moda, se apartan de ella deliberadamente, cual si fuera un obstáculo para el adelanto del arte), me parece oportuno recordar las justas observaciones que el inmortal Rossini dejó consignadas en un interesante escrito que dirigió á Mr. Filippi, director del *Mundo artístico de Milan*, con motivo de las cuestiones sobre la música declamada y dramática, como también los preciosos consejos que en él daba tan sabio maestro á los modernos compositores italianos. No dudo que agrada á mis lectores conocer los importantes párrafos del cisne de Pésaro, puesto que con ellos, según dijo con suma gracia Mr. Commettant, vino á derramar la más clara luz sobre los oscuros ensueños de ciertos cerebros enfermos. «Quisieran, decía el eminente maestro, hasta imponernos hoy como novedad y como descubrimiento lo que es, por decirlo así, antediluviano. «Estos doctores en música nos hablan de música declamada, de música dramática!! Preciso es suponer que esos señores ignoran que los célebres músicos Dufay y Goudimel han producido en el espacio de siglo y medio, próximamente, música declamada *exclusivamente* sin ritmo, ó bien dramática. Vinieron después las otras celebridades Gocini y Peri continuando el mismo género en sus composiciones musicales, que ellos llamaban «óperas en estilo recitado.» Siguiéron por fin el Titan musical Gluck y sus colegas, que me parece fueron bastante avanzados en el género declamado y dramático. No creais, mi buen doctor Filippi, que sea yo *antidramático* por sistema; no ciertamente, y aunque es verdad que fui *virtuoso del bel canto italiano* antes de hacerme compositor de música, participo de la máxima filosófica del gran poeta que dijo:

«Tous les genres sont bons
Hors le genre annuyeux.»

«Respecto al método actual de nuestros caros colegas, preciso es convenir que las revueltas sociales producidas por el temor, la esperanza, la revolución y otras cosas además, llevan en sí la inevitable consecuencia de obligar á los pobres compositores (que por lo general trabajan *pro fame y pro fama*) á atormentar su cerebro para encontrar nuevas formas, medios heterogéneos, á fin de poder satisfacer á las nuevas generaciones contemporáneas nacidas en medio de las barricadas y de otras pequeñeces semejantes.

«A vos toca, señor crítico, el predicar con todas vuestras fuerzas á los jóvenes compositores de música que no hay ni progreso ni decadencia en estas últimas novedades; hacedles sentir que sus pueriles descubrimientos son hijos de la paciencia solamente, y no de la inspiración; decidles que tengan el valor de emanciparse de ciertas costumbres ó cosas convencionales, y que acojan con fervor y plena confianza cuanto hay de divino y seductor en el arte musical italiano, que es la melodía sencilla y la variedad en el ritmo. Si los jóvenes compositores siguen este camino, llegarán fácilmente y alcanzarán la gloria deseada, y sus producciones tendrán la duración de las de nuestros antiguos santos padres Marcelo, Palestrina, Pergolese, Porpora, y como la tendrán indudablemente las de nuestros célebres contemporáneos Mercadante, Bellini, Donizetti, Verdi.

«Mi querido é inteligente doctor Filippi habrá reparado que he pasado en silencio la palabra *imitativa* en las recomendaciones que os hago para los jóvenes compositores sobre el arte musical italiano, para el cual sólo he pedido melodía y ritmo. Siempre seré *inquebrantable* en mi opinión de que el arte musical italiano (sobre todo en la parte vocal) debe ser todo ideal y expresivo, jamás imitativo, como lo quisieran ciertos filósofos materialistas. ¡Que me sea permitido decir que los sentimientos del corazón se exhalan y no se imitan.»

¡Cuánta verdad encierran las palabras de tan gran maestro como profundo crítico! ¡Cómo se desprende de ellas el justo temor que abrigaba en sus últimos años de que, al apartarse los compositores italianos del magnífico decálogo que tanta gloria les ha dado, para adoptar ciertos procedimientos modernos tan contrarios á su manera de ser y de sentir, sólo conseguirían perder su propia identidad sin ganar nada con tan funestas evoluciones! Con efecto, sus proféticas predicciones han empezado á realizarse. Preocupados la mayor parte de los compositores con la idea de no caer en lo ya conocido, se entregan á lo bizarro y extravagante, parecen huir de las melodías sentidas de forma pura y elegante, de la armonía rica, pero sin afectación, de todo ritmo bien determinado y de cuantos elementos han

constituido hasta ahora su grande é imperecedera escuela. Dejen en buen hora los jóvenes que hoy se dedican á la composicion dramática al doctísimo Girolamo Alessandro Biaggi y á alguno que otro crítico no ménos notable de Italia disertar en la Academia del Real Instituto de Florencia sobre si la decadencia del arte proviene de los motivos, arietas, canciones y cabaletas como algunos creen, ó bien de la negacion de todo diseño musical, de la abolicion de la melodía, de la indeterminacion del ritmo y de la armonía pretenciosa y recargada, como otros quizás con más razon sostienen. Sigán los sabios consejos del eminente Rossini, analicen detenidamente las obras de los autores que cita en su luminoso escrito, los adelantos de todo género que él mismo realizó en su incomparable *Guillermo Tell*, y que más tarde fueron desarrollados en mayor escala y en magníficos cuadros por el poderoso talento de Meyerbeer. Inspirándose en tan admirables modelos, láncense á expresar sus sentimientos con el fuego que les es propio, no perdiendo de vista que la música italiana, como ha dicho con sobrada razon el erudito José Mazini, tiene músculos y sangre, agota nuestras sensaciones, es sensualista, y no pretendan aspirar á las mil abstracciones que tanto caracterizan la alemana, que por el contrario es sintética, vaporosa, muchas veces niebla y pertenece más bien al elemento moral. Procuren que sus acentos sean siempre la manifestacion continúa de la verdad artística, que es la parte sublime de toda obra y el único elemento de vitalidad que puede desafiar el imperio de la moda y la accion destructora del tiempo. Fundados en tan sólidos principios y ayudados de un poco de genio (de lo que la Naturaleza suele ser poco pródiga por desgracia), lograrán crear bellas óperas que, léjos de obtener tan sólo una vida pasajera y efimera, permanecerán siempre en el arte con gran aprecio al traves de las diversas evoluciones que éste pueda experimentar en lo porvenir.

VII.

De las consideraciones que dejo apuntadas, deduzco, segun mi sentir, no ya que la composicion dramática se halle hoy en Italia en tan gran decadencia como algunos pretenden, llegando hasta negar que existen en la actualidad compositores de verdadero mérito dignos de gran estimacion, pero sí que la mayor parte de estos, arrastrados por el deseo de la novedad al seguir las huellas de Wagner como algunos intentan, ó bien al imitar el estilo de Verdi como otros hacen, caminan por lo general, aunque por distintas sendas, á resultados infructuosos, que quizás contribuyan al estancamiento del arte más que á su verdadero progreso. Hé aquí las razones en que me fundo. En primer lugar, el

género de música de la nueva escuela llamada del porvenir; es tan contrario á la manera de sentir del pueblo italiano, siempre amante de la melodía fácil y del ritmo bien determinado, que en vano se pretenderá hacerle renunciar á lo que forma, por decirlo así, parte integrante de su meridional organismo, de su existencia misma. Además de esto, los compositores que dicho camino siguen, que pertenecen á ese mismo pueblo, y que, á pesar de su ilustracion, sienten del mismo modo, puesto que el mismo calor vivifica su organismo y enardece su sangre, al desprenderse de cuanto les rodea para metamorfosear la manera de expresar sus afectos, trasportando su mente á las frias regiones de una exagerada metafísica, no sólo se empeñan en una lucha estéril consigo mismos, sino que pierden hasta la identidad de escuela que tanto les caracteriza, como pierde también su aroma la hermosa flor de los trópicos al ser trasplantada léjos del patrio suelo que la dió el sér.

Respecto á los imitadores del estilo de Verdi, aunque más italianos en la manifestacion de sus sentimientos, opino que tampoco siguen el verdadero rumbo que ha de conducirlos al progreso legítimo del drama lírico, pues es indudable que, á pesar del indisputable genio de tan excelente autor, dicho estilo puede considerarse ya (sobre todo en lo que me permitiré denominar su primera faz) como una manifestacion del entusiasmo patrio en un periodo de agitacion política que pasó, y que, como era consiguiente, no podia tener carácter de permanencia en el arte. No negaré, sin embargo, que en las diversas trasformaciones á que más tarde le condujo su genio y el gran conocimiento del teatro, logró emanciparse de ciertas fórmulas exageradas y procederes ruidosos ya inventados por Mercadante, y á los que dió nueva vida, apropiándose los cual obra suya, los cuales, aunque eran de grande efecto en el público, él mismo presentia que no habian de ser de larga duracion, por lo cual, depurando, por decirlo así, su manera y adoptando diversos medios de expresion, dió á luz algun tiempo despues nuevas y mejores obras, como *Rigoletto*, *Il Trovatore* y otras, que son las que aún tienen hoy gran vitalidad y se representan de continuo en los principales teatros de Europa. Más á pesar de todo, nadie podrá negar que Verdi será siempre un compositor demasiado materialista, y que los elementos que constituyen lo que puede llamarse su identidad ó su estilo no son siempre de tan buen género que puedan acogerse sin algun peligro por los jóvenes que aspiran á los lauros de la escena, máxime teniendo en el arte mejores modelos que imitar.

De todo lo que deduzco que tan gran maestro, aunque desde largos años viene ocupando con justicia la atencion del público y de los artistas de Eu-

ropa entera, no es fácil que pueda formar escuela como la formaron en tiempos no muy lejanos Zingarelli, Picini, Paesiello, Gluck, etc., y en nuestros días los célebres patriarcas del arte Rossini y Meyerbeer.

Pero como suele acontecer con los extravíos y errores de los hombres lo que con las aguas del inmenso Océano, que agitadas por el terrible huracán rompen los límites que la naturaleza les tiene marcados, arrollan cuanto á su paso se opone, y causan deplorables estragos, hasta que la calma viene á marcarles despues su natural nivel para que admiremos su verdadera grandeza en el estado normal y tranquilo del que temporalmente salieron; del mismo modo algunos compositores, cuyos nombres no me es lícito revelar en este sitio, quizás arrepentidos y desengañados del torcido rumbo que dieron á su talento, no tardan en abjurar de sus falsas doctrinas; volviendo al terreno de las eternas verdades del arte, que nunca debieron olvidar. Es axioma por demas conocido que hasta de las cosas que más censuramos suele desprenderse, no sólo provechosa enseñanza, sino tambien utilidad positiva para el porvenir. Ahora bien: partiendo de este principio tan universalmente reconocido, ¿podrá acaso tachárseme de visionario si deduzco que quizás este periodo, que casi me atreveré á calificar de *desvario musical*, sea fructífero en provechosos resultados para el arte dramático en un término más ó menos lejano?... ¿No observamos frecuentemente que la separacion de dos verdaderos amantes acrecienta su verdadero amor al pasar por el amargo crisol del sufrimiento? ¿No vemos tambien que las aguas del Nilo al desbordarse de su tranquilo lecho llevan la fertilidad y la abundancia hasta los terrenos más áridos é incultos? ¿Pues por qué no me ha de ser lícito suponer que una vez encauzados y restablecidos en su legitimo terreno los inmutables principios del hermoso arte italiano, despues de las mil evoluciones por que atraviesa en estos momentos, no ha de levantarse victorioso para recuperar el elevado puesto que de derecho le corresponde y que hoy con alguna razon se le disputa? Yo así lo espero; y tan halagüena idea llena mi alma del más inefable gozo, pues, como ya he manifestado anteriormente, amo á la Italia cual si fuera mi segunda patria.

JOSÉ INZENGA.

(Continuará.)

LOS NUEVOS INVENTOS.

EL FILTRO CENTRÍFUGO.

Los señores Autier y Allaire, de Bélgica, han inventado un filtro muy original, en cuya composicion no entra materia alguna filtrante. La separacion y expulsion de las impurezas del agua se obtienen por una simple accion mecánica.

Conocido el experimento familiar de agitar el agua contenida en un vaso por medio de vueltas con una cuchara, viéndose que las particulas sólidas abandonan el centro de las curvas que forma el agua para dirigirse á los bordes del vaso, se comprende perfectamente el invento de los señores Autier y Allaire, basade en este principio.

El aparato se compone de un recipiente atravesado en toda su extension por un cilindro vertical que mueve el agua por medio de ciertos accesorios y engranajes. Aberturas circulares hechas en la superficie del cilindro permiten al liquido depurado, que ocupa el centro del recipiente, dirigirse por el interior del cilindro y salir al exterior por tubos que terminan en grifos.

Las particulas sólidas arrojadas á la circunferencia exterior sobre las paredes del recipiente se depositan allí á causa de la menor velocidad de las capas liquidas alejadas del centro, y caen por su propio peso, precipitándose en un tubo que las conduce al exterior por la parte opuesta del agua pura.

La sencillez y la economia de este aparato le hacen muy apreciable en sus aplicaciones á las industrias del papel y del azúcar, en las cuales se opera en grandes masas. La salida del liquido purificado es siempre fácil. Compréndese perfectamente que se puede variar á voluntad el grado de la clarificacion, ya por la velocidad de rotacion de los engranajes del cilindro, ya por el mayor ó menor volumen que se dé á los caños de la salida. Toda fábrica que posea una fuerza motriz, aunque sea débil, puede utilizar este nuevo aparato, que necesita poco esfuerzo.

Empieza á vislumbrarse la posibilidad de aplicar este sistema á la distribucion de las aguas potables destinadas al consumo general de las poblaciones. Ciertas aguas naturales arrastran, especialmente en las grandes crecidas, impurezas que pueden ser sustraidas del mismo modo. La fuerza mecánica necesaria podría tomarse de las mismas corrientes, y de este modo quedarían reducidos los gastos á los que exija el establecimiento del sistema. Conocidas las grandes dificultades que existen para surtir una gran ciudad y los costosos medios que hay que emplear para conseguirlo de un modo eficaz, no puede

dudarse que sería un progreso inmenso la disminución de estos gastos. Volveremos sobre este asunto en cuanto se intente su ensayo, pues creemos fundadamente que no ha de pasar mucho tiempo sin que se hagan formales experimentos sobre la nueva aplicación que se proyecta.

C. BONTEMPS.

EL TERMÓMETRO NEUMÁTICO.

La combustión espontánea de las provisiones de carbon de piedra que llevan los buques en sus viajes á los trópicos es uno de los mayores inconvenientes de la navegación en aquellos parajes. El gobierno inglés ofreció un premio al autor del mejor medio que se encontrara para impedir la combustión espontánea del carbon en la cala de los buques. Se espera conseguir algo cerrando herméticamente los depósitos del carbon, y evitando de un modo absoluto toda ventilación; las llamas no podrían tomar cuerpo en este caso, á pesar del poderoso elemento que le ofrece la materia inflamable. Los americanos siguen un procedimiento contrario, el de dejar entrar en la cala tanto aire como sea posible, á fin de evitar el desarrollo de calor en el interior de la masa de hulla.

Pero, entre tanto que con ninguno de estos sistemas se obtienen resultados positivos, un habitante de San Francisco ha inventado un termómetro *neumático* que tiene, por lo ménos, la ventaja de indicar el momento en que se desarrolla un gran calor en la provisión del carbon, lo cual permite tomar las medidas necesarias para impedir que se declare el incendio.

Este termómetro *neumático* es un cilindro de cobre, en cuya punta se encuentra un diafragma de cautchuc bastante espeso que se cierra herméticamente. Este cilindro de tapadera metálica es bastante ancho para recibir un tubo de hierro. Sobre el diafragma de cautchuc descansa un eje delgado y metálico que, por el tubo de hierro de que hablamos, comunica á un cuadrante que marca los grados de calor.

Si se desarrolla un calor anormal en el depósito del carbon, el aire contenido en el cilindro se dilata, el diafragma de cautchuc se hincha é imprime un movimiento al eje metálico, el cual está en comunicación con la aguja del cuadrante. Así se tiene la indicación del grado exacto de calor que reina en la masa del carbon.

Este instrumento, experimentado en San Francisco, ha dado excelentes resultados.

LUIS FIGUIER.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CIENCIA PREHISTÓRICA.

VIII.

LA ÉPOCA PALEOLÍTICA.

Señores: Demostrada en la última conferencia la imposibilidad absoluta de encerrar en los estrechos límites de la Historia, tal como hasta el presente se ha considerado, todo lo que á prehistoria se refiere, y el poco ó escaso fundamento de las razones con que se combate la división de la edad de piedra en paleo-meso y neolítica, como en general admiten hoy la mayor parte de los que á este género de estudios se dedican, estamos ya en el caso de describir cada una de dichas épocas, valiéndonos para ello de los caracteres geológico ó de yacimiento, paleontológico, fundado en los restos orgánicos que se encuentran en estado más ó ménos perfecto de fosilización, acompañando á los testimonios auténticos de la primitiva industria y á los cráneos y demas huesos humanos, que representan aquellos el carácter arqueológico y estos el antropológico, verdadero complemento de tan importantes estudios. Prescindiendo del hombre terciario, por cuanto aún no hay respecto á este punto completo acuerdo entre los arqueólogos prehistóricos, y fijando nuestra atención en lo que se sabe á ciencia cierta, debemos empezar por la época paleolítica, que corresponde á las formaciones diluviales del terreno cuaternario.

Yacen los restos del hombre y de su industria en este período en lo que los geólogos llaman *Diluvium*, pero no en toda la extensión vertical que alcanza este notable depósito de acarreo antiguo, sino tan sólo en los horizontes inferiores, distintos de los medios y superiores, así por su posición respectiva, siempre relacionada con el tiempo en que se formaron, como por la Fauna y Flora que entre sus materiales se encuentran, y que difieren tanto como los restos de la humana industria y los del hombre mismo.

Distinguese la formación diluvial de las que le precedieron, en la naturaleza de sus materiales, tanto como en la estructura y singular facies que ostenta. Respecto á los materiales, la diferencia consiste en que como desde los terrenos terciarios superiores la sedimentación no ha intervenido en el proceso de los depósitos terrestres, los cuales son simple resultado de la alteración y descomposición de las rocas y de su transporte y aposamiento en el curso mismo de los ríos ó hasta donde alcanzó la grande inundación, no han perdido aquellos su

facies propia, como sucede en los terrenos de sedimento, y de aquí el que fácilmente pueda apreciarse su procedencia, según se observa, por ejemplo, en la famosa formación diluvial de San Isidro, que se extiende hasta la capital misma cuyo asiento representa, y en la que pueden estudiarse todas las rocas, siquiera más ó menos alteradas, de la cordillera carpetana que limita por el Norte y Oeste la cuenca del Manzanares que de ella arranca. De aquí resulta la facilidad suma con que se distingue la procedencia de los materiales de esta formación, ora de los terrenos inmediatos, en cuyo caso el acarreo ha sido corto, ó de puntos más ó menos lejanos por efecto de un transporte mayor. También nos revela, sobre todo el tamaño de estos materiales, su forma y accidentes, si fueron aguas torrenciales y tumultuosas ó lentas y tranquilas las que concurrieron á dicha formación, y si intervino en su proceso otro agente no menos poderoso y desde entonces en función, á saber: el agua sólida bajo el aspecto de hielos y nieves perpétuas que pulimentaron y estriaron las rocas, transportando, sin hacerlas cambiar de forma, enormes masas ó peñascos llamados errantes ó erráticos. Cuando esto último ocurre, la formación de acarreo se llama glacial; observándose á veces que concurre á su proceso el agua líquida, transportando los materiales más ó menos alterados por la nieve, y esta como poderoso agente de acarreo. En Escandinavia, Suiza y otros países se observa esto muy á menudo, según claramente se deduce de la inspección del *Diluvium*, que en Suecia empieza generalmente por un depósito mixto llamado Till, formado de arcilla y cantos erráticos con restos de moluscos que hoy sólo se encuentran en latitudes mucho más septentrionales, como claro indicio de las condiciones climatológicas de aquella comarca á la sazón.

La formación diluvial se distingue también por no presentarse sus materiales en bancos regulares, como acontece en los terrenos de sedimento, pues aunque á veces mirado un corte á cierta distancia parece afectar la disposición estratificada, si se examina detenidamente se ve que no hay la regularidad que á aquellos distingue. A veces son grandes masas de cantos redondeados ó angulosos, cuando intervienen las nieves perpétuas, mezclados con grava, arena y cieno, como, por regla general, suele ocurrir en la base del depósito, lo cual indica corrientes impetuosas y torrenciales en su formación. Suelen á estos primeros horizontes seguir otros formados por arenas, pequeños cantos rodados ó chinias, alternando con arcillas, gravas, etc., blancas ó teñidas con frecuencia por diversos óxidos metálicos, y en especial por los de hierro y manganeso, afectando cierta separación y líneas onduladas que claramente revelan el diferente régimen y

hasta encontradas direcciones en las corrientes.

Estos depósitos se observan al exterior cubriendo los terrenos de sedimento ó eruptivos que constituyen la costra sólida del globo rellenando los valles, escalonados en las laderas ó cubriendo las mesetas, en las cuales ocupan niveles que no alcanzan jamás las aguas de los tiempos históricos, ofreciendo en cada una de estas estaciones accidentes particulares, en lo cual se funda la división que muchos geólogos admiten para facilitar la inteligencia de este asunto, que es bastante complicado. Si en su trayecto encontraron las corrientes alguna cavidad, precipitáronse en ella los materiales, que al depositarse en su fondo reprodujeron los mismos accidentes que vemos al exterior, como se observa por el estudio comparativo de dicha formación dentro y fuera de las cavernas y brechas, el cual nos revela el perfecto paralelismo y repetición de sus diferentes horizontes.

En estos depósitos diluviales yacen, pues, los restos del hombre y de su industria, distinguiéndose los inferiores por contener los más antiguos, como se justifica tratándose de la industria, por ser los más toscos é imperfectos instrumentos de piedra los que contiene, con exclusión de toda otra manifestación de la actividad humana. Calcular el espacio de tiempo necesario para formarse muchas decenas y á veces hasta centenas de metros de materiales sobre el horizonte donde aquellos existen, es tarea que hasta el presente no se ha intentado; pero podrá formarse idea de ello, fijando por un momento la atención en la marcha más ó menos irregular, si quiera siempre lenta, con que las aguas actuales proceden en la formación de los aluviones modernos.

Podrá también contribuir á esclarecer este punto la consideración de la Fauna y Flora que en dicho horizonte inferior diluvial se encuentra y el estado de fosilización que sus representantes alcanzan, cuyo estudio constituye el carácter que llamamos paleontológico.

Obsérvese en la distribución de los mamíferos, de los moluscos y de las plantas en el terreno cuaternario una multitud de hechos curiosos que acreditan las condiciones biológicas que á la sazón reinaban en el globo, dada la necesidad de adaptarse ó someterse á ellas los seres á la sazón existentes. Coexistían entonces representantes de zonas templadas y frías, habitantes aquellos de países bajos ó llanos, y estos de altitudes mayores ó menores; los cuales, arrastrados por las corrientes diluviales, fueron sepultados entre los materiales de transporte, donde aparecen como confundidos en el propio horizonte. También se observa la localización de ciertos grupos de mamíferos que hoy caracterizan el antiguo, el nuevo y el novísimo continente ó austral, sin que se note mezcla entre ellos: así, por

ejemplo, los desdentados y marsupiales, que con los monos de cola prensil constituyen la Fauna mamalógica del nuevo continente ó americano, se hallan representados por los Megaterios, Milodon, Gliptodon, etc.; que se encuentran en el famoso légamo pámpero que forma el suelo y rellena las cavernas americanas del Sur, donde sólo aparece el género caballo, comun al antiguo continente. En este obsérvanse los grandes paquidermos y carnívoros, Elefante, Leon, Tigre, Hiena, etc., que no aparecen ni existieron sus representantes en la América meridional. Por último, en Nueva-Holanda y Nueva-Zelanda encuéntranse fósiles tipos de didelfos y ornitodelfos que son peculiares hoy mismo á tan apartadas regiones.

Concretándonos, empero, á los grandes mamíferos característicos del horizonte inferior, debe significarse que entre ellos figuran algunos que se extinguieron para siempre, tales como el Elefante primitivo ó Mamuth, que alcanzó, no obstante, el horizonte diluvial medio y se ha conservado con sus propias carnes y piel en grandes masas de nieve en Siberia; el Rinoceronte de narices tabicadas (*Ticorhinus*), del cual encontró también Pallas, el célebre viajero ruso, un individuo conservado como aquel en el hielo; el Oso dicho de las cavernas, por ser estas el natural y más frecuente yacimiento en relacion con sus hábitos y costumbres; el Leon y Hiena, también de las cavernas; el Caballo, el Ciervo llamado megaceros y algunos otros que ya no viven. A estos hay que agregar el Reno ó Rengífero, cuya especial organizacion ha logrado sobreponerse á las condiciones que hicieron desaparecer á los anteriores, viviendo aún hoy, siquiera en latitudes más altas; el Toro primitivo, el Bisonte de Europa, el Alce ó gran ciervo, y algunos otros, se hallan en el caso del Reno, pues se encuentran sus restos fósiles en todos los horizontes cuaternarios, desde los inferiores, asociados con los del Mamuth y Oso, hasta el Lelum ó Loess, viviendo aún algunos, tales como el Bisonte y el Alce, siquiera en puntos muy circunscritos y bajo la proteccion de gobiernos ilustrados.

La distribucion de los moluscos y de las plantas en dicho período, nos conduciría á idénticos resultados á los que se acaban de mencionar, excusándonos esta misma circunstancia el entrar en mayores ó más amplios detalles que no los consideramos pertinentes, pues con lo dicho basta para comprender la importancia de tales hechos, sobre todo en el significado que tienen tocante al considerable espacio de tiempo que supone la aparicion, desarrollo y extincion de animales y plantas por efecto de condiciones biológicas que no pueden improvisarse.

Respecto al carácter arqueológico, queda ya indicado en tésis general que se reduce al hallazgo en

el mismo horizonte donde aparecen los mamíferos, el Oso, Hiena de las cavernas, etc., de instrumentos exclusivamente de piedra sin cerámica ni vestigios de carbon, lo cual claramente indica el estado rudimentario de la actividad humana, ya que ni siquiera había realizado aún la conquista del fuego, á cuyo calor nace la institucion de la familia.

Estos instrumentos toscos se llaman cascós, astillas casi siempre de pedernal, núcleos, percutores, que eran las piedras más duras de que se servían para fabricar aquellos, y hachas que reciben diferentes nombres segun la forma que ofrecen ó la localidad de donde proceden, tales como ovalar, amigdalóidea, de San Isidro, de Amiens, Abbeville, Moustier, etc.; discos, etc. Algunos fósiles, conchas y zoófitos se han encontrado en dicho horizonte, habiendo deducido de la circunstancia de hallarse casi siempre perforados, que debían servir de objetos de adorno, ó tal vez de amuletos para preservarse de determinadas dolencias.

Por último, los restos del esqueleto humano representan el carácter antropológico. Por desgracia, hasta el presente, son escasos éstos restos fósiles, reduciéndose á los encontrados por Boué en 1823 en Sahr, cerca de Estrasburgo, en la cuenca del Rin, debajo de 24^m de materiales; los de Canstat (Wurtemberg) citados en 1839 por Jaeger; algunos hallados cerca de Maestricht; el famoso cráneo de Olmo (Italia); el de Neanderthal; algunos restos humanos del cuaternario de Roma; los de Denise en Auvernia y alrededores de Paris, de S. Isidro, etc.

JUAN VILANOVA.

Real Academia de Medicina.

MADRID 27 ABRIL.

El Dr. Calvo Martin pronunció un extenso discurso examinando el tema propuesto por el Sr. Vilanova sobre el valor que debe darse á la virtud curativa de las aguas minero-medicinales. Trató la cuestion del análisis químico, y emitió la opinion de que sería conveniente no dejarse cegar por los adelantos de la química moderna, que amenaza lanzarnos en un iatro-quimismo perjudicial para la patología y para la clínica.

El Sr. Saez Palacios se declaró partidario de la validez, en toda su extension, del análisis químico como fundamento para guiar con acierto la administracion de un agua mineral. Citó ejemplos de aguas que se administran únicamente por su composicion conocida perfectamente por el análisis, sin negar por eso que haya aguas que sólo obran por su temperatura; y terminó negando terminantemente con gran copia de razones el aserto de un señor académico de que analizar las aguas era lo mismo que operar sobre un cadáver.

MISCELÁNEA.

Las plantas luminosas.

M. Madden ha publicado la descripción de algunas plantas de la India que emiten en la sombra una luz fosforescente. Una de estas plantas fué descubierta por un indígena que, obligado por la lluvia á buscar abrigo bajo una roca, se vió sorprendido por una especie de sábana de luz fosfórica sobre las yerbas que le rodeaban. Estas plantas son conocidas de los Brahmines con el nombre de *Jyostimati*. En las cercanías de Almorah, M. Madden encontró también otra planta luminosa conocida por un nombre muy extraño que significa «planta que posee la luz.»

Hay otras yerbas que poseen también esta curiosa propiedad: en 1845 los habitantes de Simlah se alarmaron por la noticia de que las montañas próximas á Syrea estaban iluminadas por este medio económico y natural.

Una planta, conocida en Europa con el nombre de *Dictamnus fraxitella*, posee la misma cualidad, y como abunda en algunos picos del Himalaya, de aquí la tradición de un arbusto que arde continuamente y nunca le consume el fuego, tradición extendida por los peregrinos en un pueblo siempre dispuesto á deificar toda manifestación nueva y particular del fuego.

El profesor Henslow explica el fenómeno de una atmósfera inflamable en una noche en calma alrededor del *Dictamnus fraxitella*, por la evaporación de un aceite volátil, y añade: «Si se aproxima una tea encendida á esta planta, en seguida queda ésta envuelta en llamas superficiales sin experimentar daño alguno.»

Escuela práctica de Histología.

La Sociedad Histológica de Madrid acaba de celebrar de un modo solemne, en el Paraninfo viejo de la Universidad la apertura de la *Escuela práctica de Histología, experimentación biológica é histoquímica*. El secretario Sr. Saez y Domingo leyó una Memoria, en la que, después de pasar revista á los diferentes trabajos realizados durante el pasado curso y á los discursos pronunciados en sus diferentes sesiones, se ocupó de lo referente á la instalación de la Escuela práctica, objeto predilecto de la Sociedad. Después ocupó la presidencia el doctor Maestre, y el presidente, doctor del Busto, leyó un extenso discurso sobre el destino de la doctrina celular en las teorías médicas reinantes, trabajo notabilísimo por todos conceptos, que fué en aquel momento y continúa siendo objeto de entusiastas aplausos por parte de todos los hombres de ciencia. La nueva Escuela promete ser un manantial fecundo de adelantamiento práctico en un ramo tan importante de las ciencias biológicas, y en este concepto felicitamos sinceramente á la Sociedad y á las personas que la han creado.

Un lago de agua hirviendo.

En la isla Dominica, que está al lado de la Martinica, se ha descubierto un lago de agua hirviendo, cuyos detalles son interesantísimos. Sólo se llega al lago escalando con mucha dificultad rocas escarpadas y franqueando torrentes de agua caliente. Su

cuenca descansa sobre un suelo profundamente impregnado de azufre en estado de efervescencia continua.

La profundidad del lago parece incalculable, porque á la sola distancia de diez pies de la orilla no se puede tocar al fondo con una sonda de 135 pies de larga. El agua tiene un color gris oscuro, sin duda á causa de los fragmentos de roca y de azufre que contiene en descomposición. Casi del centro del lago sale una colina que tiene un cráter. Este cráter se ensancha cada vez más, y absorbe grandes cantidades de agua amenazando agotar el lago.

La ebullición que se observa en el lago se verifica sólo en uno de los lados, donde cierto volumen de agua se eleva en el aire á una altura de tres ó cuatro pies, poniendo en conmoción constante y violenta la superficie entera, sobre la cual se elevan vapores de agua caliente y sulfurosa.

Esta evaporación ejerce una influencia deletérea sobre los árboles que se hallan próximos, y sobre la vegetación en general que perece en proporción sensible. Los terrenos á que no llega el vapor son de una fertilidad extraordinaria y propios para el cultivo de la quinina. La temperatura no es excesiva: varía ordinariamente entre 56 y 65 grados Fahrenheit.

Este lago de agua en ebullición es realmente una de las maravillas de la naturaleza, y ofrece campo ancho y fecundo á las observaciones geológicas.

Un remedio contra la rabia.

El doctor Gryzmala ha publicado en el *Journal de Therapeutique* un artículo en el cual asegura que el *xanthium spinosum*, diaforético ménos poderoso sin duda que el jaborandi, produce admirables efectos contra la rabia. Dicha planta, que se encuentra en el Mediodía de Francia, neutraliza los efectos de virus lírico si se administra á tiempo, es decir, antes que se desarrollen los accesos de tan terrible dolencia. El doctor Gryzmala ha empleado el *xanthium* durante muchos años, y asegura que no ha encontrado un solo caso que se haya resistido á su acción. Uno de los primeros efectos del medicamento, que se administra en polvo, es elevar algún tanto la temperatura del cuerpo y acelerar ligeramente la circulación; más tarde aumenta el apetito y no trastorna las digestiones. La dosis para un adulto debe ser la de 60 centigramos de polvo seco de hojas de *xanthium*, repetida tres veces al día durante tres semanas, y para los niños menores de doce años la mitad. El doctor Gubler ha empezado á hacer experimentos de comprobación con las hojas de dicha planta y en breve se espera conocer los resultados.

Las exploraciones geográficas.

M. J. Smith, del Museo Británico, acaba de partir de nuevo para la Mesopotamia con intención de seguir sus investigaciones en el emplazamiento del palacio de los reyes de Ninive para encontrar el resto de la biblioteca real, cuyas tablas, ya descubiertas, han suministrado datos de gran interés sobre las tradiciones babilónicas y asirias relativas á la creación del mundo y al diluvio.

—Una expedición rusa, mandada por el capitán Larianof, está explorando la Dzungaria, donde ya ha descubierto manantiales calientes de gran importancia.

—El gobierno y el pueblo inglés han recibido con grandes demostraciones al teniente Cameron, á quien se facilitaron toda clase de recursos para su grande y costosa expedicion. El teniente Cameron se propone subir el Níger con cañoneras de vapor.

—Alemania acaba de enviar una nueva expedicion á la costa Oeste de Africa para explorar el interior del continente.

—La expedicion italiana en Abysinia, mandada por el marqués de Antinori, ha llegado á Suez, pero, sin detenerse en Egipto, se ha dirigido en seguida á su destino, donde se teme ha de tropezar con grandísimas dificultades, porque la Abysinia es hoy el teatro de una verdadera guerra de salvajes.

—Los miembros de la expedicion encargada de buscar un camino comercial para penetrar en el interior de la China por la provincia de Yunnan, que toca á Aunam y á Birmania, han escrito dando cuenta de los felices resultados de sus exploraciones y anunciando que el rio es navegable hasta Chung-King, lo cual es muy importante para el comercio y para las futuras expediciones científicas.

Noticias.

El lago Neusiedl, en Hungría, que estaba seco hacia algunos años, sin causa alguna conocida, acaba de llenarse súbitamente de agua. Los habitantes de los alrededores se pasean hoy en barcas sobre sus terrenos sumergidos. Estos campos no habian producido gran cosa; pero los daños causados por la nueva aparicion del lago son considerables. Las aguas bañan de nuevo las aldeas de Rust y de Holling.

—Ha fallecido en Paris, á la edad de 60 años, el conocido literato Xavier Eima, autor de tantas obras apreciables sobre las costumbres y la vida de los pueblos americanos.

—El Dr. Hermann Jelineck ha publicado algunas observaciones notables acerca de la curacion del *delirium tremens* de los bebedores por medio del hidrato de cloral: desde que en 1870 oyó en el Congreso Médico de Graz los trabajos hechos por el Dr. Zwicke sobre este medicamento, se propuso ensayarle en su práctica, habiendo obtenido los más satisfactorios resultados.

—En Turin ha ocurrido recientemente un caso parecido al de la celebre Sor Patrocinio. Una hermana profesora del Hospicio de Cottolengo aparecía todos los viernes con llagas en las manos, en los piés y en la frente. La opinion pública se alarmó, como sucede en estos casos, hasta el punto de que la autoridad ha tenido que tomar parte en el asunto. Los doctores Rovida y Giacomini, encargados de la mision que en España desempeñó Argumosa con Sor Patrocinio, acaban de declarar que la enferma se halla en un estado de exaltacion extrema que la induce á imitar las heridas de Jesucristo en la cruz, y que las llagas las hace con alfileres ó instrumentos punzantes, renovándolas los jueves por la noche cuando ya empiezan á cicatrizar. Demente ó embaucadora, la enferma ha sido conducida á un hospital para ser vigilada y curada.

—El comité internacional de pesas y medidas ha empezado el lunes último en Paris la serie de sus sesiones tan útiles como laboriosas, bajo la presidencia del general Ibañez, director del Instituto geográfico de Madrid.

BIBLIOGRAFÍA.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas. Un tomo en 4.º menor, de 272 páginas, tres pesetas. A. de Carlos é hijo, editores. Madrid, 1876.

Con placer, con verdadero cariño, recibimos siempre las publicaciones de la casa editorial de A. de Carlos é hijo, propietarios y fundadores de *La Ilustracion española y americana*. Quienes han sabido, á costa de esfuerzos gigantescos, realizar en honra de España, la publicacion de una de las mejores ilustraciones de Europa y América, tienen indudablemente derecho á la simpatía y á la gratitud de todos los españoles. Los libros que de vez en cuando dan á luz, hacen honor tambien á su buen gusto; y de aquí el placer con que siempre damos cuenta de la aparicion de alguno.

Las escenas fantásticas de Selgas son una coleccion de cinco novelitas, escritas en el admirable estilo de este autor, y precedidas de un artículo, á manera de prefacio, titulado *Preocupaciones*. Entre las obras publicadas anteriormente por los mismos editores, figuran: *Las delicias del nuevo paraíso* y *Cosas del día*, de Selgas; *Amores y amorfios*, de Alarcon; *Recuerdos de Italia*, de Castelar; *Mari-Santa*, de Trueba; *Pepita Jimenez*, de Valera, etc.

Biblioteca del constructor, del industrial, Bellas Artes, obras públicas y ciencias exactas, dirigida por D. Marcial de la Cámara. En folio, edicion de lujo. Valladolid, 1876.

Hemos tenido el gusto de recibir el primer pliego de la obra *Los diez libros de arquitectura de Marco Vitrubio Polion*, el primer pliego de los comentarios y una magnífica lámina con un bello intercolumnio de Cariátides de la sala de guardias suizas en el Louvre, todo cubierto por un suplemento á manera de periódico, en que se insertan breve y sumariamente los asuntos más relacionados con la construccion. Lo expuesto basta para que nuestros lectores comprendan la importancia de la publicacion. Su autor era ya muy conocido en España por los grandes servicios que ha prestado y está prestando con su *Anuario ó agenda de la construccion*, y preciso es confesar que ahora adquiere nuevos títulos á la estimacion pública.

Pedantópolis, sueño sobre costumbres, moral y política de los Estados de la luna, por D. Eugenio Ramon Paje. Un tomo en 4.º de 182 páginas, Madrid, 1876.

Tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de la publicacion de esta obra, escrita con un *sans façon* y un desembarazo dignos de un asunto de mayor importancia y de un estilo más claro. Tal como es, sin embargo, la obra del Sr. Paje, representa un trabajo muy apreciable, porque dice muchas verdades, y sabido es cuánto nuestro país está necesitado de oirlas diariamente en todas las esferas. En este concepto, el Sr. Paje merece plácemes que no le escaseamos.